

Un pequeño cambio del destino



Eva Gil Soriano



Un pequeño cambio del destino
Eva Gil Soriano

©2024 Eva Gil Soriano
Un pequeño cambio del destino
Imágenes de portada: Pixabay
Correctora: Rosa Bono

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Un pequeño cambio
del destino

Eva Gil Soriano

A Jose, mi compañero de vida,
mi amigo, mi amante.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

Capítulo 1



El día había amanecido gris. Unos enormes y negros nubarrones tapaban la ciudad y amenazaban con descargar agua a raudales. Justo así se sentía el corazón de Sandra. Juntó las palmas de la misma forma que lo hizo el día de su Primera Comunión y suplicó.

—¿Puede quedarse conmigo hasta que venga un familiar a buscarlo? Le he cuidado todas las tardes mientras su padre trabajaba. Me tiene confianza y no conoce a nadie más. Lo mejor para él es que pueda quedarse en su casa, con sus cosas. Un lugar desconocido le haría aún más daño —argumentó ella con convicción.

—No es lo habitual, pero ya que se ha estado encargando del niño cuando su padre no estaba, aceptaré. Hablamos ayer con el abogado del señor Garza y su tutor vendrá en dos o tres días. Volveré la semana que viene a ver qué tal está todo —contestó Claudia, la asistente social que llevaba el caso de Izan.

—Muchas gracias. De verdad, gracias. El niño estará bien conmigo, se lo prometo.

La mujer hizo un ademán con la cabeza y se marchó con una carpeta llena de papeles bajo el brazo. En el aire estaba la promesa de regresar para asegurarse del bienestar de Izan que, a sus siete años, acababa de perder a su padre. Su madre también estaba muerta. Ocurrió durante el parto de Izan sin que pudiera llegar a conocer a su bebé. Cada vez que Sandra recordaba la historia que un día le contara su vecino se entristecía sobremanera. Si ella tuviera un hijo nunca le desearía el destino que Izan había tenido. No obstante, Pedro había sido un gran hombre y un buen padre. Se mudó al vecindario hacía un año, era muy agradable y se llevó bien con todos de forma muy rápida. Era un manitas para el bricolaje y eso, pensaba ella, fue lo que ayudó a que congeniara con los vecinos. Siempre estaba dispuesto a echar una mano. Es por eso que ella también lo ayudaba quedándose con Izan todas las tardes de cinco a siete, hasta que Pedro llegaba del trabajo.

Para evitar más cambios bruscos en la vida de Izan, Sandra había decidido quedarse en su casa hasta que llegara el nuevo tutor. No tenía idea de quién era o cómo sería. Desde que se mudaran, nunca había ido por la casa para visitar a Izan y a Pedro. Este dato era algo que también le preocupaba. ¿En verdad quería al niño y lo cuidaría cuando nunca se había dignado a ir a verle?

Habían pasado tres días desde el entierro. Aquella mañana, a diferencia de días anteriores, el sol brillaba y se podía escuchar el canto alegre de los pájaros como si no les importase que en aquella casa estuviesen de luto. Era extraño cómo la vida continuaba sin más. Solo ella y algunos vecinos se interesaron por el estado de Izan. Era muy pequeño para asimilar un golpe tan grande.

Sandra había faltado cuatro días al trabajo y ya no podría alargarlo más. Si no llegaba el tutor de Izan, tendría que llevarlo con ella a la aseguradora. Al menos hasta que lo viese bien para regresar al colegio.

Estaba pasando la aspiradora cuando alguien llamó a la puerta. Esperaba que no fuera la asistente social, no estaba dispuesta a soltar a Izan. Que se lo llevaran a un lugar extraño, con gente extraña. Ya había sufrido suficiente, no lo permitiría.

Al abrir, ante el umbral descubrió a un hombre alto y musculado, vestía una camiseta con las mangas recortadas y deshilachadas que dejaba a la vista el gran tatuaje de un dragón chino que cubría su brazo izquierdo. Llevaba el pelo muy corto por la parte de la nuca y las sienes y más largo y desordenado por la parte de arriba. Eso sumado a la barba de varios días le daban un aspecto de asesino en serie. Estaba por cerrar sin tan siquiera preguntar quién era cuando el hombre la apartó con su brazo tatuado sin ningún miramiento y entró en la casa.

—¡Eh! —gritó ella perdiendo el miedo que había sentido solo por el afán de defender a Izan.

Tras él entró el abogado de Pedro Garza al que ella había visto un par de veces. En un principio el enorme cuerpo de ese individuo no le había permitido ver al abogado. ¿Acaso iban juntos?

—Señorita Sandra, quiero presentarle a...

—Rex —soltó el aludido sin darse la vuelta y toqueteando unas figuritas que había sobre un estante.

—¿Rex? ¿Cómo el perro? —Sandra quiso darse una bofetada al soltar aquella estupidez. No parecía un tipo con el cual se pudiese bromear.

El hombre se dio la vuelta de forma brusca. Sus cejas fruncidas y la boca prieta le dieron a entender que no le hizo gracia la broma. Se acercó a ella en dos grandes zancadas.

—No. Rex, mi nombre, se refiere al dinosaurio Rex. Así soy yo, un carnívoro que te devorará en un santiamén si así lo desea —espetó agachando la cabeza hasta quedar a pocos centímetros de ella en un intento por asustarla.

—Pues a mí me recuerda más al perro policía ese de la serie de televisión —contestó tragando saliva y haciéndose la valiente pues ese hombre la intimidaba y mucho, pero no se lo dejaría ver.

—El señor... Rex —dijo el abogado mientras el hombre lo miraba de forma asesina—. Es el hermano menor del señor Garza y tal y como dejó por escrito, será el tutor legal de Izan Garza.

—No puede ser —soltó Sandra mirando al hombre de arriba abajo—. ¿De dónde lo ha sacado? ¿De la cárcel?

El abogado la miró con sorpresa y Rex con una sonrisa maliciosa en la boca.

—Esto... —vaciló el abogado.

Sandra pasó la mirada de uno al otro y viceversa sin poderse creer que su ironía fuera cierta.

—¿Es en serio? ¿Lo sacó de la cárcel?

—Solo me condenaron a cuatro años —respondió el aludido sin sentir el menor remordimiento.

—Y como el señor... Rex —continuó el abogado— es el único familiar vivo del pequeño. Le quedaban dos meses para cumplir su condena y la jueza encargada del caso, le concedió la libertad condicional para no dejar desamparado el niño.

—¿Acaso estaba ebria esa jueza?

—Entiendo a qué se refiere, no obstante, es mucho mejor que el niño sea criado por un familiar y no por los servicios sociales.

—No puedo creerlo. —Se acercó a Rex con paso firme tratando de no asustarse—. Te vigilaré, como no cuides bien de Izan te denunciaré.

—¿A ti qué coño te pasa? No me conoces, no sabes nada sobre mí —espetó él que comenzaba a cabrearse por la hostilidad de aquella mujer.

—Sé que te condenaron a cuatro años. Acabas de decirlo como si fuese lo más normal del mundo.

—Cuidaré de ese mocoso sin ningún problema.

—Se llama Izan.

—Ya lo sabía. Lo vi una vez. Cuando nació.

—Eres un tío lamentable.

—Yo... —intervino el abogado— ya me marchó. Cualquier problema que tengan avísenme, mis honorarios están cubiertos durante todo este año.

El abogado salió por la puerta casi disparado. Parecía tener prisa o querer deshacerse del problema cuanto antes y Sandra lo entendía.

—Y tú, ¿es que no tienes casa? —le soltó Rex molesto.

—Ni siquiera has preguntado por Izan. Ven, acompáñame.

Sandra lo condujo escaleras arriba. Había decidido no tener miedo. Lo más importante era defender a Izan y ese hombre no la amedrentaría.

Rex pudo apreciar las paredes de la escalera repletas de retratos de Pedro e Izan. Y algunos de Laura, su madre, y Pedro juntos. Hasta había una foto de la boda en un bonito marco de madera con filigranas doradas. Habían hecho una buena pareja, pensó. Se había alegrado tanto por su hermano cuando lo avisó de que se casaba. No conocía a nadie que se mereciera la felicidad más que Pedro. Y cuando más feliz estaba la vida le golpeó de nuevo llevándose a Laura. ¿Acaso le habían echado una maldición a su familia?

Una vez arriba, Sandra abrió la puerta y llamó al niño que jugaba en la alfombra haciendo castillos con cubos de madera.

—Izan, cariño —lo llamó—. Ven, quiero presentarte a alguien.

El niño se acercó a Sandra sin abrir la boca y la miró. Después posó sus pequeños ojos en el hombretón que había a su lado y se escondió rápidamente detrás de Sandra.

—Chaval, qué hay —lo saludó Rex acercándose, sin embargo, el pequeño rodeó las piernas de Sandra para alejarse más de él.

—Cariño, este hombre es tu tío, hermano de tu padre. Se llama Rex, como ese perro policía que le gustaba tanto.

—¡No es por el perro! —protestó con un grito que hizo que las manitas de Izan se aferraran a la ropa de ella.

—¡Cierra la boca! —estalló enfadada. Nunca se había sentido tan indignada. ¿Cómo iba a dejar a Izan con ese hombre? Pedro debió de estar loco cuando hizo ese testamento.

Rex aun no podía creer que esa mujer lo había mandado callar de esa forma. Era intolerable. ¿Qué se había creído? Si apenas le llegaba al sobaco, de un bufido suyo caería de espaldas.

Sandra se arrodilló para quedar a la altura del niño y se dirigió a él.

—Izan, te quedarás con tu tío Rex. A partir de hoy vivirás con él y él te cuidará. Cualquier cosa que necesites debes pedírsela y yo también vendré a verte.

—¿Tú también me abandonas? Quiero estar contigo.

—No puedo quedarme, Rex es tu tío, es tu familia. Pero no te abandonaré, vivo aquí al lado, nos veremos todos los días. ¿De acuerdo?

—Dijiste que me llevarías a tu trabajo.

Las lágrimas del niño empezaban a inundar sus ojos. Rompería a llorar en cualquier momento y ella no podía dejarlo así.

—Y lo haré. Le diré a tu tío que te acerque un día de estos.

—No quiero que te vayas.

—Cariño, será como cuando estaba tu padre. Rex vivirá contigo y yo vendré por las tardes.

El niño asintió sin demasiado entusiasmo aceptando que no le quedaba más remedio. Sorbió sus mocos hacia adentro y se limpió los ojos con los dedos. Su padre estaba en el Cielo junto a su madre, como le había explicado Sandra días atrás. Nunca más volvería a verlo. Alzó la vista para ver al hombre gigante y después la volvió a bajar con rapidez.

Sandra se puso en pie y levantó la mano con el dedo índice en alto.

—Escúchame bien, Rex. Izan debe hacer cinco comidas al día...

—¿Cinco? —la interrumpió.

—Sí. Desayuno, almuerzo, comida, merienda y cena. Entra al colegio a las nueve y sale a las cinco. Pedro lo apuntó a algunas actividades extraescolares porque trabajaba hasta las siete. Pero como supongo que tú no trabajas, por el momento, puedes recogerlo a las tres, después de comer.

—¿Crees que soy estúpido?

—Un poco sí, la verdad. —Ella ignoró la mueca que hizo—. Yo tengo una jornada intensiva, salgo a las tres, así que si necesitas ayuda o tienes alguna pregunta estaré por las tardes. Mi casa es justo la contigua a esta. Desde mi balcón veo tu jardín, así de cerca estamos. Y deberías buscarte un trabajo cuanto antes si quieres que la asistente social te deje quedarte con Izan.

—¿Algo más, señorita Rottenmeier?

Ella dio un bufido y puso las manos en jarras al escuchar el apelativo con que la había llamado. No creía tener parecido a esa mujer que tan poco tacto tenía con las niñas a su cargo.

—Te estaré vigilando. Si no cuidas bien de Izan te denunciaré y volverás a la cárcel.

—No te atrevas a amenazarme —le dijo inclinándose de nuevo para colocar su cara muy cerca de la de Sandra.

—Y tú no te atrevas a intimidarme. Sé cariñoso con Izan, acaba de perder a su padre y es muy pequeño.

Rex se rascó la cabeza mientras veía cómo Sandra se agachaba de nuevo, le daba un beso en la frente a Izan y se despedía de forma cariñosa. A él lo acribilló con la mirada antes de salir por la puerta y dejarlo a solas con un pequeñajo de siete años.

Izan se quedó parado en mitad de la habitación sin moverse ni un milímetro. Estaba como paralizado. Podía entender que le tuviera miedo. Se había fijado en como algunas personas

cambiaban de acera cuando iba por la calle para no cruzarse con él. Nunca le había molestado, más bien le hacía gracia.

—¿Quieres comer algo? —preguntó Rex.

El niño no le contestó, ni le miró. Seguía inmóvil y con la cabeza gacha. Rex consideró salir de la casa y llamar a la señorita Rottenmeier, pero entonces, Izan reaccionó. Se acercó a Rex y este se acuclilló como había visto hacer a esa mujer. Izan levantó un bracito y le tocó el bíceps.

—Eres muy fuerte.

—He entrenado mucho.

—Te pareces a Mr. Increíble.

—Puedo ser todo lo que tú quieras menos un superhéroe.

—Los superhéroes también dicen eso. Seguro que sí tienes superfuerza.

—Soy más fuerte que tú, pequeñajo, eso seguro. Y que tu vecinita regañona también. Podría levantaros sin parpadear.

Izan sin decir nada, se colgó de su brazo. Rex adivinando, no sabía cómo, lo que el niño deseaba, lo levantó con un solo brazo.

—¡Hala! —exclamó Izan.

Ahora el niño lo miraba con más confianza. Él nunca había cuidado de nadie, bastante había tenido con cuidarse a sí mismo. Observó el color dorado de sus ojos y le recordó a su hermano. Pedro lo había llamado una vez al mes para saber cómo estaba. Ni uno solo había fallado y todas las veces le pedía que fuera a vivir con él y con Izan. Y en todas ellas se había negado. Desde la adolescencia se consideró una carga para su hermano, después, cuando ya era adulto solo había acumulado mierda que no deseaba meter en casa de Pedro. Ahora ahí estaba, donde su hermano siempre lo había querido. Sintió que estaba pagando un karma: su hermano lo cuidó a él y ahora él cuidaría de su hijo. No obstante, no se veía capaz de encargarse del niño como lo haría Pedro.

—Para estar fuerte hay que comer —le dijo a Izan—. ¿Qué quieres que prepare? Te aviso que soy un pésimo cocinero, pero nos las apañaremos.

El niño asintió con la cabeza y ambos se fueron a la cocina.

Capítulo 2



Sobre las tres y media de la tarde, ataviada con un pantalón beige y una blusa blanca vaporosa llamó repetidas veces al timbre de su vecino. Había pasado todo el día preocupada por cómo se las habrían arreglado los dos solos. Tanto que llegó del trabajo y, sin pasar tan siquiera por su casa, fue a verlos.

Rex abrió la puerta del jardín desde el telefonillo y antes de poder abrir la de la casa, esa mujer ya estaba golpeando la puerta. Con pereza la abrió y se quedó mirándola de arriba abajo. Una sonrisa maliciosa apareció en sus labios.

Sandra pensó en darle un empujón y entrar en la vivienda, pero no creía que pudiera moverlo del sitio. Igualmente decidió probar.

—Aparta y déjame pasar —vociferó al tiempo que daba un paso al frente.

Colocó la mano en su brazo y trató de hacerlo a un lado. Rex sin dejar de sonreír cedió y se apartó. Entonces pudo apreciar el brillo de la victoria en sus ojos, un gesto que no sabía bien como le hacía sentir. No estaba seguro de si enfadarse o reír a carcajadas.

—Eh, señorita Rottenmeier. —Ella lo ignoró—. Esta no es tu casa para que entres como te dé la gana.

—Quiero ver cómo está Izan —dijo ignorando que volviera a llamarla de ese modo.

—No me lo he comido ni nada parecido. —Sandra se volvió y lo miró con cara de pocos amigos—. Está en el salón viendo la tele.

Ella cruzó el vestíbulo y se quedó mirando hacia la amplia sala que combinaba salón y cocina. Vio a Izan sentado en el sofá con dos muñecos en la mano mientras veía dibujos animados en la pantalla. Se le veía tranquilo. Llevaba un pantalón de pijama y una camiseta de Micky llena de manchas.

—Izan —lo llamó Sandra. El pequeño en cuanto la vio saltó del sofá y fue hasta ella con los bracitos en alto. Ella se agachó y lo alzó abrazándolo—. ¿Cómo ha estado mi tesoro?

—El tío me hizo leche con galletas. Nunca había comido de eso, me dijo que a papá le gustaba mucho cuando era pequeño.

—¿En serio?

Sandra se giró para ver al hombre apoyado en el marco de la puerta mirándolos a ambos con cara de póker. Ella le dio un beso en la mejilla y bajó a Izan.

—Siéntate conmigo a ver La patrulla canina.

—Ve tú primero. Voy a hablar con tu tío.

El niño se dirigió al sofá no sin mirar hacia atrás para asegurarse de que Sandra no se marchaba.

—¿Cómo ha pasado la noche?

—Se ha despertado varias veces llamando a su padre.

—Sí, los días que estuve con él también lo hizo. La primera noche durmió en mis brazos sollozando cada dos por tres.

—Es un crío. Pronto se olvidará de su padre y se le pasará.

—¿Cómo puedes ser tan insensible?

—¿Acaso es mentira? Yo tenía trece cuando nuestros padres se fueron al otro barrio y ya ni me acuerdo.

—¿Solo trece? —se sorprendió ella ante tal confesión — . ¿Y cuántos tenía Pedro?

—Veinte. Él se hizo cargo de mí, pero como puedes ver no hizo un buen trabajo.

—Debió de ser muy difícil para él. Nunca me había contado nada.

—¿Crees que solo fue difícil para él? Supongo que no eras tan cercana a Pedro como creías. ¿Te lo tirabas?

—¡Claro que no! Idiota. Solo éramos amigos y me encariñé mucho con Izan y lo ayudaba cuando lo necesitaba. Nada más.

—No te pongas así. Tener sexo es algo de lo más normal. Un viudo y una mujer... no sé lo que eres, pero no he visto a ningún hombre entrar a tu casa.

—No puedes saber algo así. Solo vives aquí desde hace un día. Y Pedro y yo no teníamos esa relación, deja de insinuarlo.

—Está bien, te creo. Si estuvieseis enrollados estarías más ojerosa.

—Eres un cretino.

—¿Por qué? ¿Por decir la verdad? Seguro que mi hermano se tiraba a las mujeres por ahí sin traerlas a casa. No le convenía presentárselas a su hijo si solo iban a ser un polvo de una noche.

—¿Crees que tu hermano era como tú? No os parecéis en nada.

—Mi hermano era un hombre, viudo desde hacía siete años. ¿En serio crees que durante todo este tiempo no ha tenido sexo con nadie? Eres una ingenua.

Muy a su pesar, Sandra descubrió que todo lo que ese cretino estaba diciendo no se alejaba de la realidad. Izan era pequeño y era cierto que con el tiempo superaría la muerte de su padre, aunque esperaba que le quedasen algunos momentos felices con él en su memoria. También era cierto que, si ella hubiera tenido una relación con Pedro, estaría llorando su muerte abrazada a lo único que había dejado, Izan. Y también era cierto que era raro que un hombre no tuviera sexo durante siete años. Solo hacía uno que se había mudado a la urbanización y nunca lo había visto acompañado de una chica. Sin embargo, Rex tenía razón, si la relación no era lo suficientemente seria no la traería a su casa. Y los hombres no dejaban de ser hombres por muy majos que le pareciesen.

—Por tu cara puedo adivinar que se le ha caído el halo de santo que le habías colocado a mi hermano.

—Tu hermano era un buen hombre y un buen padre. No necesito saber nada más.

—Como quieras. Ahora vete ya a tu casa.

—El próximo lunes llévale al colegio. Sería bueno que empezara con sus rutinas.

—Ya veremos.

—Si no lo haces llamaré a los servicios sociales.

—No me gusta que me amenaces, ya te lo he dicho —aseveró Rex en un tono bajo e intimidante.

—Entonces, hazme caso. Ah, y ponle ropa limpia a Izan. Si no sabes usar la lavadora llámame. Y los cacharros de la cocina, haz el favor de no acumularlos sucios o criaréis moscas, gusanos o vete a saber qué. El lavavajillas es muy sencillo solo debes apretar dos botones.

—He vivido solo desde los dieciocho y sigo vivo —comentó Rex sintiendo la necesidad de defenderse. Esa mujer le estaba hablando como si fuese un idiota.

—De milagro —masculló ella.

Sandra ignoró a su vecino y fue a sentarse junto a Izan. Le preguntó algunas cosas sobre la serie de dibujos, le hizo unas cuantas carantoñas y se despidió de él un buen rato después de haber llegado. Izan se agarró a su cuello para que no se marchara.

—Cariño, tengo que irme. No he comido nada.

El niño le pidió que se quedara insistentemente, sin embargo, consiguió callarlo con la promesa de que volvería al día siguiente. Unos minutos después, logró calmar a Izan y Sandra se marchó no sin antes dedicarle una mirada de advertencia a Rex. Él suspiró de alivio en cuanto se fue. Levantó la mirada para ver la cocina y vio que el fregadero estaba hasta arriba de platos y vasos. Un par de sartenes sobre la encimera y una olla también. Él solía limpiar cuando se quedaba sin cacharros. Nunca nadie le había pedido que lo hiciera y mucho menos que ordenara. Pero quizá la regañona tenía razón. Si la asistente social lo veía todo así quizá le quitasen a Izan.

Había llorado la muerte de su hermano en silencio y con una máscara de despreocupación. Pedro había sido un hombre muy fuerte desde los veinte años. Entendía que había hecho todo lo que pudo por él y por eso se marchó a los dieciocho, para que Pedro pudiera hacer su vida sin preocuparse por su hermano menor. Le costó abrirse paso en la vida y al final acabó dedicado a cosas que no debía. Seguro que Pedro se decepcionó cuando acabó en la cárcel, pero ni, aun así, había dejado de llamarle o visitarle.

Cuando aceptó cuidar de Izan, debía reconocer que solo lo motivó el deseo de salir de prisión. Su sobrino no era más que un ente del que solo sabía su existencia pero que nunca se había materializado. Los pocos minutos que lo vio cuando nació, no contaban. En cuanto el día anterior lo conoció aparecieron los recuerdos de su infancia, de su hermano y sus padres cuando aún estaban juntos. No podía creer que aquellos sentimientos ya olvidados hacía tanto tiempo todavía estuviesen allí. Hacía mucho que había dejado el sentimentalismo de lado.

Si se quedaba con el pequeño, tendría un techo bajo el que vivir y alguien que dependiera de él. Alguien que lo necesitaba. Nunca se había sentido así y la culpa era de su hermano por morirse tan pronto. No era justo. No pudo asistir al entierro y solo le contaron que había sido un paro cardíaco. Algo inesperado dado que solo tenía cuarenta y un años y nunca había tenido problemas de corazón. No entendía de qué se sorprendía, ya debía saber cómo era la vida cuando un camión arrolló el vehículo en el que iban sus padres y los mató en el acto. Algo inesperado también. La vida era una puta mierda.

Queriendo dejar de pensar en todo aquello, que no era más que una idiotez que no tenía remedio, decidió limpiar la cocina.

Capítulo 3



Sobre las diez de la mañana, Sandra ya estaba llamando a la puerta de su vecino. Cuando la puerta de fuera se abrió, entró rápidamente para descubrir que la interior también estaba abierta. La empujó sin mucho cuidado y pasó al recibidor donde un hombre grande y sin camiseta la esperaba con las manos metidas en los bolsillos de un pantalón corto a pesar de que a finales de marzo aún hacía frío.

—¿No terminabas a las tres de trabajar? ¿Qué haces aquí?

—Es sábado. No trabajo los fines de semana. ¿Cómo está Izan?

—Igual que ayer y antes de ayer y todos los días que has pasado a verle.

—Acuérdate de llevarle el lunes al colegio.

—Sí, sí, sí —contestó en un tono cansado.

—¿Sabes acaso a cuál va?

Sandra vio como Rex se tocaba la barbilla en plan pensativo y supo que no tenía ni idea.

—Va al Miguel Hernández, ponlo en el GPS.

Sin esperar respuesta, sorteó al grandullón intentando no mirar sus grandes pectorales donde vio que el dragón del brazo izquierdo continuaba bajando por allí hasta su abdomen. Encontró a Izan sentado a la mesa de la cocina comiendo bollos de chocolate. Se giró hacia Rex y volvió a acribillarlo con la mirada.

—No es malo que coma bollos, pero no se los des todos los días. Compra fruta. Le gustan el plátano, la manzana y la pera. Y prueba con las de temporada también, como las fresas a ver qué tal.

—¿No te cansas nunca? —gruñó Rex.

—Es porque no tienes ni idea de cuidar a un niño.

—¿Y tú sí? ¿Cuántos hijos tienes?

Aquella pregunta dejó muda a Sandra. Un nudo se le formó en la garganta y no pudo seguir echándole la bronca. No sabía cómo, pero Rex tenía el poder de desarmarla con verdades que se negaba a aceptar.

—Tienes razón. Ya me voy.

Rex pudo ver aquella expresión y supo que se había pasado de la raya. Una mujer de unos treinta años seguro que deseaba tener hijos y estaba claro que la señorita Rottenmeier no los

tenía. No es que tuviera interés en averiguar sobre su vida, pero seguro que, viniendo todos los días a su casa, en algún momento se enteraría. De pronto, recordó la llamada que había recibido anoche. Sabía que en algún momento la recibiría, pero no esperaba que fuera tan pronto. Y muy a su pesar, necesitaría la ayuda de su vecina regañona.

—¡Eh! Espera. —Al ver que ella se detuvo, aunque no se volvió continuó hablando—. Esta noche tengo algo que hacer. ¿Puedes quedarte con Izan?

—¿Para que te vayas de juerga?

—No me voy de juerga.

Sandra giró solo la cabeza y lo miró a los ojos. Más valía creerlo que averiguarlo y tendría la oportunidad de pasar más tiempo con Izan y no pensar en su propia vida.

—De acuerdo. ¿A qué hora?

—Sobre las ocho.

Ella asintió y salió de la casa con los pasos mucho más vacilantes que cuando entró. Caminó los dos metros que separaban una puerta de la otra. Rebuscó en su bolso la llave y entró. Subió las escaleras y fue directamente hacia su habitación. Allí se tumbó en la cama boca abajo y dejó que las lágrimas empaparan las sábanas. Lloró como hacía tiempo que no lo hacía y no pudo evitar pensar en su vecino y en que era un cretino de lo peor.

A las ocho, recuperada del bajón y con su índice de energía en los niveles más altos, gracias a que vería a Izan, fue hasta la casa de al lado. Un Rex ataviado con un pantalón militar y una camiseta negra sin mangas la esperaba. Al parecer le gustaba lucir bíceps y debía de ser muy caluroso, pensó ella.

—Ya me voy. Gracias por venir.

—Vaya. Conoces esa palabra. —La ironía estaba impresa en esas palabras.

—Conozco muchas más palabras que te gustarían. —Le sonrió de forma maliciosa y se agachó para susurrarle—: Si dejas de ser tan borde, igual te las enseño.

—¡Serás idiota! —lo insultó dándole un empujón en el pecho para separarlo sin que este se moviera ni un centímetro.

Rex cedió sonriendo porque pudo apreciar cómo su cara se tornaba ligeramente sonrojada. Era divertido molestarla. Le dio la espalda y se marchó sin ser consciente de por qué había mejorado su humor.

Después de cenar junto a Izan, Sandra sacó el Juego de la Oca y se echaron unas partidas. Después puso su película favorita, Los Increíbles, y se tumbaron en el sofá. Había conseguido sacarle un par de sonrisas tímidas a Izan, nada que ver a las alegres risas que se echaba antes de la desgracia. Aún era pronto, pero estaba segura de que Izan llevaría un duelo tranquilo y lo superaría. Debía dar las gracias al cretino de Rex porque, al parecer, estaba haciendo un buen trabajo.

Izan no tardó en quedarse dormido. Sandra lo llevó en brazos escaleras arriba hasta su habitación. Tras acostarlo, volvió a bajar. Observó a su alrededor. La casa no estaba impecable, pero tampoco podía decir que estaba sucia. Se sentó en el sofá y dejó puesta una película ya empezada. Cuando acabó miró el reloj del móvil. Eran las doce de la noche y Rex no había vuelto. «Seguro que sí se fue de juerga», pensó ella. «A saber cuántas tías se estará tirando». «Es

un cerdo».

Escuchó a Izan gritar y subió las escaleras de dos en dos peldaños. Entró en la habitación y lo abrazó fuerte.

—¡Papá! ¡No me abandones!

—Tranquilo, tesoro. Estoy aquí.

—¡Papá!

—Papá te está viendo desde el Cielo y no quiere que llores.

Fue entonces que el niño abrió los ojos. Había tenido una pesadilla. Enroscó sus bracitos alrededor de su cuello y sollozó.

—¿Te quedarás conmigo?

—Sí, tesoro. Vuelve a dormir. Cuando despiertes, tu tío también estará aquí.

El niño volvió a dormirse en los brazos de Sandra. Entonces lo recostó, lo tapó con la sábana y el edredón y volvió a bajar.

«Dónde estará ese estúpido». Cogió el móvil para llamarle y cayó en la cuenta de que no tenía su número. Qué tonta había sido. Si hubiera una emergencia no tendría cómo localizarlo. Regañándose a sí misma y con una frustración que le calaba hasta los huesos fue hasta la cocina y comenzó a sacar los productos de limpieza.

A las tres de la mañana, Rex entraba en casa. Por culpa de la pelea se le había hecho más tarde de lo que había pensado. Le esperaba una buena bronca por parte de la señorita Rottenmeier. Resignado fue hasta el salón, donde la luz todavía estaba encendida. La encontró acurrucada en el sofá profundamente dormida. Fue hasta ella, llevaba el pelo retirado de la cara con una coleta despeinada. La amplia camiseta se le había subido dejando a la vista el ombligo. Levantó la mano para despertarla, pero antes de tocarla, se arrepintió. Mejor dejarla dormir y que la bronca se la echase por la mañana.

Un aroma a pino llegó hasta su nariz. Giró la cabeza para observar que la cocina estaba como los chorros del oro. Sacudió la cabeza y subió hasta su habitación, cogió una manta y volvió a bajar para colocarla sobre ella. A pesar de que él era muy caluroso, era consciente de que la gente a su alrededor todavía tenía frío.

Un brusco empujón despertó a Sandra a las ocho de la mañana. Al abrir los ojos descubrió a un Izan muy activo sobre ella.

—¿Te has quedado a dormir? —preguntó el niño con cierta timidez, pero animado.

La pequeña alegría que notó en Izan la puso de buen humor. Cada día que pasaba era un paso hacia su recuperación. Sandra le sonrió alegre y se incorporó. Al mirar a su alrededor, recordó que no estaba en su casa y que la noche anterior, Rex no había vuelto.

—¿Has visto a tu tío?

—Está durmiendo en la habitación de papá.

—Supongo que duerme allí todos los días. —El niño solo asintió—. ¿Por qué no has ido a despertarlo?

—Me ha dicho «déjame en paz, pequeñajo».

—¿Te ha asustado?

El niño solo se encogió de hombros y ella dedujo que no estaba asustado, más bien no le tenía la confianza suficiente para seguir molestándole si le soltaba esa frase.

—Puedes quedarte a dormir todos los días.

—No puedo hacer eso, pero me quedaré de vez en cuando y también podemos pedirle a tu tío que te deje quedarte en mi casa alguna vez. ¿Qué te parece?

—Vale.

—Bien, ve a lavarte las manos y prepararé el desayuno.

Sandra subió las escaleras hasta la habitación donde dormía Rex. Estaba abierta de par en par. Al asomarse lo vio tumbado de lado con la ropa del día anterior puesta.

—Oh, es un cerdo —murmuró para sí misma.

Decidió dejarle dormir, no sabía a qué hora había llegado y le costó imaginar que la manta que tenía por encima al despertarse esta mañana se la hubiese colocado él. No parecía de esos que se preocupaban por alguien que los fastidiaba todos los días. No obstante, no podía ser nadie más que él.

Se quedó toda la mañana con Izan. A pesar de que se notaba que Rex había fregado estos días, los nervios le hicieron volver a limpiar. Esta vez ordenaría el interior de los armarios que eran un caos. Abrió las ventanas para ventilar la casa y le hizo una lista con los productos de limpieza que eran necesarios comprar.

Varias horas después de que ella e Izan desayunaran, un fuerte bostezo hizo a Sandra volverse. Su campo visual alcanzó a ver a un Rex despeinado y rascándose la nuca. Estaba por echarle una bronca por llegar tarde anoche y por contestarle mal a su sobrino, cuando le vio la cara.

—¿Qué te ha pasado?

El rostro de Rex estaba cubierto de moretones y heridas.

—Nada.

—Parece que un camión te pasó por encima —comentó ella acercándose para verle bien.

—Una pelea que se alargó demasiado —acabó confesando.

—¿Una pelea? —susurró Sandra para que Izan no escuchase—. ¿Te has vuelto loco?

—No es para tanto, las he tenido peores.

Soltando un fuerte resoplido, Sandra cogió a Rex por la muñeca y trató de arrastrarlo. Sin embargo, este no se movió ni un milímetro.

—Ven conmigo —insistió ella.

—Voy a desayunar.

—Primero veremos esas heridas.

Al volver a arrastrarlo, esta vez, Rex se dejó llevar. Sandra lo condujo hasta el cuarto de baño que había abajo. Lo mandó sentarse sobre un taburete de madera que había en un rincón, abrió el armario como si de su casa se tratase y sacó el botiquín.

—¿Estás segura de que no te tirabas a mi hermano? Sabes dónde está todo.

—Deja de decir estupideces. Claro que sé dónde están. Ya te conté que me quedaba con Izan todos los días hasta las siete. Los niños son muy propensos a raspaduras, cortes y chichones.

Sandra humedeció una toalla y se la pasó por las heridas de la cara con suavidad. Después, sacó la clorhexidina e impregnó varios cortes con ella. Luego extrajo del botiquín una pomada para hematomas y con la yema de los dedos fue extendiéndola por el pómulos izquierdo, después pasó a la mandíbula.

Mientras Rex se dejaba curar, no dejó de percibir el olor a colonia de bebés que llegaba hasta él. Ya la había oído antes, cuando Izan le pedía ponérsela. Sandra debió de haberse rociado con ella. Era la primera vez que una chica desprendía ese aroma fresco y tierno. Observó cómo arrugaba los labios haciendo un mohín mientras se concentraba en lo que hacía. Llevaba el

pelo negro ondulado recogido en lo alto de la cabeza con un moño despeinado del que escapaban rizos rebeldes. Deseó apartarlos de su cara y colocarlos detrás de las orejas que, por cierto, eran pequeñas pero alargadas, donde brillaban dos mariposas azules en sus lóbulos. Sus ojos negros también habían captado su atención, desde que la conoció solo le había mirado con desdén, sin embargo, ahora se la veía cálida y fresca a la vez como si una suave brisa marina le llegase en uno de los días más calurosos del verano. Era una sensación nueva y extraña para él.

—Quítate la camiseta —soltó Sandra de pronto sacándolo de su ensimismamiento.

—¿No eres tú la que siempre me recuerda que hay un niño en casa? —preguntó de forma irónica y pícaro.

—No seas tonto. Solo quiero ver si tienes más magulladuras.

Rex rio por lo bajo. Por supuesto que sabía que ese era el motivo por el que ella le pidió que se quitara la camiseta, sin embargo, no sabía por qué sentía la necesidad de molestarla. No recordaba cuando fue la última vez que alguien lo divertía. No era la primera vez que una mujer le curaba las heridas, sin embargo, nunca lo habían hecho con tanta delicadeza o, al menos, eso le pareció a él.

Al quitarse la camiseta, Sandra apreció los grandes moretones en las costillas. Sus ojos se agrandaron por la impresión, algo que percibió Rex de inmediato y lo hizo sentirse mal. No por su dolor físico sino por el que podía causarle a alguien más. Era una sensación que no le gustaba. Algo que lo hizo huir tiempo atrás.

En cuanto Sandra rozó la magulladura con sus dedos para ponerle la pomada, Rex dio un respingo.

—¿Te duele mucho?

—Solo un poco. No es nada.

—Claro que es. Podrías tener alguna costilla rota. Deberías ir al hospital.

—No tengo nada roto.

—¿Cómo lo sabes? Deberían hacerte una radiografía.

—Ya me he roto costillas otras veces y esto no es nada.

—¿Que ya te has...? —Sandra no pudo continuar la pregunta por la indignación. No entendía a Rex ni la vida que había llevado y seguía llevando—. Deberías pensar en Izan antes de meterte en peleas otra vez.

—¿Y qué tiene que ver Izan?

—Eres su tío, el único vínculo familiar que le queda.

—No es algo que yo eligiera.

—Pero te ha tocado y estás aquí. Izan te verá como una referencia. Lo que hagas, lo que digas será lo que él crea correcto.

—No me jodas más.

—Cuida el vocabulario delante de él. Date la vuelta —le ordenó para ver si por la espalda también estaba magullado.

Rex obedeció sin comentar nada. Ella siguió pasando sus manos por sus hematomas de forma suave. El aroma a la colonia fresca todavía le llegaba a su olfato. ¿Estaría poniendo esos morritos otra vez?, pensó Rex. ¿Serían frescos sus labios? ¿Tiernos al igual que sus manos?

De pronto, Rex sintió que algo empezaba a palpar bajo sus pantalones. «Mierda».

Sandra, por su parte, pensaba en la espalda de Rex. Era ancha y musculada, al igual que su pectoral. Al parecer se había dedicado a cuidar su cuerpo el tiempo que estuvo en prisión. Observó que no llevaba ningún otro tatuaje en la espalda. Por algún motivo se sintió algo

decepcionada. Nunca había Salido con ningún chico que tuviese tatuajes. Saber algo más sobre la vida de Rex la inquietaba. ¿Qué podría esconder su pasado? Por un lado, deseaba conocerlo, pero por el otro... No obstante, su deseo de saber ganó la batalla.

—¿Por qué estuviste en prisión? —La pregunta escapó de su boca casi sin darse cuenta.

Rex, incómodo por el crecimiento de cierta parte de su anatomía, aprovechó la indiscreción de la pregunta para levantarse de golpe.

—Ya vete a tu casa.

Sandra dejó las cosas dentro del botiquín de mala manera y sin guardarlo siquiera en su lugar, salió del baño. Había sido una estúpida. No tenía la suficiente confianza como para preguntarle algo así. Tenía miedo de saber el motivo y a la vez sentía la necesidad de saberlo. Le dio un beso a Izan en la frente y con la promesa de verse mañana, se fue.

Capítulo 4



Rex, a pesar de que hizo suya la habitación que había pertenecido a su hermano, no se atrevió a tocar ni una sola de sus pertenencias. Hoy había cogido las llaves del coche que había sobre la cómoda. Cuando fue a salir del cuarto, se giró y miró su interior una vez más. La cama de uno cincuenta estaba revuelta de haber dormido. Dos pequeñas lámparas descansaban sobre las mesitas de noche a cada lado. Un gran ropero, que no había abierto todavía ocupaba toda la pared a los pies de la cama. Su ropa estaba revuelta en el interior de una maleta abierta que tenía en el suelo. En la pared de la izquierda había una cómoda con al menos cinco cajones. Sobre ella descansaba una foto enmarcada de Pedro con su mujer y otra con su hijo. También había otra fotografía de su hermano y él cuando tenían dieciséis y nueve años respectivamente. Al otro lado de la habitación, se hallaba un balcón que daba a una pequeña terraza. La primera vez que salió descubrió que podía ver el jardín y la entrada de la casa desde allí.

—Te has pasado años pidiéndome que venga a vivir contigo y ahora que estoy aquí tú te has largado —comentó sin mirar a ningún sitio en particular.

— ¡Tío voy a llegar tarde! —le reclamó Izan desde las escaleras.

Tanto Sandra como él no habían estado muy seguros de si Izan querría ir al colegio, pero al parecer sí lo deseaba. Era un alivio, sería más fácil tratar de que volviera a su rutina.

—Ya va. ¿Has cogido la mochila?

—Sí.

—¿Y el sándwich?

—¡Sí! —dijo ya desesperado—. ¡Vamos!

Al salir de casa, Rex miró la llave del coche y los vehículos que había aparcados en la calle. ¿Cuál era el de su hermano? Recordó la última vez que lo vio que llevaba un Seat, sin embargo, la llave que llevaba en la mano era de un Mazda.

Mientras miraba de un lado a otro, Izan se agarró a su mano. Sorprendido, Rex bajó los ojos hasta posarlos en su sobrino. Se veía un ser tan pequeño e indefenso y su mano suave podría perderse entre la suya. Sí, Izan lo necesitaba. Le apretó ligeramente la mano sabiendo que su vida ya jamás volvería a ser como era. Él era toda la familia que le quedaba a Izan, pero se dio cuenta en ese momento que para él era igual. Su única familia era Izan, este fue el último regalo que su hermano le hizo. A partir de ahora se tendrían el uno al otro.

En cuanto fue consciente de eso, se asustó. ¿Sería capaz de cuidar bien a Izan? Su vida era un desastre y todavía tenía cosas pendientes de su pasado que resolver, como la pelea del sábado. No podía volver a caer en eso.

El niño tiró de su mano haciéndolo volver a la realidad.

—¿Sabes cuál es el coche de tu padre? —le preguntó a su sobrino.

—El gris de allá.

—Todos son grises.

—El más oscuro.

Miró hacia donde le indicó Izan y vio el Mazda gris. Sin soltar la mano de su sobrino cruzó la calle y subieron al coche. Rex tardó un rato en poder abrochar el cinturón de la sillita. No entendía por qué tenía que llevar tantas cintas y enganches. Era como armar un rompecabezas. ¿No podrían inventarlo más sencillo?, se preguntó cuando al fin logró ajustarlo.

Una vez al volante, encendió el GPS y se dejó llevar por él hasta el colegio. Quince minutos después paró en doble fila cerca de la puerta principal que daba al patio. Rex volvió a pelear con el cinturón de la sillita hasta que consiguió sacar a Izan. El niño agarrado de la mano de su tío cruzó el patio hasta llegar a su fila. La profesora se adelantó en cuanto lo vio llegar. Sandra la había avisado de lo ocurrido la semana anterior y de que Izan regresaría cuando normalizara un poco su vida.

—Hola, Izan. Me alegro mucho de verte —le dijo con tono cariñoso y sonrisa condescendiente.

—Quería ver a mis amigos.

—Eso es estupendo. Ve con ellos.

Izan miró a su tío antes de soltar su mano y este asintió con la cabeza. Izan caminó con timidez hacia sus amigos. A pesar de que había tenido muchas ganas de volver al colegio y ver a sus amigos, en ese momento se sintió asustado. ¿Sería todo como antes? No, no lo era.

La profesora lo siguió con la mirada y observó que Izan tenía una mirada apagada y su sonrisa era leve. Izan era una sombra de lo que había sido. Tardaría un tiempo en volver a correr y reír con alegría. Después, la mujer se centró en el tutor de su alumno.

—Buenos días. Me llamo Cintia, soy la profesora de Izan. —Esta le tendió la mano a Rex un tanto nerviosa por la envergadura del hombre.

—Soy el tío de Izan, Rex —contestó tomando su mano y apretándola ligeramente.

—Encantada de conocerle. Lamento mucho la pérdida que han sufrido. Si Izan necesita un psicólogo, el colegio dispone de uno.

—Creo que estará bien, gracias. Se quedará a las extraescolares.

—De acuerdo. Si observa cualquier comportamiento extraño, no dude en decírmelo.

—Vale. Gracias.

La sequedad en sus palabras hizo que Cintia se despidiera de él de forma rápida, no sin dedicarle una sonrisa tímida con caída de ojos incluida. Se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y regresó con sus alumnos.

Era bonita, pero del montón, pensó Rex que no le había pasado inadvertido el coqueteo de la profesora al marcharse. De lo último que tenía ganas, en estos momentos de su vida, era de ligar con desconocidas. Antaño no lo hubiera dudado, le habría pedido su número de teléfono y el fin de semana tendría un polvo maratón asegurado. Desde que entró en prisión y hasta el día de hoy el único sexo del que había gozado era las pajas que se hacía algunas noches.

Rex dio un grito a Izan para informarle que ya se marchaba, el niño levantó la mano y

siguió hablando con sus amigos. Aquel comportamiento dejó a Rex más tranquilo. Se distraería en el colegio y sería bueno para él. Todavía sufría de terrores nocturnos algunas noches y también se hacía pis de vez en cuando. De pronto, pensó que lo del psicólogo podría ser una buena idea. ¿Quizá podría ayudarlo? Se lo comentaría a Sandra, seguro que ella podría aconsejarle.

De regreso a casa, Rex pasó por un almacén y recogió unas cajas. Después fue hasta la casa donde se había instalado desde que saliese de la cárcel. Entró en la habitación de su hermano y guardó todas sus cosas. En una de las cajas colocó las que serían para tirar como la ropa y en la otra las que guardaría. No es que él fuera un sentimental, pero quizá su hijo deseaba tener recuerdos de su padre como su billetera, su reloj y esas cosas.

La fotografía que había sobre la cómoda de los padres de Izan la colocó en la habitación del niño. La otra, en la que Pedro se encontraba con él, la dejó en el mismo lugar.

Estaba por acabar cuando una llamada le hizo dejar las cajas a un lado.

— ¿Qué quieres ahora? No voy a ir. El otro día fue la última vez. ¡No me jodas! ¡Hijo de puta!

Tras colgar, Rex se pasó la mano por el pelo. ¿Era posible escapar de su pasado? No sabía cómo, pero iba a tener que hacerlo si quería darle una vida a su sobrino. La regañona tenía razón. Él sería su modelo a seguir y no podía decepcionarlo. Lo había hecho con su hermano, no lo haría con su hijo.

Agotado mentalmente dejó las cajas en el trastero y llevó las otras hasta el contenedor. Después, se tumbó en el sofá e intentó no pensar en nada, pero imágenes de sudor y sangre llegaban hasta él aunque no quisiera.

El constante tocar del timbre, lo hizo levantarse del sofá de mala gana. Le había costado como horas quedarse dormido y solo quince minutos después alguien lo despertaba. Maldiciendo fue a abrir la puerta sabiendo quien era.

—¿Dónde está Izan? —preguntó Sandra entrando en la vivienda y mirando por todas partes, incluso debajo de la mesa.

—Está en el colegio. He pensado que era mejor que siguiera su rutina de siempre y se quedase hasta las cinco.

—Ah. Vale.

Sandra se detuvo en mitad del salón y observó a Rex. Hoy llevaba una camiseta de manga corta y se desperezaba mientras daba un sonoro bostezo.

—Le recogeré esta tarde. Ya puedes irte a tu casa.

Tal vez Rex no era tan incompetente como ella había imaginado, aun así, le era imposible no preocuparse. Había cuidado de Izan todos los días durante un año. Sabía que no era nada suyo, sin embargo, le quería. Ese hombre podía alejar a Izan de ella para siempre. No quería pensar en esa posibilidad. Tal vez debería cambiar un poco su actitud hacia él, ser un poco más amigable. Ponerle las cosas más fáciles siempre y cuando Rex no hiciese ninguna estupidez que pusiese en riesgo al niño. Se dirigió a la puerta sin discutir, volvería más tarde.

Rex tenía pensado acostarse de nuevo y ver si podía regresar a su siesta cuando recordó la llamada telefónica de la mañana.

—Espera, señorita Rottenmeier. —Ella se volvió apretando los labios. No entendía por qué seguía llamándola así—. ¿Has comido?

—No, todavía no.

—Hice mucho pollo y guardé un poco en la nevera.

—¿Me estás invitando a comer? —dijo extrañada. Achicó los ojos y lo miró con sospecha.

—Ven y siéntate. No voy a envenenarte.

Rex ya estaba sacando el pollo de la nevera. Después fue a calentarlo en el microondas. Sandra, sacó los cubiertos y una servilleta y esperó sentada a la mesa de la cocina. No sabía que se traía entre manos, pero estaba segura de que había algo.

Frente a ella, Rex le sirvió dos muslos de pollo asados y muy condimentados. Como guarnición, unas patatas fritas que estaban algo pochadas por haberlas calentado. Cuando lo probó, para su sorpresa, estaba sabroso.

—Sabes cocinar.

—Al fin un cumplido —dijo él sonriendo—. Vivo solo desde hace mucho, ya te lo dije y cocino desde entonces.

—Aprendiste por fuerza mayor.

—Aprendí a valerme por mí mismo.

—¿Y Pedro?

—Él tenía sus propios problemas.

—Y por eso te fuiste.

—Algo así.

—No debiste hacerlo.

—No necesito un sermón ahora mismo.

—¿Qué harías si después de criar a Izan hasta los dieciocho se marcha y te abandona?

—He dicho que pares.

En verdad no quería ni imaginarlo. Se había encariñado con Izan en estas dos semanas, cómo sería tenerlo diez años más. ¿Y que se largara sin dejar rastro? De acuerdo, había sido muy joven, inmaduro y un completo idiota, pero no lo reconocería frente a esa mujer.

—¿Por qué estuviste en prisión?

Otra vez regresaba Sandra a esa pregunta. Sabía que tarde o temprano se enteraría, lo más seguro es que acabara contándoselo. Pero todavía no estaba preparado para recibir otro sermón.

—¿Podrías quedarte el viernes por la noche con Izan? —soltó la pregunta sin más rodeos.

—¿Otra vez de juerga?

—No. La otra vez no me fui de juerga y esta vez tampoco.

—Entonces cuéntame lo que vas a hacer.

—Eso es personal.

—¿Una mujer?

—No te importa.

—Entiendo que quieras sexo, pero no las traigas a casa a no ser que sea tu novia, la quieras y todo eso.

—Eres de lo más frustrante.

—Le dijo la sartén al cazo.

—¿Podrás quedarte con él sí o no?

—Sí, me quedaré.

Sandra terminó de comer un poco decepcionada. No sabía qué había esperado de ese hombre. ¿Que cuidase a Izan incondicionalmente? Por supuesto que adoraba quedarse con el niño y esperaba que Rex contara con ella siempre, no obstante, había tenido la esperanza de que

fuera por trabajo y no por mujeres. Además, había vuelto a sacar el tema de la cárcel y seguía cerrando en banda. ¿Algún día le contaría algo sobre su vida?

—También quería comentarte otra cosa.

—Dime.

—La profesora de Izan me dijo que el colegio tiene psicólogo. ¿Sería bueno que lo lleve o le estropearán más la cabeza?

—Yo también lo he estado pensando. Creo que sería bueno que fuera.

Rex la estaba sorprendiendo de manera muy satisfactoria, pensó ella. Cuánto más lo conocía, más se daba cuenta de que sería un buen tutor para Izan.

Capítulo 5



Era jueves por la tarde y Sandra decidió que hacía mucho tiempo que Izan no iba al parque. La última vez fue la tarde de la desgraciada muerte de Pedro. Ella lo llevaba de vuelta a casa cuando recibió la llamada de la policía. No le dijo nada a Izan hasta confirmar la noticia.

Hacer un poco de ejercicio físico le vendría bien al niño y para ella, tener que pensar en otra cosa que no fuera el individuo que esa mañana se pasó por la aseguradora, sería un triunfo. Estaba harta de sus visitas. Maribel le dijo un día que debía denunciarlo, pero sería meterse en más líos legales y la verdad era que no tenía ganas, solo quería hacer su vida en paz y olvidarse ya de todo.

Sin más vacilación le propuso a Rex el plan y tras tener que insistir e insistir, el hombre claudicó. Por muy rudo que pareciera, acababa haciendo caso a los consejos de Sandra. Si lo pensaba bien, era bastante dócil, se dijo con una sonrisa.

La tarde era soleada y un tanto calurosa para el mes de abril. La Semana Santa ya había pasado sin que ninguno tuviese ánimos de salir. Era por eso que había que empezar a hacerlo.

Izan iba agarrado de una mano de su tío y la otra de su vecina como si de una familia de padre y madre se tratara. Izan pensó en eso y miró a su tío y luego a Sandra. Cuando su padre estaba con él, Sandra nunca había hecho nada parecido. Cuánto le gustaría poder verlo ahora.

Rex lo vio agachar la cabeza y supuso que pensaba en su padre. Le dio un pequeño tirón de la mano para hacerlo reaccionar.

—Eh, chaval. Estoy aquí y Sandra también. ¿De acuerdo?

Izan esbozó una sonrisa tímida y se dijo que era cierto, que no estaba solo.

Aún no era visible el parque cuando Rex ya pudo escuchar los gritos de los niños. No estaba seguro de poder soportar eso más de cinco minutos. Pero pensar que podría animar a su sobrino le dio la energía que necesitaba para aguantar.

Madres, padres y niños corriendo por todas partes fue lo que encontró Rex nada más llegar. No pisaba un parque desde que salió de primaria. Su aspecto rudo y de facciones duras hicieron que los adultos allí presentes se volvieran a mirarle.

—¿Quieres ir primero al columpio o al tobogán? —le preguntó Sandra.

—Al columpio.

—Pues corre, porque hay muchos niños —lo alentó ella.

Entonces, Izan se soltó de las manos de ambos para correr hacia el columpio. En verdad tenía muchas ganas de subir. Se colocó detrás de un niño algunos años mayor que él y esperó que llegara su turno pegando pequeños saltitos, impaciente.

Sandra fue a sentarse a un banco próximo. Desde allí observó cómo Rex caminaba hacia su sobrino. Sus pasos eran largos, tranquilos, sin embargo, tenían un deje amenazante que no entendía muy bien. Rex se apoyó en uno de los postes que sujetaban el columpio y se cruzó de brazos haciendo que el dragón de su bíceps se hinchara de un modo intimidante. Después fue pasando la mirada ceñuda de un niño a otro sin decir ni una sola palabra. Los niños que había delante de Izan, levantaron la cabeza para mirarle con ojos agrandados y luego echaron a correr.

Después, Sandra advirtió cómo una madre se dirigía rauda hacia el columpio mientras llamaba a gritos a la niña que en ese momento se mecía. La sacó en volandas y la alejó de allí. En cuestión de un minuto el columpio quedó vacío e Izan no esperó para subirse, sin entender el motivo de por qué le había tocado tan pronto.

Sandra cerró los ojos y dio un sonoro resoplido. Se levantó del banco y fue hasta Rex todo lo rápido que pudo sin llegar a correr. Le dio una palmada en la espalda y lo miró ceñuda.

—¿Qué crees que estás haciendo? ¿Acaso pretendes que los padres llamen a la policía? —le regañó en voz baja agarrándolo del brazo y alejándolo del columpio.

—No he hecho nada. Solo vine y me apoyé en el poste —contestó él dejándose arrastrar hasta el banco donde ella había estado sentada antes.

—No te hagas el inocente ahora. Lo has hecho a propósito. Recuerda que tienes antecedentes, podrías meterte en problemas. Será mejor que te quedes aquí y te estés quietecito.

Rex pensó que tal vez ella tenía razón. En verdad había pretendido asustar a los niños. Sabía de sobra el efecto que causaba su rostro y su cuerpo cuando se ponía serio. Lo que menos le convenía ahora era que llamaran a la policía y lo acusaran de cualquier cosa. No deseaba arriesgar su libertad y mucho menos la custodia de Izan.

—Sí, señorita Rottenmeier.

—Deja de llamarme así.

—No tienes ni la menor idea de lo que es divertirse.

—Esto no es divertido.

—Izan parece estar encantado.

Sandra se quedó mirando como el niño levantaba sus pies cuando estaba en lo alto y bajaba rápidamente haciendo volar su cabello que ya tenía falta de un buen corte. Después, encogió los pies para retroceder y vuelta a empezar.

—Parece que lo tiene dominado —comentó Rex sintiendo algo que parecía ¿orgullo? Era un sentimiento tan nuevo para él que no tenía ni idea de cómo llamarlo.

—Yo le enseñé —contestó encantada de haber sido ella la responsable de que Izan lograra tremenda hazaña.

Pasados unos minutos Izan ya se había cansado del columpio. Dio un gran salto para bajarse y corrió hacia el tobogán. Allí se encontró a dos compañeros de clase que, después de saludarse, se pusieron a jugar. Un rato después Izan se acercó al banco donde lo observaban Rex y Sandra. Tras él iban los dos compañeros con los que había estado todo el tiempo.

—Tío, enseñale tus músculos a Raúl y a Jaime—. Rex puso mala cara, pero los niños no se asustaron y permanecieron a la espera—. Vamos tío —insistió el niño.

Rex, que seguía sin estar convencido de si aceptar la petición de su sobrino o no, claudicó al sentir el codazo que Sandra le dio en las costillas. De mala gana, Rex apretó el puño y flexionó

el brazo haciendo que su bíceps, decorado con el dragón, se volviera duro como una roca.

—¡Oh! ¡Qué fuerte! —exclamaron ambos niños al unísono.

—Os lo dije —contestó Izan muy orgulloso—. Mi tío es como Mr. Increíble.

Dejándose llevar por el entusiasmo de los niños, Rex se levantó del banco y se acuclilló. Después colocó los brazos en cruz e invitó a los niños a colgarse de ellos con un gesto de su mirada. Recordaba que a Izan le había encantado aquel juego y esos niños no parecían distintos.

Raúl y Jaime se colgaron de su brazo derecho e Izan del izquierdo. Rex flexionó su antebrazo para hinchar sus músculos y se puso en pie quedando los tres niños colgando mientras gritaban de emoción.

Luego de aguantarlos unos minutos en el aire se agachó para que bajaran. Los niños corrieron hacia el tobogán de nuevo mientras comentaban alegres su gran experiencia. Había sido buena idea traer a Izan al parque, pensó él.

—Al final se te darán bien los niños —soltó Sandra contenta de ver el cambio que Rex había hecho en casi tres semanas. Ahora se sentía más tranquila pues ya estaba convencida que la convivencia de tío y sobrino funcionaría.

Rex ya estaba por sentarse cuando una niña, ataviada con un vestido de flores rosas y un par de coletas a cada lado de la cabeza, se plantó frente a él. Se quedó mirándolo un largo minuto sin atreverse a decir nada. ¿Por qué los niños eran tan descarados?, se preguntó Rex que, sin aguantar más, habló primero.

—¿Qué quieres, niña? —gruñó la pregunta haciendo entender que estaba molesto.

Lejos de que la pequeña se intimidara, le contestó:

—¿Puedo subirme yo también?

—¡No! —bramó él. Eso ya no era descaro, era poca vergüenza.

—Claro que sí —intervino Sandra rápidamente.

Rex la miró con cara de «en cuanto lleguemos a casa voy a matarte» y volvió a mirar a la niña. Se agachó de mala gana.

—Súbete.

La pequeña, que rondaba los ocho o nueve años, se acercó a él y levantó los brazos para colgarse del musculoso bíceps tatuado. Entonces ocurrió algo que ni Rex ni Sandra habían imaginado que pasaría nunca. Rex jugó con la niña dando vueltas y haciendo volar las piernecitas que escapaban del vestido de flores rosas. La niña reía a carcajadas hasta que la bajó antes de que, cansada de sujetarse, fuese de bruces al suelo. Cuando Rex fue a sentarse de nuevo en el banco vio a una docena de niños que estaban haciendo cola esperando que les llegase el turno de ser ellos los que se subieran a los brazos de Rex. Este miró a derecha e izquierda buscando el mejor lugar para huir, sin embargo, solo se topó con una Sandra que había colocado sus brazos en jarras y le fruncía el ceño.

—Así arreglarás la metedura de pata de antes y evitaremos que los padres llamen a la policía.

Rex dio un fuerte resoplido, se volvió y comenzó a darles indicaciones a los niños para que se subiesen de dos en dos.

De camino a casa Sandra se fijó en que el rostro de Izan se veía más como el de un niño de siete años. Aquel descubrimiento la hizo inmensamente feliz. El semblante de Rex, en cambio, era de estar molesto. Aquello también la hizo feliz y trató de aguantar la risa todo el rato hasta que llegaron a casa.

—Tengo hambre —dijo Izan con voz lastimera haciéndoles recordar a los dos adultos responsables que no le habían hecho la merienda para ir al parque.

—¿Quieres un bocadillo de jamón? —le sugirió Rex que recordaba que aún quedaba en la nevera.

—Sí, pero sin cosas blancas.

—Siempre te las quito. Algún día tendrás que comértelas.

—Nunca, jamás me las comeré.

—Ya te lo recordaré al hacerte mayor.

Sandra estaba observando a tío y sobrino. Era como si hubiesen vivido juntos toda la vida. Quizá era el efecto de llevar la misma sangre en las venas, pensó ella. O tal vez que Rex, al fin y al cabo, era un blando e Izan un niño con una gran capacidad de adaptación. Sacó el móvil del bolsillo de su pantalón y les hizo un par de fotos. En la última Rex la había pillado.

—¿Acabas de hacerme una foto? —preguntó de forma retórica porque le pareció evidente lo que había hecho.

—No te he hecho una foto a ti. No te creas tanto. Ha sido a Izan y a ti en la cocina —se justificó alzando las manos y abarcando con ellas toda la habitación—. Podríamos llamarla foto panorámica.

— Me da igual como la llares, si salgo yo, bórrala. —Rex le dio el bocadillo a Izan que se sentó en la cocina sin hacer ningún caso a los adultos y comenzó a darle grandes bocados.

—Pero si esta foto no es nada. Tengo una mejor.

Sandra buscó en la galería de su teléfono y le mostró una hecha en el parque esa misma tarde. Salía él con dos niños colgando de sus brazos. Al ver la cara de susto que puso Rex al verla, Sandra no pudo contenerse más y estalló en carcajadas. Vio como Rex se preparaba para ir tras ella, entonces huyó hacia el salón.

—¡Dame ese teléfono!

—Ni hablar —contestó riendo—, esta foto no tiene precio.

Sin contestarle, Rex llegó hasta ella, alargó el brazo para arrebatarse el aparato, pero ella estiró el suyo para alejarlo de él. Rex la rodeó para quitárselo, entonces, Sandra se giró para quedar de cara a él y colocó el teléfono a su espalda protegiéndolo con su propio cuerpo.

—Si no borras esa foto, no responderé de mis actos —la amenazó Rex que en ningún momento sonrió. Sin embargo, ella no captó amenaza alguna.

Rex fue dando pasos hacia Sandra y ella dándolos hacia atrás hasta que tropezó con el sofá y cayó de espaldas sobre él. Durante la caída los pies de Sandra se levantaron enredándose con las piernas de Rex que no pudo evitar caer hacia delante. Para no aplastar a Sandra, apoyó las manos sobre el respaldo a ambos lados de su cabeza quedando sus rostros a pocos centímetros de distancia.

Sandra dejó de reírse al instante. La cercanía de Rex le aceleró el pulso hasta creer que su corazón saltaría de su pecho. Aquel sentimiento la desconcertó. ¿Qué significaba aquello? ¿Era posible que ella pudiese volver a sentir amor? Conocer a Izan había sido una cura para su alma rota, sin embargo, ningún hombre había conseguido que su corazón volviera a latir tan fuerte.

La turbación que Rex vio en los oscuros ojos de Sandra hizo que se incorporase rápidamente soltando una maldición y olvidando por completo qué les había llevado a esa situación.

—Tengo que irme ya —soltó ella de forma apresurada. Acababa de vivir un momento incómodo y necesitaba estar sola. Necesitaba pensar en sus propios sentimientos.

Sandra fue hasta la cocina para despedirse de Izan y se marchó a su casa.

Una vez Rex escuchó la puerta cerrarse soltó el aire de sus pulmones de forma sonora.

—Izan, iré a darme una ducha.

El niño contestó con un «vale» mientras seguía comiéndose su merienda. Rex subió al baño de arriba, se quitó la ropa y abrió el grifo del agua fría. Necesitaba despejar su mente. No se consideraba un experto en mujeres y hacía demasiado tiempo que no yacía con una, sin embargo, sabía, por su experiencia con el sexo femenino, que Sandra había sentido algo por él cuando habían estado tan cerca. Tenía claro que aquello no era una buena idea. Esa mujer era para relaciones estables y duraderas y él nunca había tenido nada de eso. Además, la erección que le había provocado su mirada seguro que se debía a sus años de abstinencia. No podía arriesgar su relación con Sandra, por el momento la necesitaba para que lo ayudara con Izan.

Rex se quedó largo rato dejando que el agua resbalase por sus músculos y recorriera todo su cuerpo. Solo cuando consiguió que su sangre se calmara cerró el grifo y salió.

Capítulo 6



No había visto a Rex desde el incidente en el sofá. Su corazón aumentaba los latidos cada vez que lo recordaba. Se preguntaba si para él había sido igual que para ella. Era muy difícil adivinar los sentimientos de ese hombre ya que, actuaba diferente a lo que solía decir. Ahora mismo, frente a su puerta, se sentía muy nerviosa. El día anterior había quedado a las ocho y media para quedarse con Izan mientras Rex hacía lo que fuese que tuviera que hacer. Le preocupaba, pero ¿qué más podía hacer si él no deseaba contarle nada?

Se había puesto unos leggings y una camiseta rosa palo. El pelo se lo había recogido en una cola alta, sujetando con horquillas algunas mechas más cortas. Llevaba unos minutos parada frente a la puerta, así que se armó de valor y tocó el timbre.

Al entrar se quedó parada en mitad del jardín mientras veía cómo Rex caminaba hacia ella. Llevaba unos vaqueros muy desgastados, tanto que parecían más blancos que azules. Una camiseta oscura sin mangas se ajustaba a su pecho mientras una chaqueta de chándal se anudaba a su cintura. El pelo lo tenía bastante revuelto y su semblante más serio de lo que ella habría esperado. Sandra tuvo que apartar la mirada con rapidez.

—Izan está en su habitación haciendo una ficha del colegio —le informó Rex aunque ella no había preguntado.

—Vale.

Esa fue la única palabra que pudo pronunciar. Los nervios se habían instalado en su estómago y subían hasta su garganta. Si seguía hablando balbucearía. Rex seguía serio y distante y eso la hizo sentirse como una tonta por ponerse de ese modo con solo verle. Para él aquel acercamiento, aunque accidental, no había significado nada.

Algo abatida entró en la casa y fue a ayudar a Izan con los deberes. El niño de ojos dorados tenía el poder de animarla hasta en las peores situaciones.

Los días alargaban y todavía estaba de día cuando Rex llegó al club. La gente ya se agrupaba en la puerta, entraban y salían. El olor a tabaco invadió su olfato cuando pasó por delante de la puerta principal, giró la esquina y se dirigió hacia la parte trasera. Fue hasta una puerta metálica, pulsó un código y esta se abrió. Una luz tenue le dio la bienvenida iluminando un estrecho pasillo con paredes oscuras. Llegó hasta el final donde una escalera daba acceso al

sótano. Bajó hasta allí peldaño a peldaño sin ninguna prisa. Tenía tan pocas ganas de estar allí como de estar en la cárcel o incluso menos.

Cuando llegó abajo, había dos puertas una en cada esquina del pasillo y en el centro un gran espejo que no se imaginaba para qué diablos servía. Se dirigió a una de las esquinas y llamó con los nudillos. Una chica de cabello ondulado rubio platino le abrió. Llevaba un vestido rojo ceñido hasta no dejar ni un ápice de imaginación a lo que había debajo. Su escote cuadrado y bajo hacía saltar sus pechos siliconados del vestido. Rex tuvo que hacer un esfuerzo para mirar los ojos maquillados en exceso de la chica. Descubrió una mirada coqueta y una sonrisa descarada en unos labios tan rojos como la ropa que la cubría.

—Puedes mirar lo que quieras —declaró con voz melosa sin dejar de sonreír.

—Ya vi demasiado, Mandy. ¿Está Dóberman en la oficina?

—Te está esperando. Adelante.

Mandy se apartó de la puerta y le hizo un gesto con la mano para que pasara. Cuando Rex fue a entrar, ella decidió salir. Ambos tuvieron que ladearse para poder cruzar la puerta y las tetas siliconadas de Mandy se restregaron por todo el pecho musculado de Rex. «Joder con la Mandy», pensó Rex que, a pesar de que no deseaba nada con ella, seguía siendo hombre. Hacía tiempo que había dejado de interesarle ese tipo de mujeres que se restregaban con cualquiera. Hubo una época en la que no habría dudado en tirársela, sin embargo, desde que saliera de la cárcel ya no se sentía igual. Ni siquiera para pasar un rato, no estaba de humor para eso. Y seguro que le contagiaba algo raro. En este momento de su vida no podía arriesgarse. No era conveniente volver a mezclarse con ese tipo de mujeres. Tal vez era por Izan o por... su vecina o quizá eran las dos cosas. De pronto, tuvo un *flash* de Sandra tumbada en el sofá jadeando mientras él estaba sobre ella. Sacudió su cabeza para quitarse la imagen de la mente, este no era el momento para recordar nada de eso.

Escuchó la carcajada de Mandy a su espalda mientras se dirigía hacia el hombre que se sentaba tras el escritorio, habiendo olvidado ya los pechos de esa mujer.

—Mi hombre dorado —saludó Dóberman—. Cuánto me alegro de tenerte de vuelta.

—No estoy de vuelta. El otro día solo te hacía un favor y necesitaba algo de pasta.

—Te recuerdo que aún me debes dinero.

—Pasé cuatro años en la cárcel y no te delaté. Date por pagado.

El hombre rio de forma burlona desfigurando la cicatriz en forma de «C» que tenía en la mejilla derecha. Se veía seguro de sí mismo sabiendo que se saldría con la suya como había hecho siempre.

Dóberman abrió un cajón y esparció media docena de fotografías por la mesa. Rex abrió los ojos de forma desmesurada al observar a los protagonistas de dichas fotos. Cogió una de ellas como si necesitase asegurarse de que era cierto lo que había visto. En ella descubrió a Izan cogido de su mano en uno de los días que lo llevó al colegio. Rex cogió otra donde se veía a Sandra e Izan juntos en el pequeño jardín a la entrada de su casa. Parecía estar tomada desde la azotea del edificio de enfrente. Todas las fotografías hacían referencia a Izan y Sandra. Dóberman los había estado vigilando.

—¡Hijo de puta! —escupió Rex apretando los puños y arrugando la fotografía que aún sostenía en la mano.

—Te he estado observando. Ahora juegas a ser papá y... ¿tal vez marido?

—No te atrevas a hacerles daño.

—Nada les pasará si me pagas lo que me debes.

—¡Cabrón!

Dicho aquello, Rex se abalanzó por encima del escritorio y agarró a Dóberman por el cuello. Apenas tuvo tiempo de apretar su garganta cuando un fuerte golpe en la espalda hizo que diera su cara contra la mesa. Después, una patada en las piernas lo hizo caer al suelo de costado. Una vez ahí volvieron a darle patadas y Rex se encogió para protegerse.

—¡Basta! —gritó Dóberman—. Lo quiero en perfectas condiciones para la semana que viene.

Los golpes cesaron y Rex se puso a cuatro patas, se apoyó en el escritorio y logró ponerse en pie.

—Eres un hijo de la gran puta.

—Solo cinco más y te dejaré en paz. No tienes que preocuparte por la chica y el niño.

—Está bien, pero no vuelvas a acercarte a ellos nunca más o estos perros que tienes aquí —dijo señalando a los dos guardaespaldas que le habían pegado y aún estaban detrás de él—, no me detendrán la próxima vez.

Salió de la oficina sin esperar la respuesta de Dóberman y sujetándose las costillas. Escuchó un «te llamaré» antes de comenzar a subir las escaleras. Rex lo ignoró y continuó subiendo hasta llegar a la puerta que daba a la calle.

Ya había oscurecido, la temperatura por la noche era fresca y rozaba su piel con la sutileza de una brisa marina. Se puso la chaqueta de chándal y caminó sin rumbo por la ciudad durante horas. Aún no podía creer lo que acababa de ocurrir. La pesadilla se volvía a repetir, pero esta vez era peor que antes porque no estaba solo. Por su culpa Izan y Sandra estaban en peligro. Los había involucrado en sus problemas sin haber sido consciente. Cómo había sido tan idiota.

Cuando llegó a casa pasaba de la una de la madrugada. Sentía el estómago vacío y fue cuando se acordó que no había comido nada desde el mediodía.

La casa estaba en absoluto silencio. No vio a Sandra en el sofá dormida como la vez anterior. Tal vez estuviera en la habitación de Izan. Antes de subir a comprobarlo abrió la nevera para comer algo. Sacó el queso y después el pan de molde de un armario. No comió con demasiadas ansias como le hubiese sucedido en cualquier otro momento. Lo hizo más bien por su instinto de supervivencia.

Estaba recogiendo el plato cuando Sandra bajó por la escalera y se dirigió hacia él. El ruido de alguien trajinando en la cocina la había despertado. Hoy había tenido que dormir con Izan después de sufrir una de sus pesadillas. Según le había comentado Rex, hacía una semana que no padecía ninguna. Las sesiones que había empezado con el psicólogo, aunque solo llevaba dos, lo estaban ayudando bastante. Los episodios se iban espaciando y, aunque aún los sufriera, estaba evolucionando para bien.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Sandra a espaldas de Rex que guardaba el pan de nuevo en el armario.

—Bien —contestó de forma seca al tiempo que se giraba hacia ella.

—Izan tuvo una pesadilla y me acosté con él.

—Gracias.

—¿Dónde has ido? —quiso saber ella.

—No creo que te importe. —Rex pasó junto a ella y fue hacia el otro lado de la cocina en un intento de poner distancia entre ellos. Sin embargo, notó como Sandra lo siguió. Así que esperó su bronca, porque seguro que la regañona se la daría y no es que no la mereciera. Solo que no tenía ganas de escuchar lo que ya sabía.

—¿Qué no me importa? —repitió ella indignada intentando controlar el volumen de su voz para no despertar a Izan—. Si debo cuidar de tu sobrino, que es responsabilidad tuya, para que tú te vayas de mujeres cada fin de semana, creo que sí me incumbe.

—No me he ido de mujeres, ni juergas ni nada de eso. Ya te lo he dicho un millón de veces.

—¿Entonces?

Rex no le contestó y Sandra tuvo un mal presentimiento.

—¿Vuelves a dedicarte a lo que fuera que te llevó a la cárcel?

—Vete a casa.

—Es eso, ¿verdad? Ahora no estás solo, Rex. Tienes a Izan. No puedes seguir delinquiendo y arriesgarte a volver a la cárcel. ¿Qué sería de tu sobrino si pasara eso?

—¡Crees que no lo sé! ¡Que no lo he pensado ya! —estalló frente a ella sin acordarse de la hora que era.

—Shh. Despertarás a Izan.

Sandra vio dolor en el rostro de Rex, mucho dolor. Algo había pasado esa noche, algo que había provocado que Rex sufriera. Tal vez el «asunto» que lo llevó a prisión no era tan sencillo como decir «lo dejo» y hacerlo sin más. Podría tratarse de algo complejo que ella no entendía. Aunque de algo sí estaba convencida y era que Rex quería a su sobrino y estaba dispuesto a cuidarlo como se merecía.

Con esa empatía en el corazón, Sandra alzó la mano y le acarició la mejilla. La sintió cálida y rasposa por los puntos de barba que comenzaban a aparecer.

—Está bien, no te preguntaré más de qué se trata. Pero quiero que sepas que me tienes aquí para cuando desees contármelo. Si lo haces, yo podría ayudarte.

Rex le cogió la mano con fuerza para que cesase la caricia. Pudo apreciar el brillo de lágrimas que intentaba contener y se preguntó cuánto tiempo hacía que alguien lloraba por él. Solo en su hermano, cuando lo visitó por primera vez en la cárcel, había visto esa mirada. Sin soltarle la mano, le colocó la otra en la cintura y la atrajo hacia sí al tiempo que bajaba su cabeza para besar sus labios. Esa mujer era tan cálida, tan reconfortante...

La sorpresa hizo que Sandra tardara unos segundos en responder al asalto de Rex, pero lo hizo y en cuanto él lo notó intensificó el beso. Su lengua encontró la de ella y se enroscaron de la forma más erótica que Rex pudiera recordar. Absorbió cada rincón húmedo de su boca y sintió las manos de ella aferrarse a su espalda. Entonces, él la empujó hacia atrás y Sandra quedó sentada sobre la mesa de la cocina. Rex continuó con su allanamiento al cuerpo de ella. Metió la mano por debajo de su camiseta y aprisionó su pecho por encima del sujetador. Sandra perdió las fuerzas y jadeando apoyó la espalda sobre la mesa y Rex se tumbó sobre ella abandonando su boca para bajar los labios por su garganta sensible donde su corazón palpitaba exaltado.

Hacía años que Rex no se sentía tan encendido como en estos momentos. Sandra era tan diferente a cualquier mujer que conoció en el pasado. Su mente había dejado de pensar con coherencia y, sin abandonar su pecho, su otra mano fue directa a la cinturilla de los leggings. Entonces, las manos de Sandra empujaron a Rex por los hombros. Este levantó la cabeza y la miró a los ojos de un color tan negro como una de esas noches en las que ni los lobos aullarían. Los encontró vidriosos y más brillantes que nunca.

—Lo siento, Rex —jadeó su nombre.

—No, perdóname tú a mí —respondió incorporándose mientras trataba de serenarse.

«¿Qué demonios estoy haciendo?», se preguntó tapándose la cara con las manos.

—Espera —dijo ella colocando la mano en su espalda—. No es que no quiera, sino que

íbamos muy rápido.

—No volverá a pasar —contestó sin volverse, no se atrevía a mirarla. Se sentía avergonzado por la magnitud de su deseo.

—Rex, solo quiero ir más despacio: un beso, una caricia, una cita...

—Deberías buscarte a alguien mejor que yo para eso.

—No digas esas cosas. Has cometido errores en tu pasado como todo el mundo.

—Pero aún no están en el pasado.

—Eso se puede solucionar. Confío en que puedas resolverlo. Sé que piensas en Izan y en el futuro.

—Me doy cuenta de cuánto quieres a Izan a pesar de no ser nada tuyo. Deberías formar tu propia familia con un buen hombre. Serías una madre maravillosa.

Sandra detuvo la caricia en su espalda en cuanto escuchó aquellas palabras. Rex se giró y vio las lágrimas aflorar en sus ojos y se arrepintió de haber dicho aquello.

—Izan ha tenido una pesadilla —repitió ella cambiando el tema bruscamente—. Ve a verle antes de acostarte. Yo... me voy a casa.

Rex la sujetó de la muñeca al escuchar su voz temblorosa.

—Lo siento, no quise insinuar que no debas estar con Izan porque no es nada tuyo. En verdad no lo es, pero no quería decir eso.

—Déjalo, te he entendido.

—No soy un buen hombre.

—Sé lo que he visto estas semanas y no soy tan tonta como para no ver más allá del aspecto de una persona y sus palabras bruscas. Además, has cambiado mucho desde que te conocí y, a pesar de todas las tonterías que has dicho, me sigues gustando. Buenas noches.

Rex soltó su muñeca y la dejó marchar. Sandra lo perturbaría toda la noche, estaba seguro de ello. ¿Qué demonios había hecho? Lo último que necesitaba era enredarse en una relación romántica. Si Dóberman se enteraba podría presionarlo aún más. Izan ya estaba involucrado por ser su sobrino y él su tutor, pero Sandra todavía tenía la posibilidad de alejarse de ellos y no verse implicada. No la besaría más, ya lo tenía decidido, aunque cumplir esa promesa le sería terriblemente complicado después de lo ocurrido hacía unos minutos. La pasión que había despertado en él aún lo volvía loco. Sus labios le quemaban recordando el sabor de Sandra. El tacto de su piel suave, sus jadeos, su aliento... Había estado a punto de tirársela sobre la mesa de la cocina. ¿Sería capaz de resistirse la próxima vez?

Capítulo 7



Al día siguiente, Rex decidió pasar por casa de Sandra antes de que esta pasara por la suya. Quería estar preparado y decirle algo sensato, que no fuera ella quien lo sorprendiera. Sentía que aún le debía una disculpa o alguna explicación o lo que fuera, pero debía decirle algo. No le gustó la mirada con la que se marchó, era de pura tristeza. La noche anterior no dejó de dar vueltas en la cama mientras los ojos oscuros de su vecina de al lado lo atormentaban. A pesar de que había decidido que no tendría nada con ella, las palabras de «me sigues gustando» hacían tambalear su firmeza.

Decidió ir con Izan, así si ella deseaba echarlo a patadas, la presencia de su sobrino lo protegería. Izan siempre conseguía ablandar el carácter de Sandra. Aunque la prefería enfadada a triste.

El sol de abril ya empezaba a calentar por las mañanas, sin embargo, en esta época del año siempre podía llegar una ola de frío. Llevaba a Izan de la mano, aún no se acostumbraba a sentir sus pequeños dedos agarrando la suya y la confianza que el niño depositaba en él era desconcertante.

Llamó a la puerta y en cuanto se abrió Izan soltó su mano y fue hacia dentro. Sandra bajaba los dos escalones que llevaban al jardín cuando el niño levantó los brazos y rodeó su cintura.

—Ni que hiciera un año que no me ves —le dijo ella sonriendo y pasando las manos por su cabeza ordenando su cabello despeinado.

Rex los observaba a varios pasos de distancia preguntándose cómo era posible que se profesaran tanto cariño sin compartir la misma sangre. Parecía que tenían una conexión especial. ¿Llegaría a tenerla él también? Se alegraba de haber podido quedarse con su sobrino o los servicios sociales los habrían separado. Él no tendría corazón para hacer eso y ese pensamiento le llevó a otro que lo preocupó sobremanera. Si algo le ocurría a él, ¿qué sería de Izan? Tal y como estaban las cosas con Dóberman, debía ser cauto y prever cualquier cosa. El lunes llamaría al abogado, necesitaba mucha información para dejar su responsabilidad bien anudada.

—Tía Sandra, ¿puedo jugar con el ajedrez? —pidió Izan con los ojitos sonrientes y la voz melosa sabiendo que era imposible que le negaran nada.

—Sí, pero lleva cuidado con las piezas y después debes ordenarlo todo y dejarlo tal y como estaba.

—¡Vale! —Y corrió hacia el interior de la casa bastante entusiasmado. Se sentía tan feliz de poder verle animado. Aunque aún tenía altibajos y algunas noches los dejaba ver.

—¿Ajedrez? —preguntó Rex pensando que Izan era demasiado pequeño para ese juego.

—Tu hermano y yo quisimos enseñarle a jugar en Navidad, sin embargo, a Izan le pareció más divertido hacer batallas con las piezas.

—Eso también es creativo.

—Es bueno que use su imaginación. Tal vez en ser un poco mayor quiera aprender.

Los dos se quedaron un rato callados. Rex aprovechó para mirar a su alrededor. La entrada no tenía ni una sola planta en las jardineras. Solo estaba decorada por una mesa redonda de mimbre con encimera de cristal y cuatro sillas también de mimbre con su correspondiente cojín floreado.

Al ver que miraba la mesa, Sandra lo invitó a sentarse. Los dos fueron hasta allí y se sentaron uno enfrente del otro.

—¿Quieres café o té?

—No. —Rex se revolvió en la silla como si estuviese incómodo cosa imposible gracias al mullido cojín—. Anoche... no debí decir lo que dije. Yo menos que nadie tengo derecho a decirte lo que tienes que hacer y mucho menos algo tan grande como formar una familia. Supongo que tendrás tus motivos para no tenerla.

—Cuando me cuentes tu pasado, tal vez yo te cuente el mío.

Rex vio una expresión traviesa y vivaracha en su rostro, aunque sus ojos escondían la tristeza que había visto la noche anterior. Era algo que no podía ocultar. Aun así, Rex se sintió aliviado de saber que ambos estaban en buenos términos. Aunque los dos sabían que, tras el primer asalto de pasión, nada volvería a ser como antes.

—Por cierto... el próximo sábado...

—Tengo que quedarme con Izan —lo interrumpió Sandra acabando la frase por él.

—No sabía que fueras pitonisa —bromeó él restándole importancia y esperando que ella no le preguntara adónde iría.

—Qué gracioso. —Sandra se levantó de la silla y Rex hizo lo mismo—. No puedes seguir así por mucho tiempo.

—Lo sé, en unas semanas lo tendré resuelto. Lo prometo.

Sandra se acercó a él, colocó las palmas de las manos en los duros pectorales y se impulsó para darle un beso efímero en los labios.

—Sandra yo...

—Deja de decir que no eres un buen hombre. Solo intenta hacer las cosas bien por Izan y por mí también.

Rex la rodeó con sus brazos y la pegó a su cuerpo. Inhaló el perfume de su cabello y se rindió a ella. Se sentía... ¿feliz? No podía creer que esa palabra hubiese pasado por su cabeza. Desde que sus padres se fueron al otro barrio, no tenía esta sensación. Si Pedro todavía estuviera con él, habría sido perfecto. Había sido un completo imbécil, pero de nada servían ya los arrepentimientos. Ahora tenía a dos personas a su lado y por primera vez, tendría que mirar al futuro, a un futuro estable.

Ella le devolvió el abrazo sintiendo que no había nada sexual en él, más bien era consuelo todo lo que Rex necesitaba en ese momento.

—¿Quieres que vayamos a comer a alguna parte? —preguntó Rex aflojando el abrazo para poder mirarla a la cara. Solo se veían una hora o dos cada día y hoy le apetecía estar más tiempo

con ella. A partir de ahora, se sentía con más derechos.

—No puedo —respondió devolviéndole la mirada—. Ya había quedado.

—¿Has quedado con alguien? —replicó atónito.

—Sí, conmigo —intervino una voz femenina.

Rex giró la cabeza para ver a una mujer salir de la casa. Aparentaba la misma edad que Sandra, aunque su aspecto era mucho más llamativo. Tenía el cabello largo y lacio teñido de un rojo intenso. Sus ojos claros maquillados en tonos rosados y un vestido verde limón de tirantes ajustaba todo su cuerpo marcando las curvas de la chica. Tan solo un chal color crema le cubría los hombros.

—Es mi amiga, Maribel —la presentó Sandra al tiempo que la recién llegada se acercaba y le extendía la mano en un claro gesto para saludarlo.

—Tú debes de ser Rex, el vecino de mi amiga y tío de Izan. —Tras el leve apretón, ambos soltaron las manos—. Yo conocí a tu hermano, siento mucho que ya no esté con nosotros.

Rex no supo que contestar, muy pocas personas le habían dado pésame. Ni siquiera Sandra lo había hecho, supuso que fue porque estaba demasiado preocupada por Izan en el momento en el que se conocieron.

—Es mi amiga de toda la vida. Nos conocimos en el colegio con cinco años —agregó Sandra orgullosa de que su amistad fuera firme y sólida en estos tiempos que la gente iba a su rollo y las amistades eran efímeras.

—Sandra dile a tu amigo que puede venir con nosotras. Izan también, hacía tiempo que no le veía —le sugirió Maribel encantada de que los planes hubiesen cambiado. Tenía muchas ganas de conocer a Rex y esta era su oportunidad.

—No importa, id vosotras. —Rex se sintió algo incómodo con aquella chica que no parecía tener pelos en la lengua. ¿Le habría contado Sandra de su paso por prisión? Seguro que sí, acababa de insinuar que eran muy cercanas.

—Vamos, venid. Llevo escuchando hablar de ti constantemente durante varias semanas. Me alegro mucho de conocerte al fin.

—¿Constantemente? —repitió él la palabra intrigado por saber qué tanto había hablado de él. Al principio nada bueno, de eso estaba seguro.

Con cierta satisfacción en el cuerpo, Rex asintió con la cabeza aceptando comer con ellas al tiempo que vio cómo Sandra le daba un codazo a su amiga en las costillas. Después, Maribel se alejó de ellos unos pasos y llamó al restaurante donde había reservado para avisar que serían dos más.

—¡Izan! ¡Nos vamos! —gritó Rex desde fuera de la casa con la esperanza de que el niño lo escuchara.

—Acaba de llegar, déjale jugar un poco más —le dijo Sandra—. Yo te lo acerco después.

—Que no tarde, tiene que bañarse antes de salir.

Sandra se sentía tranquila y satisfecha con el cambio que había visto en Rex. Cuando viniesen los servicios sociales para revisar la situación de Izan, Rex no tendría ningún problema y por ende, ella también permanecería cerca del niño. Lo que más miedo sintió, miedo no era la palabra exacta, más bien terror fue cuando murió Pedro y se quisieron llevar a Izan lejos de ella. No quería perderlo y con la ayuda de Rex, podría estar siempre que quisiera con él.

El restaurante que había reservado Maribel se encontraba en pleno centro de la ciudad. Tras

dar vueltas y vueltas con el coche buscando donde aparcar, tuvo que hacerlo en un parking subterráneo que no quedaba demasiado lejos.

Con Izan tomado de la mano, Rex entró en el lugar. Le pareció un tanto pijo para lo que él estaba acostumbrado, aunque no tanto como esos que ves en las películas a los que no te dejan entrar si no llevas camisa y chaqueta o un mínimo de decoro al menos. Observó manteles extra blancos y copas kilométricas en las mesas.

—¿Tiene reserva? —le preguntó uno de los camareros al verlo entrar.

Rex fue consciente de que el hombre bajó la vista para observar sus pantalones vaqueros con agujeros y subió la mirada para abrir mucho los ojos al observar los músculos y el tatuaje que dejaba ver su camiseta de manga corta blanca muy ajustada.

Antes que pudiese contestarle vio a Sandra levantando la mano para indicarle dónde estaban esperándolo.

—Sí, mi amiga está por allá —respondió con un tono despreocupado y, sorteando al hombre antes de que le negara la entrada, se dirigió hacia la mesa donde estaban las chicas. Si el camarero hizo algún comentario a su espalda, Rex no lo escuchó. Nunca le interesó lo que pensasen los demás.

Tanto Sandra como Maribel no dieron demasiada importancia a su atuendo, aunque se percataron de las miradas de algunas mujeres a su paso para ir al baño. Rex no le prestó la menor atención, aunque, de unos días a ahora, empezaba a molestarle. Sabía que sus músculos hacían girar las miradas femeninas. No es que esa fuera su intención y, a pesar de que en el pasado no le había importado porque le ayudaba a ligar en los bares sin problemas, ahora se sentía un tanto incómodo.

Al parecer Sandra había adivinado sus pensamientos no sabía cómo. Él había aprendido a no delatar sus sentimientos, en su trabajo no era prudente. Con años de práctica había logrado colocar cara de póker casi para todo. Pero estaba claro que desde que su vida había dado un giro drástico, muchas cosas estaban cambiando.

—Si te molesta que te miren, es mejor que no vayas llamando la atención.

—Tengo calor y me visto como me da la gana.

—Entonces no te quejes. Los ojos están para mirar no hay nada de malo en eso. Y haz el favor de hablar mejor porque Izan puede copiar tus palabras y tendrás problemas si eso pasa.

¿Por qué esa mujer siempre tenía razón?, se preguntó Rex irritado. Aunque la gente podría no ser tan descarada cuando lo miraban.

Cada uno pidió su plato y a Izan le sirvieron un menú infantil que constaba de macarrones con queso y un postre. Izan no era un gran comensal, pero cuando le servían su plato favorito podía rebañarlo hasta con la lengua, siempre que se lo permitieran. Fue el primero que terminó de comer y se levantó de la silla como si una chincheta le hubiese pinchado en el trasero.

—Quiero una bola —soltó el niño un tanto tímido al lado de su tío. Todavía no estaba acostumbrado a pedirle cosas.

Rex, que aún no había terminado el postre, lo miró ceñudo. No entendía la petición de su sobrino.

—¿Qué bola?

—De la máquina.

—¿Todavía existen esas máquinas?

—Yo te la compro —intervino Sandra—, pero solo porque te lo has comido todo y te has portado muy bien.

Ella se levantó y siguió a Izan que se adelantó entusiasmado hacia la máquina que había cerca de la barra y que ella ni siquiera había visto al entrar.

—Solos por fin —dijo Maribel una vez su amiga estaba fuera de su alcance visual.

Rex la miró entrecerrando los ojos y no le contestó nada.

—Bien. ¿Piensas buscar un empleo? ¿Vas a vivir en casa de tu hermano para siempre? ¿Cuáles son tus planes de aquí a un año?

—¿Es esto un interrogatorio? No te importa lo que yo haga con mi vida.

—Oh. Desplegaste todo tu encanto tal y como Sandra me dijo.

—No me interesa lo que pienses.

—A mí solo me importa el bienestar de mi amiga. No quiero que la separes de Izan, es como una madre adoptiva para él.

—Está bien. Por el momento no tengo intención de ir a ninguna parte.

—¿Por el momento?

—Es todo lo que te puedo decir.

—Gracias a Izan recuperó la alegría. Así que espero que no seas un cabronazo como lo fue su marido. Después de todo por lo que tuvo que pasar, no se lo merece.

—¿Sandra ha estado casada? —preguntó con incredulidad. Nunca lo habría imaginado.

Aunque, ahora que lo pensaba, ¿por qué no podría haberlo estado? Simplemente no se le pasó por la cabeza y esa noticia lo desconcertó y lo llenó de preguntas: cómo, cuándo, por qué...

—¿No te lo ha contado? Yo creí que... entonces tampoco te contó lo otro —afirmó ella casi en un susurro.

—¿Qué es lo otro?

—Mierda. No le digas que te he dicho nada, me matará.

—Tampoco me has dicho gran cosa.

—Seguro que tarde o temprano te lo contará.

Rex recordó lo que le dijo: «si tú me cuentas tu historia, yo te cuento la mía». ¿Sería por eso por lo que se entristecía cada vez que le hablaba de que formara su propia familia? ¿Qué era lo que le había hecho su marido? De pronto, le dieron ganas de tenerlo frente a él y romperle la cara sin saber exactamente por qué.

Al parecer Maribel no tenía pensado contarle nada más. Tendría que esperar. En ese momento, Izan llegó hasta él con una bola de plástico transparente con un llavero que tenía forma de pelota de béisbol dentro.

—¡Tío, ábremelo!

Rex giró la bola y la destapó sin usar demasiada fuerza. El niño agarró el llavero y se lo mostró pasándoselo por la cara con alegría. ¿Cómo algo tan tonto e inútil podía hacer feliz a un niño? Misterios del universo, pensó.

Capítulo 8



El miércoles de la semana siguiente, Sandra salió de la aseguradora a la hora de siempre. Había comenzado a chispear, pero dado que había conseguido aparcar en la acera de enfrente, no se molestó en abrir el paraguas. Cruzó la calle con rapidez y allí le encontró. El hombre que más aborrecía estaba apoyado en su coche, esperándola. Hacía varias semanas que no aparecía y había pensado, ingenua de ella, que tal vez la dejaría en paz.

—¿Qué quieres ahora? —le preguntó ella con impaciencia.

—Que me la entregues.

—No lo voy a hacer. Yo la estoy pagando y es mía.

—Durante más de un año has hecho lo que te ha dado la gana. Ya estoy harto. Yo también haré lo que me dé la gana.

—Tú mismo. Adiós.

La que estaba más que harta era ella. Su ex se tomaba el lujo de pasarse cuando le apetecía para molestarla, increparla y amenazarla. Quería la casa, pero no pensaba dársela, ella la había pagado y seguía haciéndolo.

Le gritó algo que no había querido escuchar y entró en su coche para irse a casa. Hoy necesitaba un abrazo de Izan, su amor incondicional sería su medicina.

El resto de la semana pasó con normalidad. Sandra y Rex no tocaron ningún tema personal, solo compartieron sonrisas discretas y alguna cena en su casa. Tampoco habían hablado de hacia dónde se dirigía su relación. Solo se dejaban llevar y se despedían con un beso discreto en la puerta. Izan hacía mucho que había dejado de hacerse pis en la cama, aunque todavía tenía alguna pesadilla de vez en cuando. También tenía momentos de timidez, especialmente cuando deseaba algo y tenía que pedirlo o cuando había gente que no conocía a su alrededor. En el colegio la profesora les contó que Izan ya levantaba la mano para participar en clase. El psicólogo le había comentado a Rex que era un niño con una mente muy fuerte, aunque debían seguir pendientes de él, evolucionaba de forma favorable. Todo esto era algo que aliviaba a los dos adultos responsables del niño.

Llegó el sábado y Sandra no había querido preguntar adónde iba o qué haría. Ya lo había intentado en otras ocasiones y no le había contestado nada. Así que hoy tenía un plan. Estaba dispuesta a averiguar lo que hacía Rex ya que estaba casi segura de que se estaba metiendo en

problemas y no podría ayudarlo si no sabía de qué se trataba. Por el bien de Izan y por el suyo propio, esta noche lo descubriría.

Rex era de esos tíos que la palabra problemas iba escrita en su cara. Era cierto que la semana anterior le había prometido solucionarlo pronto y esa promesa fue la que la impulsó a averiguar lo que pasaba para ayudarlo. Estaba casi segura de que no podría hacerlo solo. Ya había acabado en prisión una vez, pero con ella a su lado lo lograría. Fuese lo que fuese en lo que estaba metido, le brindaría todo su apoyo y consejo.

El timbre sonó y Maribel apareció ante su puerta.

—Justo a tiempo —dijo Sandra nada más verla—. Un poco más y llegas tarde.

—¿Estás segura de esto? Puede ser peligroso —le preguntó su amiga preocupada. Si ese hombre andaba en líos no quería que arrastrara a su amiga. Pero como Izan estaba en medio sabía que no lograría convencer a Sandra de desistir.

—Peligroso es no saber lo que está pasando. Desea dejar esa vida atrás y sé que se preocupa por Izan. Tengo que ayudarlo.

—¿Y esta es la manera?

—No me cuenta nada. ¿Qué puedo hacer sino esto?

—Diga lo que diga no me harás caso, así que ten mucho cuidado y deja la ubicación de tu móvil activada.

—No creo que sea para tanto, pero lo haré, no te preocupes. Además, estaré con Rex.

Las dos mujeres salieron de la casa y fueron hasta la contigua donde Rex esperaba inquieto. Sandra lo notó más nervioso que las otras veces.

—¿Vais a montar una fiesta? —preguntó burlón al ver a las dos chicas juntas.

—No, pero no sería mala idea —contestó Maribel con su habitual descaro.

Rex no respondió, cogió una bolsa de deporte que tenía preparada junto a la puerta y se marchó sin decir nada más.

—Ahí va el señor simpatía —soltó Maribel al aire.

—Yo también me voy. Izan pórtate bien, no tardaré.

El niño asintió y Sandra le dio un beso en la frente. Esta noche lo dejaría a cargo de Maribel para poder salir tras Rex. Lo seguiría hasta donde quiera que fuese. Hoy estaba dispuesta a averiguarlo todo.

Llevaba como diez minutos tras él, a cierta distancia, como había visto en las películas, cuando empezó a llover de forma indiscriminada. Parecía uno de esos habituales chaparrones de la primavera que, últimamente, eran cada vez más escasos. Recordó que lo habían anunciado en la tele el día anterior, aunque no por esta zona. Pero ya se sabía que el tiempo iba a su bola. Esperaba que no durara mucho y no acabase en inundaciones.

Rex parecía no tener ningún problema de caminar bajo las grandes gotas de agua. Ella, en cambio, se refugió bajo los balcones y le fue muy complicado no perderlo de vista. A pesar de que había intentado no mojarse con esa fuerte lluvia había sido imposible. Al poco rato ya tenía los vaqueros empapados hasta las rodillas. Y qué decir de los zapatos. Además, el agua goteaba por sus pestañas y tuvo que colocarse las manos en la frente para evitar que le entrara en los ojos.

El semáforo se puso en rojo y no pudo cruzar. La oscuridad de la noche y la luz de las farolas reflejada en la lluvia formaban un velo que apenas le dejaba ver por dónde había tirado Rex. Sandra echó a correr en cuanto la luz verde se puso para los peatones sin ver a Rex por ningún sitio. ¿Lo había perdido?, se preguntó desesperada.

Frente a ella, llamó su atención un pub luminoso con una cola de personas que esperaban pegados a la pared para evitar mojarse y poder entrar. De pronto, la imagen de Rex apareció de nuevo en su campo de visión. Giró la esquina y ella corrió nuevamente tras él. Entonces lo vio tocar lo que parecía el timbre de un telefonillo y la puerta metálica se abrió. Rex desapareció en su interior sin que ella pudiera hacer nada, solo mirar cómo la puerta se cerraba en sus narices. Corrió hacia allí para descubrir que no era un telefonillo sino una serie de números como un código para abrir. Le iba a ser imposible entrar. ¿Qué iba a hacer ahora? Un escalofrío la hizo temblar de pies a cabeza. Tanto su cabello como su ropa estaban empapados. Se apoyó en la pared, a un par de metros de la puerta, bajo una amplia cornisa y decidió esperar... esperar un milagro.

Con la misma rapidez que el cielo descargó su furia en unos pocos minutos todo desapareció, algo que Sandra agradeció infinitamente a los dioses. Llevaba una media hora vigilando la puerta. Su chaqueta no era impermeable y la ropa empapada se le pegó al cuerpo haciéndola tiritar. Se cruzó de brazos y se encogió tratando de no perder más calor cuando observó cómo dos hombres se acercaron. Pulsaron los números y la puerta se abrió. Esta vez, Sandra se apresuró para sujetarla una vez que hubieron entrado. La mantuvo casi cerrada a la espera de que los hombres desaparecieran en el interior y entonces la abrió del todo y entró. En verdad no tenía ni idea de qué encontraría al otro lado, tal vez hubiese una docena de hombres consumiendo drogas o quizá prostitutas. No obstante, Rex estaría allí y solo pensar en eso le daba la valentía de continuar.

Para alivio suyo, descubrió un pasillo con paredes negras iluminado con una tenue luz ambarina. Al llegar al final de ese pasillo vio una escalera a la izquierda que descendía hacia una planta inferior y una puerta ancha como esas de salidas de emergencia a la derecha. Se decantó por la puerta ancha casi sin pensárselo dos veces. Caminó hacia allí y presionó la barra roja que la cruzaba y empujó. Una fuerte música y el bullicio del pub le dio la bienvenida. Se quedó todo un minuto observando el lugar. No parecía nada fuera de lo normal para un pub un sábado por la noche. Rex no estaría allí, concluyó. Le había visto salir de casa con un pantalón de chándal y una bolsa de deporte. No era la vestimenta perfecta para ir de fiesta. Además, si estaba metido en problemas o haciendo algo ilegal ese no era el mejor sitio para trapicheos. Cerró la puerta, se giró y observó las escaleras. Un sótano era mucho más adecuado si estaba haciendo algo fuera de la ley.

Sandra se apresuró a llegar hasta las escaleras y las bajó lo más rápido que pudo con riesgo a tropezarse, ya que la luz era más baja con cada escalón que pisaba. Una vez abajo encontró otro pasillo con paredes bermellón. Un gran espejo rectangular en el centro enmarcado en madera tallada y decorado con filigranas doradas. Había dos puertas cerradas que se encaraban en extremos opuestos del pasillo. ¿Cuál debía elegir? La equivocada podría ser peligrosa y si el pasillo de arriba le había dado miedo, este le daba terror. Un nuevo escalofrío hizo que su piel se erizara y esta vez no fue por culpa del frío. Si alguien aparecía y le hacía algún daño, nadie se enteraría. Sandra sacudió su cabeza eliminando los pensamientos negativos. Ya había llegado hasta allí así que seguiría adelante. Tenía que encontrar a Rex.

Antes de decidir cuál abrir, un griterío llegó hasta ella procedente del lado derecho. Como si de una señal se tratase, decidió dirigirse hacia allí. Agarró el picaporte y abrió lentamente para asomarse primero.

Una muchedumbre chillaba y gruñía encarnecida desgarrando sus gargantas. Hombres de

mediana edad en su mayoría, aunque alcanzó a ver alguna mujer por en medio. Un foco instalado en el techo iluminaba con una luz blanca azulada el centro de algo que ella no alcanzaba a ver desde allí. Los hombres formaban un muro humano que rodeaba esa zona.

Se abrió paso como pudo, con algún que otro empujón que aquellos hombres, absortos en lo que miraban mientras seguían gritando, ignoraron. Sandra tardó unos minutos en llegar hasta la primera fila, fue entonces que la boca se le abrió de par en par. Iluminada entre la oscuridad del local, descubrió una pequeña tarima rodeada con gomas elásticas sobre la que dos hombres se pegaban puñetazos con grandes guantes de boxeo. ¡Dios mío! Aquello era un ring improvisado y seguramente esa pelea no era para nada legal. ¿Estaría Rex entre tanta gente? ¿Cómo lo encontraría? No hacía ni un segundo que esa pregunta le pasó por la mente cuando uno de los hombres que peleaba giró quedando de cara a ella. ¡Rex!

Ni en su más amplia imaginación habría adivinado que Rex boxeaba en peleas como esa. Y por lo que estaba viendo, no le estaba yendo nada bien. Tanía un corte cerca de la ceja del que manaba gotas de sangre que recorrían su rostro hasta alcanzar la barbilla. El pómulo izquierdo estaba bastante hinchado y sus movimientos eran lentos. Era como si no pudiese defenderse o... ¿no quisiese hacerlo?

La campana sonó y Rex se dirigió a una de las esquinas donde, por casualidad, le pillaba muy cerca. Sandra se abrió paso para llegar hasta él. Lo encontró con los ojos cerrados mientras se echaba agua por la cara.

—¡¿Qué estás haciendo?! —vociferó para hacerse oír por encima de la algarabía de la gente.

Rex escuchó una voz muy familiar, miró a su derecha sin dar crédito a lo que veía. Se pasó la mano por la cara y restregó sus ojos. Tal vez el golpe en la cabeza había sido más fuerte de lo que había esperado porque no podía ser que Sandra estuviese allí. Sin embargo, al quitarse las manos de la cara, la volvió a ver. Con el pelo chorreando de agua y pegado a la cara, ceñuda y gritándole no sabía qué.

—¡Rex! ¡Acaba con esto!

La imagen de Dóberman pasó por la mente de Rex y un miedo atroz se apoderó de él.

—¡Serás idiota! ¡Lárgate de aquí!

—No me voy sin ti.

—¿Estás loca? Si te ven me meterás en más problemas. Hablaremos en casa. Ahora vete y no me dirijas la palabra.

La campana volvió a sonar y Rex se lanzó al ring. Su concentración ahora mismo era nula. Menos mal que debía perder esa pelea porque si hubiera sido al revés, estaría en serios problemas. Insensata, pensó él. ¿Cómo se le había ocurrido seguirle hasta allí? Un fuerte golpe en la cara lo tumbó de espaldas y aturdido se volvió a levantar. Tenía que aguantar un asalto más y se dejaría caer.

Sandra se tapó la boca mientras un grito escapaba de su garganta cuando lo vio caer a la lona. Recordó las palabras que le había dicho: que lo metería en más problemas si se quedaba allí, que hablarían en casa. Verlo pelear era una agonía, si eso es lo que quería, se marcharía, aunque... ¿regresaría vivo? ¿Y si lo mataban? No debía de pensar eso, Rex siempre había vuelto a casa y esta vez también lo haría.

Se dio la vuelta dispuesta a marcharse. La masa humana le cortaba el paso. Intentó abrirse camino entre ellos, sin embargo, haber llegado hasta allí fue más fácil que salir. A cada empujón le soltaban un insulto o algún comentario obsceno. Uno de esos empujones la hizo caer en los

brazos de un escuálido chico que apestaba a sudor junto con alguna colonia barata. El chico la lanzó hacia atrás, en esos momentos nada era más importante para él que ganar su apuesta. Desorientada entre el bullicio, no estaba muy segura de si se dirigía hacia la salida o no. De pronto, una mano la sujetó de la muñeca y tiró de ella. Entre tropezones, Sandra consiguió salir del gentío y llegar al pasillo. Estaba por dar las gracias a quién fuera que la hubiera ayudado cuando se vio arrastrada más allá de la escalera que daba a la salida.

—¡Eh! —protestó ella tratando de zafarse de un hombre vestido con un traje color caqui con las mangas arremangadas hasta los codos.

El hombre se dio la vuelta, pero no la soltó.

—¿Conoces a mi boxeador? —La pregunta era retórica porque el hombre la reconoció nada más sacarla de allí.

Sandra no sabía qué respuesta sería la correcta para no meterse en ningún lío y tampoco meter a Rex en más problemas de los que ya tenía. Decidió no responderle y tratar de soltarse del agarre de ese hombre.

—¡Suéltame!

—Enséñame el sello.

—¿Qué sello?

—Si no tienes sello significa que te has colado aquí. Ni has pagado la entrada ni has apostado.

Oh no, se lamentó Sandra. Ese hombre tenía razón, se había colado y la habían pillado. Allí se realizaban peleas y apuestas ilegales, no llamarían a la policía. Entonces ¿qué harían con ella?

—Yo... me he equivocado. Llovía mucho y buscaba donde...

—Estabas en primera fila viendo a mis chicos —la interrumpió el hombre— y hasta has hablado con uno de ellos. Yo creo que sabías muy bien donde te metías.

—Déjame ir, me marcharé sin decir nada. —Sandra trató de que su voz sonara firme, pero no lo consiguió y pudo intuir la sonrisa de suficiencia en los labios de ese tipo que seguía tirando de ella.

—No voy a hacerte daño.

—¡Suéltame! No iré contigo, no te conozco de nada.

El hombre se dio la vuelta y acercó su rostro al de ella.

—Me acompañarás a mi oficina y allí esperaremos a Rex. Estarás mucho más cómoda que entre todo ese gentío.

Sandra solo tuvo ganas de darle un gancho de derecha, pero cuando alzó el puño para pegarle, otro hombre, que no sabía de dónde había salido, le sujetó el brazo y lo presionó hasta que la escuchó soltar un grito.

—No hagas tonterías o te harás daño —le sugirió el del traje caqui—. Bobby, ya puedes soltarla.

Ella decidió obedecer, al parecer no iba a poder escapar de ese tipo y si luchaba, no ganaría contra esos dos. Ya había comprobado su fuerza mientras la sujetaban.

La oficina era una habitación amplia con paredes en colores negro y granate que le daban un aire algo siniestro, tal vez a Drácula. Solo le faltaba encontrar un ataúd por algún rincón. Olía a tabaco y a alcohol y ella se alegró de que no fuera sangre.

De las paredes colgaban posters de boxeadores en un ring de competición que le hicieron sospechar que serían famosos. En el centro de la habitación había un sofá de cuero negro que daba la espalda a la puerta, una mesa de cristal en el centro y dos sillones también de cuero a

cada lado. Al fondo pudo apreciar el escritorio con papeles apilados y desordenados. A su espalda una estantería con libros y fotos enmarcadas con más boxeadores en los estantes.

—Estás bastante mojada. Mis chicas pueden prestarte algo de ropa, si quieres.

Sandra no quiso ni pensar a qué chicas se refería. Lo que tenía claro es que no aceptaría nada de ese tipo.

—Estoy bien así.

—Pues siéntate y charlaremos mientras esperamos a Rex —le dijo el hombre señalándole el sofá.

Capítulo 9



La campana sonó y al fin acabó el combate. Rex estaba ansioso y angustiado por saber de Sandra. La había visto de soslayo marcharse entre la gente, eso lo alivió, aunque no se quedaría tranquilo hasta que llegara a casa y la viera allí. Sana y salva. Lejos de este lugar decadente y, lo más importante, lejos de Dóberman.

Había perdido tal y como debía hacer para que ese perro rabioso ganase mucha pasta. Sandra lo había hecho bajar la guardia y le encajaron más golpes de los que tenía previsto dejarse dar. Le dolían las costillas, la cabeza, la cara y... ¿para qué enumerar cada parte? Le dolía todo el cuerpo.

Los hombres de seguridad les abrieron un pasillo a ambos luchadores que cruzaron hasta el vestuario, que estaba situado en la parte de atrás del ring. Ellos pasaron entre los gritos de la gente. Algunos eran halagos; otros, improperios. Cuando saliesen del local, los primeros celebrarían con alcohol su victoria y los segundos ahogarían sus penas también con ese mismo líquido. A pesar de que él se había movido por ese mundo desde los dieciocho años, nunca había arriesgado su dinero en las apuestas. Valoraba demasiado esas monedas que le costaba sudor y sangre conseguir.

El agua tibia cayó sobre su cuerpo relajando los músculos, que buena falta le hacía. No quiso tomarse demasiado tiempo en la ducha ya que seguía preocupado por Sandra. Cada vez que cerraba los ojos, la veía parada junto al ring con los ojos desorbitados. No quería ni imaginar cómo había logrado llegar hasta allí. Las personas que frecuentaban ese local no estaban limpias, solo estar presente era un gran peligro, pero si Dóberman la encontraba sería mucho peor. Una vez saliera del local la llamaría por teléfono para asegurarse de que había llegado a casa.

Una vez cambiado, se miró en el espejo para ver los daños.

—¡Joder! —masculló. Sandra iba a poner el grito en el cielo en cuanto lo viese.

Cuando salió del vestuario el lugar ya estaba despejado, rodeó el ring y llegó hasta la puerta trasera. Allí Bobby lo esperaba de pie, recto como un palo y con los brazos cruzados. La boca recta, el ceño fruncido y un mentón sin afeitar.

—El jefe te espera en la oficina.

—Ya me lo imaginaba, pero hoy tengo prisa.

—Díselo a él.

Con un resoplido, Rex pasó por delante de Bobby que lo siguió a muy poca distancia.

Cruzó el pasillo de luz tenue hasta llegar a la oficina. Abrió sin llamar y entró como si de su propia habitación se tratara.

Encontró a Dóberman sentado en el borde de su escritorio. Parecía que estaba hablando con alguien sentado en el sofá de espaldas a él y, por ende, no logró ver.

—Oh, Rex. Te estábamos esperando —anunció Dóberman nada más verlo aparecer sin moverse ni un ápice de donde estaba.

—¿Qué quieres? Tengo que irme.

Dóberman rodeó el escritorio y cogió un sobre blanco que tenía preparado en un cajón y se lo ofreció. Rex caminó despacio hacia él hasta pararse a poca distancia. Miró el sobre y después al hombre que lo sostenía. Vio unos ojos risueños, triunfadores y no le gustó nada. Conocía esa mirada y solo le traería problemas.

—No lo quiero.

—Cógelo. Hoy te lo has ganado.

—Me reclamas que te debo dinero, pero me sigues pagando por pelear.

—Me has hecho ganar mucho dinero esta noche, puedo compensarte mientras saldas tu deuda. Sé que no trabajas y lo necesitas.

—No me convencerás de nuevo para que siga peleando. Me quedan tres combates, como acordamos, y mi deuda estará saldada.

Dóberman no contestó mientras le instaba a que cogiera el sobre. Finalmente, Rex se lo arrebató de un tirón. En verdad necesitaba el dinero para no tocar el que su hermano le había dejado a Izan. Y en cuanto dejara el boxeo encontraría un trabajo normal.

—No creas que esto cambia nada. Tres más y no me verás el pelo.

Se guardó el sobre en la bolsa de deporte que llevaba colgada del hombro y dio media vuelta para marcharse. Fue entonces que descubrió a la mujer que lo miraba con ojos muy abiertos desde el sofá de cuero negro. Parecía paralizada, tal vez de terror porque no había dicho ni una sola palabra. Una rabia colosal le consumió las entrañas, volvió a darse la vuelta y con una sola zancada alcanzó a Dóberman. Lo agarró de las solapas del traje y lo arrastró por encima del escritorio haciendo caer al suelo un cenicero y algunos papeles. Agachó la cabeza para quedar a pocos centímetros de su rostro y le habló enfurecido.

—¡Hijo de puta! ¡Te voy a matar!

Rex no pudo decir nada más ya que un puñetazo voló hasta su mandíbula obligándolo a soltar a Dóberman. Antes de que pudiera reaccionar, Bobby le atizó otro en el estómago. Rex, ya consciente de que tendría que volver a pelear, se irguió rápido y le devolvió el golpe con eficacia. El puño de Rex era potente, acostumbrado al ring, ese guardaespaldas no era nada para él. Esquivó dos golpes de Bobby y le propinó dos más, en la cara y en el costado que hizo al hombre tambalearse hacia un lado. Rex aprovechó para volver hacia Dóberman que lo esperaba con una pistola en la mano que apuntaba a su cabeza.

El grito de Sandra llegó hasta los oídos de Rex que lamentó profundamente que estuviese allí. Aún no entendía cómo había sido capaz de seguirle. Todo esto era su culpa. No debió permitir que se le acercara tanto.

Bobby logró mantener el equilibrio y sacó un arma de la cinturilla de su pantalón para apuntar también a Rex.

—No hagas ninguna tontería —aconsejó Dóberman —. Me apenaría mucho perder a un boxeador como tú.

—¿Por qué está ella aquí? Esto solo me atañe a mí.

—Yo no la he traído. Ha venido ella solita a colarse dentro de la boca del lobo.

—Deja que se vaya.

—Tranquilo, Rex. Podréis iros los dos si prometes controlar a tu gatita y mantiene la boca cerrada.

Dóberman guardó el arma y Bobby se apartó de él para darle espacio, aunque seguía apuntándole con la pistola.

Rex dio unos pasos hacia atrás, cogió a Sandra de la mano y la arrastró hasta la puerta. Antes de salir se giró y miró a Dóberman.

—No vuelvas a acercarte a ella o juro que te mataré.

—Si haces lo que te digo nadie tendrá que matar a nadie.

Ante aquella respuesta, Rex tuvo ganas de correr hacia él y partirle la cara. No obstante, se contuvo. Su perro protector todavía sostenía el arma en la mano. Lo más importante en ese momento era sacar a Sandra de ese lugar y alejarla lo más posible. Dóberman la había dejado marchar aparentemente ilesa, pero no se fiaba de él. En cualquier momento podría cambiar de opinión y pensar que ella era un peligro para su negocio.

—¡Mierda! —masculló a nadie en particular una vez salieron a la calle.

Apenas chispeaba y grandes charcos se acumulaban en puntos estratégicos de la calzada. Trató de sortearlos caminando a grandes zancadas mientras sostenía la mano de Sandra. Ella lo seguía casi corriendo.

—¿Estás bien? ¿Te hizo algo? —le preguntó Rex al fin cuando creyó que ya estaba lo suficientemente lejos de Dóberman.

—No me hizo daño, estoy bien.

—¿Qué te estuvo diciendo?

—Solo que has trabajado con él por años y que seguirás haciéndolo.

—Ese hijo de puta no me dejará ir.

—¿Te obliga a pelear? ¿Es por él que acabaste en prisión?

—Sí. Al principio quise hacerlo. Era muy joven, no tenía oficio y necesitaba el dinero. Pero ahora no me dejará abandonar.

—¿Por qué dice que le debes dinero?

—Cuando me encerraron incautaron todo el dinero de las apuestas y, al parecer, quiere que lo pague yo. Por eso acordé cinco combates.

—Pero eso no fue culpa tuya. No puede obligarte a nada que no quieras hacer.

Rex soltó una risotada.

—Me chantajeará contigo o con Izan.

—¿Izan?

Rex no le contestó, era evidente a lo que se refería así que la dejó que sacara sus propias conclusiones.

En ese momento la sintió temblar. La miró y entonces se dio cuenta de lo mojada que se encontraba. Llevaba el pelo enredado y la chaqueta parecía un moco húmedo. Rex se paró y abrió la bolsa que llevaba colgada del hombro. Sacó una chaqueta de deporte y se la entregó.

—Quítate la tuya y ponte esta.

Ella se cambió sin rechistar. Al instante sintió el alivio de la prenda seca y le lanzó una mirada de agradecimiento.

—Lo siento. No quería meterte en más problemas.

—Ahora ya lo sabes. No quiero volver a verte cerca de ese lugar.

—Está bien, no volveré, pero tú tampoco deberías.

—Lo dejaré cuando sea seguro hacerlo.

Sandra habría querido que le explicara un poco más la situación, pero no insistiría. Ya habría otro momento, ahora se sentía cansada, demasiado cansada.

Siguieron caminando, algo más despacio y en silencio, hasta casa de Rex donde Maribel los esperaba ansiosa.

—Sandra, estás hecha un asco —le dijo su amiga nada más verla.

—Ha sido una noche dura.

Maribel pasó la mirada al hombre que entraba detrás de ella y agrandó los ojos al ver las heridas en su cara.

—¿Qué ha pasado?

—Ten cuidado con lo que le dices —intervino Rex, dirigiéndose a Sandra en un tono demasiado serio para que Maribel lo dejara pasar.

—¿Estás amenazándola? —preguntó su amiga colocándose frente a Rex para encararlo sin importarle que la doblara en corpulencia.

—¿Y qué piensas hacer? —le replicó Rex—. Con un simple dedo te tiraría de espaldas.

Rex se cruzó de brazos y sacó más músculo si es que eso era posible. A Sandra se le fue la vista por unos segundos a esos brazos y supo que si ese hombre se ponía violento nada podría hacer. Cuando lo conoció no le pareció de esos tíos, pero nunca se sabía.

—¡Basta los dos! —gritó Sandra interponiéndose entre ellos.

Maribel se dirigió entonces a su amiga.

—Sandra, no permitas que este tipo te maltrate. Tú nunca has consentido estas cosas. Acuérdate.

—No me maltrata.

—El maltrato psicológico también es maltrato.

—Estás equivocada.

—Tío, ¿ya llegaste? —La vocecita infantil los hizo girarse a todos para ver al pequeño Izan asomarse al salón.

—Veis, habéis despertado a Izan con vuestra pelea de gallos —protestó Sandra.

—No soy un gallo —replicó Maribel.

—Bueno, gallina o lo que sea. Ahora vete a casa y gracias por haber venido.

—Y mejor no vuelvas —le soltó Rex.

—No te dejaré sola con él.

—No me hará daño, te lo aseguro. Ahora vete. Mañana hablamos. Te lo prometo.

—De acuerdo —claudicó Maribel ya que no haría entrar en razón a su amiga—. Pero llámame si me necesitas. —Después miró a Rex con cara de querer seguir con la pelea de gallos—. Te estaré vigilando. Si me entero que le pones un dedo encima o la maltratas verbalmente, te arrepentirás.

—Ya lárgate.

Sandra sacudió la cabeza y fue hasta Izan que se apoyaba en la pared mientras se frotaba los ojos con las manos. Lo tomó en brazos, lo llevó hasta la cama y se quedó con él hasta que volvió a dormirse.

Capítulo 10



Cuando bajó de la planta de arriba, encontró a Rex en la cocina comiéndose un sándwich. Se sentó frente a él y se quedó mirándolo sin decir nada.

—Vete a casa —espetó él con el último bocado todavía en la boca.

—Antes te curaré las heridas.

—Lo haré yo. Vete.

—¿Estás enfadado?

—Sí.

Sandra abrió la boca para replicar, pero se arrepintió y la volvió a cerrar. Entendía que estuviera enfadado, aunque no esperaba que se lo soltase tan directamente. Tenía cero tacto. Al menos podría haber dicho un «pero». Al fin y al cabo, ella le había seguido con la buena intención de ayudarlo.

—¿Esperabas otra respuesta? —le preguntó Rex al verle la cara, en ella se reflejaba decepción, tristeza...

—Sí. Eh... no. En realidad, te comprendo. Te seguí y aumenté tus problemas.

—Al fin lo entendiste.

—Pero todo fue culpa tuya. —Sandra soltó aquella acusación. Él tenía una parte de razón y ella otra y se lo haría ver.

—¿Cómo dices? —dijo incrédulo.

—Si me hubieses contado desde un principio lo que pasaba, yo habría sido más precavida. Es algo peligroso e importante, no debiste mantenerlo en secreto.

—Así que te empujé a que me siguieras, a que te colaras en un club clandestino que realiza peleas ilegales por no habértelo dicho. Soy un desalmado —argumentó de forma sarcástica.

—En parte. Estaba preocupada por ti y por el futuro de Izan. Recuerda que eres su tutor. Y que yo pueda estar con él depende de ti.

Rex observó su mirada de ojos negros. Emitían un destello chispeante y supo que esa mujer siempre haría lo que ella creyera correcto, sin tener en cuenta la opinión de otros. Pensó que con la muerte de su hermano ya nadie más se preocuparía por él, pero Sandra lo había hecho. Tal vez solo fuera por Izan, pero le gustaba lo que despertaba en él. La vio humedecerse los labios y deseó besarla de nuevo, no obstante, se contuvo. No debía seguir con esa relación, al menos hasta que solucionase su problema con Dóberman.

Ella se levantó, fue hasta el baño y regresó con el botiquín.

—Déjame que te trate esas heridas.

Rex no dijo nada y se dejó hacer. Era un tanto extraño dejarse cuidar por alguien con tanto cariño. Solo Pedro se lo había demostrado y una vez más lamentó la pérdida de su hermano. Cuánto se arrepentía de no haber pasado más tiempo con él.

—Estás peor que la última vez —comentó ella mientras aplicaba la crema para los hematomas.

—Alguien apareció en pleno combate y me distrajo.

—¿Vas a seguir echándome la culpa? Ya te dije que lo siento y que también tienes tu parte de responsabilidad,

—No me vengas con esas. ¿Cómo iba a saber yo lo entrometida que eras? Aunque, con el tiempo que te conozco debí haberlo adivinado. No dejaste de increparme desde que llegué.

—Eres un grosero.

—Auuu —se quejó Rex cuando ella le limpió uno de los cortes que decoraban su ceja.

—¿En serio te has quejado? No te escuché decir «auuu» mientras te molían a palos en ese ring.

—No es lo mismo.

—Sí, claro.

Sandra rio a su pesar. Rex tenía un lado tierno, aunque le costaba mucho sacarlo. Lo más seguro era que fuera por la vida que había llevado. Siempre a la defensiva, tratando de no dejar ver sus puntos flacos. ¿Podría algún día reír con él de verdad? ¿Con despreocupación?

Cuando acabó guardó las cosas en el botiquín y lo devolvió a su lugar.

—Me voy a casa.

—Cierra bien puertas y ventanas. No le abras a nadie sin asegurarte de quién es primero y llámame si te sientes amenazada o asustada.

Sandra volvió a sonreír. Se acercó a Rex y tiró de su camiseta al tiempo que se ponía de puntillas para plantarle un beso en la boca. Sus movimientos fueron rápidos para evitar que él se apartase de ella, así pues, su objetivo fue cumplido.

Rex no solo se dejó besar, sino que, dado los deseos contenidos tanto tiempo, se dejó llevar por los cálidos labios de Sandra. Enmarcó su rostro y la acarició mientras sus lenguas se enroscaban una y otra vez. Un tirón en su entrepierna le recordó que ella deseaba ir más despacio. Así que, a su pesar, se separó de ella.

Observó sus mejillas sonrosadas, sus ojos llameantes, su respiración acelerada. Oh, cuánto deseaba hacer el amor con ella.

Como un relámpago que fugazmente atraviesa las nubes, Rex recordó que Sandra había estado casada. Y, sin darse ni cuenta, las palabras salieron de su boca.

—¿Estás divorciada?

Sandra dio un salto hacia atrás y lo miró con cara de sorpresa.

—¿Cómo lo sabes?

—Entonces es cierto.

—Maribel... La voy a matar.

—Solo me dijo eso. Supuso que ya lo sabía, pero tranquila, no me dijo nada más.

Ella lo miró con desconcierto. No había planeado contarle nada todavía, no se sentía preparada. Además, aquel no era el mejor momento.

—Buenas noches —se despidió y fue hacia la puerta.

- Después soy yo el que guarda secretos.
- Ya tienes suficientes problemas para preocuparte por los de los demás.
- ¿Qué estés divorciada es un problema?
- No me siento preparada para hablar ahora de eso.
- Está bien. Buenas noches.

Rex la siguió hasta la puerta, luego salió y se aseguró de que entrara en su casa antes de regresar a la suya.

Subió hasta la habitación de Izan y lo observó dormir apoyado en la jamba de la puerta con las manos dentro de los bolsillos.

¿Y si cogía al niño y se largaba de allí? Dóberman lo buscaría, tenía mucho poder para hacerlo. Además, viviría mirando siempre a su espalda. E Izan, nunca estaría seguro. No, marcharse no era una opción, debía encontrar otra manera. Tres combates más y estaría en paz con él. ¿Se conformaría Dóberman con eso? No, claro que no. Lo conocía demasiado bien. Él era una fuente de dinero y ese desgraciado lo presionaría para que continuara combatiendo. ¿Qué podía hacer? Ahora también contaba con Sandra. No había esperado enamorarse de nadie y mucho menos nada más salir de prisión, pero ahí estaba ese sentimiento. Amor. No podía ser otra cosa. La muerte de Pedro y hacerse cargo de su sobrino lo habían ablandado sobremanera, no tenía otra explicación.

Rex dio media vuelta y se marchó a su habitación. Nunca había tenido nada que perder. Nunca había tenido nada que proteger. Ahora sí lo tenía y no sabía cómo proceder para salir del lío en el que se había metido hacía años.

La noche fue turbulenta. La tormenta regresó al cielo como si estuviese en sintonía con su estado de ánimo.

Al día siguiente, Rex fue a ver a Sandra. No sabía qué iba a decirle, solo estaba seguro que quería verla. La noche anterior había sido consciente de que sus sentimientos eran fuertes y sinceros. Quizá si se los confesaba, aumentaría la confianza y por ende le haría más caso. No, seguro que esa mujer seguiría sus instintos, fueran buenos o malos. Sonrió al pensar en ello. Alejarse de ella ya era una opción que había descartado.

Se encontraba parado frente a su puerta. Izan protestaba junto a él porque lo había obligado a dejar de ver la tele para acompañarle. Rex no sabía cuánto podía tardar y no se fiaba de dejarle solo.

Tras tocar varias veces el timbre dio por hecho que Sandra no estaba. Entonces sacó su teléfono del bolsillo trasero del pantalón para llamarla, sin embargo, no lo hizo. Le daría espacio, tiempo para pensar. La vería cuando regresase.

Las horas pasaron y la noche cayó mientras Rex miraba cada cinco minutos por la ventana para comprobar si Sandra había regresado. La luz seguía apagada. Había tratado de no agobiarla y darle espacio durante todo el día, pero ¿y si le había sucedido algo malo? ¿Y si Dóberman había dado con ella? Esta última pregunta lo alarmó de tal manera que no pensó en nada más que llamarla por teléfono.

Al tercer tono alguien que no era Sandra contestó.

—¿Quién eres? —preguntó Rex alarmado. Sus peores pensamientos se hacían realidad—. ¿Dónde está Sandra?

—Soy Maribel. Sandra ha pasado el día conmigo.

—¿Maribel? —repitió él sintiendo que el aire regresaba a sus pulmones—. Dile que se

ponga.

—Está cansada. Tiene mucho en lo que pensar.

—¡Que se ponga! —bramó ansioso por escuchar la voz de Sandra.

—A mí no me grites.

Dándose cuenta de que esa actitud no lo llevaría a hablar con ella. Respiró hondo y las palabras que salieron de su boca a continuación parecieron casi una súplica.

—Necesito escucharla. Saber que está bien con sus propias palabras.

Maribel percibió esa desesperación en su voz y tuvo compasión de él.

—Sandra —le dijo a ella pasándole el teléfono móvil—. No se quedará tranquilo hasta que te pongas.

Sandra se levantó del sillón en el que estaba sentada y respondió:

—¿Qué quieres?

—¿Que qué quiero? ¿Cómo se te ocurre irte sin avisar? ¿Te imaginas todas las cosas que se me han pasado por la cabeza durante todo el día?

—No creía que te fueras a preocupar.

—Qué inteligente por tu parte pensar así después de todo lo que vivimos ayer.

—Lo siento.

Maribel le arrancó el teléfono de la oreja.

—¡No te disculpes! —le espetó a su amiga. Después le contestó a Rex—. ¿Para que la has llamado? ¿Para controlarla? ¿Para hacerla sentir mal? Después de todo sí eres un maltratador.

—Por supuesto que no. Estaba preocupado y ella sabe muy bien por qué.

—Está bien. Pues ya sabes dónde está. Se quedará aquí a pasar la noche.

Y colgó. Rex se quedó con la palabra en la boca. Dejó el teléfono sobre la mesa y enfurruñado fue a hacer la cena.

Capítulo 11



Sandra había cometido varios errores durante aquella mañana en el trabajo. No podía dejar de pensar en lo ocurrido la otra noche. Todavía tenía escalofríos al recordar cómo apuntaban con un arma a Rex. Sintió como si estuviera en una de esas películas de gánsteres y toda aquella pelea la viera a través de una pantalla, sin embargo, los gritos, los jadeos y los golpes taladraron sus oídos. No era una película, tampoco un sueño. Era real.

Había querido ayudar a Rex, pensó que su problema era más sencillo. ¿Cómo había sido tan tonta? Algo que lo llevó hasta la cárcel no podía ser sencillo. Y ahora, ¿qué podía hacer? Se sentía tan frustrada que el día anterior se fue con Maribel y pasó todo el día con ella. Además, estaba el tema de su ex. Al igual que se presentaba en su trabajo cada dos por tres, podría ir un día a su casa. En algún momento tendría que contárselo a Rex. Era otro problema más.

Le ocultó a Maribel lo ocurrido en el pub y las amenazas de ese hombre. Por mucho que su amiga insistió en que le dijese, no podía hacerlo. Pondría aún más en peligro a Rex y a Izan. Le costó Dios y ayuda convencerla de que no estaba siendo maltratada ni física ni psicológicamente. A pesar de que su amiga no se quedó del todo convencida, dejó de preguntarle.

Se fueron a la playa a pasear y comieron en un restaurante del puerto. Le vino de maravilla distraerse. Echó de menos a Izan, se lo habría pasado en grande jugando en la arena. Se lo diría a Rex para ir cualquier otro día, aunque todavía no era verano la temperatura por el día era más suave.

También recordó lo enfadado que escuchó a Rex por teléfono. Trató de ponerse en su lugar. Si ellos dos hubiesen desaparecido por todo un día sin decir nada, después de que aquel hombre de la cicatriz en la cara los amenazara, se habría puesto histérica. Cuando le viera establecerían algunas reglas para que no volviera a pasar.

Su turno acababa en quince minutos, minutos que se le hicieron eternos. Su compañero se había dado cuenta de que algo le pasaba y la animó desde su escritorio, aunque tuvo que corregir los errores que cometió. Menos mal que nada muy grave había ocurrido o la aseguradora la pondría de patitas en la calle.

Dada la distracción que había sufrido durante todo el día, finalmente su compañero se ofreció a cerrar él solo y ella se pudo marchar unos minutos antes. Se hizo una nota mental para devolverle el favor en cualquier otro momento.

Hoy el cielo estaba cubierto de nubes, faltaban dos días para entrar en el mes de mayo.

Estas últimas semanas se le habían pasado volando. Aparcó el coche muy cerca de su casa y caminó hacia la puerta. Mientras revolvía el bolso para sacar las llaves, Rex apareció a su lado.

—No vuelvas a hacerlo.

—Ya te he dicho que lo siento —dijo ella alzando la vista hacia él.

El rostro de Rex seguía amoratado, aunque estaba cogiendo un tono más oscuro y algunas partes todavía estaban hinchadas. Debió de ir al hospital, pero ¿qué les diría cuando le preguntaran? Era muy posible que hasta llamaran a la policía. Rex no podía seguir así. ¿Cómo había sobrevivido todos esos años? No quería ni pensar por las penurias que habría tenido que pasar él solo. Seguir así era un suicidio.

Alzó el brazo y acarició sus heridas con ternura.

—Estoy bien —le dijo él al ver su rostro preocupado.

—¿Cuándo tienes que volver a pelear?

—No lo sé. En un par de semanas o tres como muy tarde.

—Todavía no te habrás recuperado.

—¿Has comido? —preguntó él para cambiar de tema.

—Aún no.

—Ven, hice solomillo con patatas.

Sandra guardó las llaves y lo acompañó hasta su casa. Se sentó en la cocina y dejó que él le sirviera. Se sentía bien llegar cansada del trabajo y que alguien te mimara un poco.

—He estado pensando en ponernos una de esas aplicaciones en el móvil en las que puedes localizar a miembros de la familia —argumentó ella sin saber si Rex estaría dispuesto a que ella supiese dónde estaría en todo momento—. No es para estar consultando todo el rato. Es por precaución.

—No tienes que convencerme, estoy de acuerdo.

Rex estuvo investigando por la red cuál era la más recomendada y en unos minutos la tuvo instalada. Después, la puso en el móvil de Sandra y ambos probaron a ver cómo funcionaba.

—Aunque tengas esto, ten cuidado cuando vayas al trabajo.

—Tú también cuando salgas a la calle.

—Y a Izan no lo perderemos de vista.

—Eso ya lo hacíamos —se rio a su pesar.

Pasaron un par de semanas, se podría decir que fueron tranquilas, pero no era cierto. Sandra miraba hacia atrás cada vez que escuchaba pasos a su espalda. Hasta se asustó de la sombra de un árbol al girar una esquina. Se estaba volviendo loca. Rex parecía tranquilo, pero sospechaba que podría estar como ella. Daba gracias porque Izan era demasiado pequeño para percatarse que algo pasaba. La última vez que Rex habló con el psicólogo ella también pudo ir. Le gustó que Rex le permitiera formar parte de la vida de Izan. Solo en una ocasión le había dado un beso apasionado y había sido para consolarlo. Los demás días solo gozó de besos de buenos días o buenas noches. ¿Tendría que ver con el empujón que le dio cuando la tumbó sobre la mesa de la cocina semanas atrás? Apostaba cualquier cosa a que Rex se estaba conteniendo.

En una ocasión le contó por qué se alejó de su hermano. El sentimiento de culpa por ser una carga para él y su enfado con la vida le llevaron hasta Dóberman. Con cada golpe que daba en el ring era una descarga de ira y energía que se quitaba de encima, aunque cuando se encontraba

solo en su casa, regresaba de nuevo.

También le habló de las visitas que Pedro le hizo en la prisión y de cuánto se arrepintió al haberse alejado de él cuando cumplió su mayoría de edad.

—Cuánto lo siento, Rex. Siento mucho la pérdida de tu hermano. He sido muy desconsiderada al no haberlo notado antes. Solo te he estado haciendo reproches desde que te conocí.

—No importa. Izan era lo primero.

Sandra no pudo evitar sentirse culpable por su comportamiento. Rex había perdido a su hermano, a su único hermano y ella nunca le había dado el pésame. Ahora que se había abierto a ella, sintió deseos de consolarlo. Así que a aquellas palabras le siguieron un beso apasionado que Rex no detuvo, uno que hacía mucho tiempo no se daban. Rex aceptó el consuelo de Sandra y bebió de la ternura que sus labios y caricias le ofrecían. Aunque no llegaron más lejos de eso.

A Sandra le había gustado que le contara parte de su pasado con Pedro y cómo llegó hasta a pelear para Dóberman a los pocos años de marcharse. Aún quedaba una cosa que quería saber y no se atrevía a preguntar: Su nombre real. Desde que lo conoció se dio cuenta de que era muy sensible con eso. Al menos sabía su apellido porque era hermano de Pedro.

Dejó el libro que tenía en las manos sobre la mesa y miró el reloj. Eran las seis de la tarde. Había comido, se había duchado y estaba descansando en el sofá con un buen libro hasta que empezó a preguntarse qué estaban haciendo Izan y su tío.

Cogió el teléfono y le mandó un mensaje.

Sandra:
¿Qué haces?

La respuesta le llegó casi al instante. Desde lo ocurrido en el club, Rex estaba mucho más pendiente por si ocurría algo.

	Rex: Si estás aburrida puedes venir
Sandra: No estaba aburrida, estaba leyendo	Rex: Vale
Sandra: ¿Qué hace Izan?	Rex: Ven y averígualo
Sandra: Está bien, si insistes, iré	

Rex metió el teléfono en el bolsillo de atrás de su pantalón con una sonrisa en los labios. Agradeció que tiempo atrás Sandra no le hiciera mucho caso cada vez que él le pedía que se fuera a su casa. ¡Qué tonto había sido! Menos mal que ella nunca se rindió. Pero entendía que ahora no sintiera la confianza suficiente para ir cuando ella quisiera sin necesidad de tener que decirle o llevarle algo. Simplemente por el hecho de estar juntos. Evidentemente era culpa suya.

Recordó cómo hacía unos días lo ayudó a prepararse un currículum. Trató de adornarlo, pero era penoso. Con unos estudios básicos y antecedentes penales, nunca encontraría trabajo. Además, su única experiencia laboral fue en un almacén de ropa hacía años, antes de meterse en

las peleas.

Dejó las piezas del puzle que estaba haciendo con Izan. Sandra estaba tardando demasiado. Le dejó un mensaje y esperó minutos eternos mirando el móvil. Lo más posible era que se hubiera entretenido con cualquier cosa, incluso podría estar en el baño. De igual manera se levantó.

—Izan, voy por Sandra, no tardo. No te muevas de aquí.

El niño lo miró, asintió y regresó a su juego.

Rex abrió la puerta y desde el jardín de la casa pudo escuchar gritos.

—Sandra —murmuró al tiempo que echó a correr.

En la acera, frente a la puerta de la casa de su vecina encontró a un hombre que alzaba la voz sin medida. No se paró a escuchar lo que decía, solo fue hasta él y se colocó detrás.

—¡Eh! ¿Quién eres tú?

El hombre se volvió.

—Y a ti qué te importa. Esta conversación es privada.

—Si es tan privada deberías hablar más bajo.

—Rex... —lo llamó ella desde el otro lado de la puerta que seguía cerrada.

—¿Este es el tío con el que sales? ¿Lo sacaste de prisión? —se burló el hombre.

—¡Lárgate! —bramó Rex.

—Vas a atacarme. Llamaré a la policía.

—Yo sí voy a llamarla si no te vas —vociferó Sandra desde el otro lado.

—¡Abre la maldita puerta! Hablemos cara a cara.

—Está claro que ella no quiere ni verte. Así que vete y no vuelvas.

—No tienes ni puta idea. Esta zorra solo quiere quedarse con mi casa.

—Ten cuidado en cómo la llamas.

Sandra agrandó los ojos por el asombro. Iban a discutir y Rex podría pegarle si ese idiota insistía. Tenía que impedirlo. Rex no podía arriesgar su libertad.

Abrió la puerta y se colocó entre los dos.

—Rex, puedo manejarlo —suplicó ella colocando las manos en su pecho.

—Retira el acuerdo.

—Eso ya no se puede hacer.

—Si vamos los dos y firmamos otro de mutuo acuerdo...

—No lo haré —lo interrumpió ella.

—No eres más que una puta estéril que no vale para nada.

De pronto un gancho de derecha pasó por encima de la cabeza de Sandra y alcanzó la mandíbula del tipo.

—Rex, déjalo.

Sandra sujetó el brazo de Rex y trató de separarlo de aquel hombre.

—Hijo de puta. Te denunciaré —espetó limpiándose la sangre que manó de su labio partido.

—Y yo a ti por acosarme —rebatía ella—. Tanto en el trabajo como aquí. Diré que mi vecino tuvo que rescatarme de ti. Ya mi abogada te dijo que no te acercaras.

—No hay ninguna orden. Puedo ir por donde quiera.

—Entonces la pediré. Tengo testigos de tu acoso.

—¿El tío con el que te acuestas? No te valdrá de nada.

—Me da igual ir a la cárcel. Solo lárgate de aquí y no regreses —continuó diciendo Rex.

El hombre se fue gruñendo, le dio una patada a una papelera y se perdió por una esquina. Sandra se tapó la cara con las manos y se echó a llorar.

Instintivamente Rex la abrazó. Ella se dejó envolver por aquellos brazos fuertes haciéndola sentir que ya no estaba sola.

Cuando los sollozos comenzaron a menguar, Rex la miró a los ojos y le dio un beso en los labios a modo de consuelo. Un beso que le transmitió seguridad y apoyo.

—Vamos a mi casa. Izan está solo.

La tomó por el hombro y entraron en la casa de al lado. Rex la acompañó hasta el sofá y la ayudó a sentarse. Después fue hasta la cocina y le trajo un vaso de agua.

—Voy a ver a Izan, ahora bajo.

Sandra asintió de forma casi imperceptible. Se llevó el vaso a los labios y bebió despacio. Luego, se sonó la nariz y se apoyó en el respaldo.

Rex regresó unos minutos más tarde y se sentó junto a ella.

—¿Estás bien?

—Sí. Ya estoy mejor.

—Qué fue lo que pasó? ¿Quién era ese hombre?

Sandra supo que ya no podía posponer esa conversación por más tiempo. No es que le importase contárselo, era solo que no le gustaba hablar de aquello y también se sentía avergonzada.

—Es mi exmarido. —En el rostro de Rex no se reflejó ninguna sorpresa, era como si ya hubiera imaginado quién era—. No éramos una pareja perfecta, pero nos entendíamos, nos queríamos o eso pensaba yo. Álvaro quería que tuviéramos un hijo pronto. Ahora que lo pienso, no sé si fue porque quería formar una familia o para mantenerme entretenida, como solía decirme. El caso es que al cabo de un año no conseguí quedarme embarazada, nos hicimos unas pruebas y diagnosticaron que yo... yo soy... estéril. No puedo tener hijos a causa de una malformación uterina.

Tras aquella confesión las lágrimas se derramaron como si acabara de recibir la noticia. Todavía le faltaba mucho para asimilar que nunca sería madre. Rex se las limpió con cuidado con la yema de sus dedos.

—¿Y qué pasó? —la instó él a continuar.

—A partir de aquello empezamos a discutir más de lo que ya lo hacíamos. Me insultaba y me echaba la culpa del fracaso de nuestra familia. Mi suegra se ponía de parte de su hijo y mis padres no viven en España así que no les conté nada. Estaba sola.

»Quería ser madre, sentir la vida crecer en mi vientre y al saber que eso nunca sucedería caí en una depresión, quise ir al psicólogo, pero Álvaro no me lo permitió, dijo que era un gasto inútil. Entonces empecé a plantearme separarme de él. Maribel me apoyó en todo y me animó a que lo dejara. —Hizo una pausa para secar sus lágrimas y sonarse de nuevo la nariz—. El divorcio no fue fácil, a pesar de todo él no quería separarse. Al final llegamos a un acuerdo y repartimos todo lo que teníamos en común de forma equitativa. Yo quería quedarme esta casa. Por ese entonces tu hermano e Izan acababan de mudarse y me encariñé con él muy pronto. Así que le pagué su parte con la ayuda de mis padres, que finalmente les dije todo, y yo continué pagando la hipoteca.

—¿Cuánto hace de eso?

—Hace un año, pero el acuerdo se firmó hace dos meses, más o menos por el tiempo que murió Pedro. Antes venía de vez en cuando a molestarme a la aseguradora, pero desde que

firmamos ha estado viniendo más seguido. Quería que retirara el acuerdo, pero le dije que no. Ya le había pagado la casa así que es mía. Aunque creo que es una excusa para seguir viniendo. Tampoco quiere que esté cerca de Izan. Desea castigarme.

—¿Ha estado molestándote todo este tiempo y nunca me dijiste nada?

—Al principio no te tenía confianza y luego, bueno, tú tienes tus propios problemas.

—A partir de ahora los afrontaremos juntos, los tuyos y los míos.

—Tampoco quiero que te pelees con él. No es conveniente que te denuncie.

—No me da miedo un maltratador de mujeres. Tienes que denunciarlo.

—Eso me ha estado diciendo Maribel desde hace meses.

—Te acompañaré.

—De acuerdo.

—Recuerda que a partir de ahora me tienes a mí. No te guardes nada y cuanta conmigo.

Sandra lo miró conmovida. Cómo era posible que aquel hombre grande y rudo, que no acostumbraba a decir palabras bonitas pudiera ser tan atento y protector. Recordó a Álvaro con su traje impoluto, siempre bien peinado y afeitado... Nunca había que guiarse por las apariencias. Se acercó a Rex, apoyó la cara en su hombro y colocó las manos alrededor de su cintura. Él le dio un beso en la cabeza y la envolvió entre sus fuertes músculos.

Capítulo 12



Sandra se quedó allí toda la tarde. Izan le había devuelto la sonrisa y Rex daba gracias por ello. Había sido un día muy duro para ella al tener que enfrentarse al desgraciado de su ex y revivir toda aquella mala experiencia al contársela.

Se descubrió en más de una ocasión embelesado con su sonrisa. Y hasta cuando se ponía en modo señorita Rottenmeier le gustaba. Qué extraño era estar enamorado. Solo deseó haberla conocido antes.

Ambos prepararon algo sencillo para cenar y después ella se encargó de acostar a Izan. Hacía tiempo que no lo hacía y el niño era un bálsamo para Sandra. La escuchó desde abajo leerle un cuento, sonrió y encendió la tele mientras la esperaba.

—Hoy tardó más en dormirse —comentó ella acercándose al sofá.

—Siéntate conmigo.

—No, ya es muy tarde.

—Vamos, relájate.

Tal vez no era mala idea sentarse junto a Rex y apoyarse en su hombro.

—Vale, pero un rato nada más.

Rex le sonrió de una forma más pícaro de lo habitual. Extendió el brazo y ella se acomodó allí para luego atraerla hacia él. Había sido una tontería pensar que podía alejarse de ella. Ahora se daba cuenta que, a pesar de Dóberman, ella estaba más segura a su lado. Ese tipo ya la conocía, no había vuelta atrás y también estaba el desgraciado de exmarido por ahí suelto. Nunca imaginó que ella tuviera problemas de ese tipo. Se enfadó consigo mismo por no haberse dado cuenta antes.

Alzó la vista para mirar la pantalla de la tele. Agrandó los ojos cuando descubrió a una pareja dándole que te pego al asunto.

—¿Has puesto una peli erótica? —preguntó ella sorprendida. Ella pensaba que Rex vería estas cosas a solas.

—No es lo que crees. Es *El secreto de Thomas Crown* en *Cine de los 90*. Y has llegado en el momento justo en el que Pierce Brosnan y Rene Russo están... bueno, ya los ves.

Lo hicieron en las escaleras, el suelo... el trasero de Brosnan no estaba nada mal, pensó Sandra. Y ella tenía un cuerpo espectacular. Los dos actores estaban muy jóvenes en esta

película. El sexo se veía fantástico en pantalla, no importaba si el suelo estaba duro o frío. ¿Era hacerlo en la ducha tan cómodo como se veía? ¿Cuánto hacía que ella no tenía sexo? Instintivamente cruzó las piernas y sintió deseos mientras seguía observando a la pareja en la tele.

—¿Estás bien? —preguntó él creyendo saber lo que le pasaba o al menos ese era su deseo ya que él sí estaba duro como las piedras.

—¿Y tú estás bien?

La mirada de ella bajó hasta sus pantalones para descubrir que estaban bastante tensos en una parte. ¿Cuánto tiempo haría que Rex no tenía sexo?, se preguntó esperando que no fuese la semana pasada. ¿Cómo sería hacer el amor con un hombre como Rex? ¿Sería apasionado o tranquilo? ¿Sería tierno o rudo? Tal vez fuera una mezcla de todo. Volvió a removerse en el sofá y se fijó en la película. La escena de sexo ya había pasado y ahora no tenía ni idea de por dónde iba la trama.

—¿Quieres hacerlo? —Rex le preguntó con la voz ronca y deseoso de tocarla.

—Lo has hecho a propósito.

—Claro que no. La están pasando por TVE.

Era cierto, había sido una casualidad, aunque podría haber puesto otra cosa y sin embargo la dejó. Se mordió el labio y acarició la barba incipiente de Rex.

—Hace mucho tiempo que no lo hago.

—Estuve cuatro años en prisión, creo que te gano.

—No has buscado a ninguna chica cuando saliste.

—No. La verdad es que he estado muy ocupado con otros problemas.

Sandra se incorporó y se colocó a horcajadas sobre Rex sintiendo la protuberancia grande y dura presionando en su zona íntima. Cerró los ojos y se meció sobre él mientras sentía esa sensación de placer que ya había olvidado.

—Oh, Sandra —jadeó él tomándola de la cintura y atrayéndola para besar su boca.

A partir de ahí ninguno de los dos se permitió pensar en algo coherente. Se sacaron la ropa con impaciencia y fusionaron sus cuerpos en uno solo. Sandra cabalgó sobre Rex primero despacio y luego con desenfreno. Él acarició sus pechos que bajaban y subían sin control. Después la agarró del culo y le dio la vuelta para colocarse él encima y así poder aguantar un poco más.

Rex besó su boca, su cuello, sus pechos y bajó hasta su sexo y también se lo comió. Sandra estaba a punto del clímax cuando él la penetró de nuevo y ambos llegaron juntos a la cumbre del placer más absoluto. Una liberación que los dos necesitaban con urgencia. La larga ausencia de sexo de ambos no les permitió durar más de quince minutos.

Exhaustos y pegajosos se quedaron abrazados en el sofá.

—Ha sido... Guau, alucinante —declaró él recuperando el aliento.

—Sí, lo ha sido. Gracias Rex.

—¿Gracias? Nunca nadie me había dado las gracias después de una sesión de sexo. Ha sido mutuo.

—Te doy las gracias por tu dulzura, por tu cariño, por haberlo hecho bonito.

Ninguna mujer de su pasado le había dicho nada parecido. Ninguna había sido como Sandra y ahora entendía por qué se había enamorado de ella. No pudo decir nada, así que besó su boca con esa dulzura que ella aseguraba que tenía. La quería, la quería tanto.

—Eres un fraude ¿sabes? —apuntó ella—. Cualquiera que te vea no imagina que puedas

ser así. Me pasó la primera vez que te vi. Me asustaste.

—No lo parecía por la forma en la que me hablaste.

—Es que solo pensaba en el bienestar de Izan.

—Eres una madre fantástica.

Esa afirmación la hizo levantarse de golpe. Sus ojos comenzaron a brillar con lágrimas a punto de caer.

—No me oíste. Nunca lo seré.

—Eres una madre fantástica para Izan. Te necesita.

Sandra comenzó a llorar y Rex la abrazó de nuevo y la consoló.

—He estado pensando —continuó él— que si me pasara algo los servicios sociales se llevarían a Izan. Él te quiere, tú deberías quedarte con él.

—Nada te va a pasar. No digas eso.

—Estas cosas nunca se saben. Mi hermano se fue sin avisar y ya sabes los problemas en los que estoy metido.

—Los solucionaremos.

—Deberías adoptarle.

—Tú eres su tutor legal. No creo que sea así de fácil.

—Hay una manera.

—Cuál.

—Que nos casemos. Después puedes solicitar la adopción. Ya hablé con el abogado. Habrá que hacerlo cuanto antes porque el trámite parece ser largo.

—Rex... No podemos hacer eso. Nos conocemos desde hace tres meses nada más.

—Lo sé. Es apresurado, pero lo haría por Izan y no necesitas mudarte conmigo de inmediato. Podemos seguir así, conociéndonos.

—Un arreglo legal.

—Algo así.

—Ni siquiera sé tu nombre real —dijo con un tono desapasionado.

Se levantó del sofá y comenzó a vestirse rápidamente al caer en la cuenta de su irresponsabilidad. Izan dormía arriba, no debieron tener una sesión de sexo en el sofá. Rex le hacía perder la cabeza. Y le pedía que adoptara a Izan. En verdad había soñado despierta con ser su madre y Rex le estaba dando esa posibilidad en bandeja. ¿Qué debía hacer?

—Me llamo Rafael.

Sandra se quedó a medio ponerse un calcetín para mirarlo.

—Rafael —repitió ella.

—Como puedes ver no es un nombre que imponga mucho miedo en el entorno en el que me he movido la mitad de mi vida.

—Rafa, suena bonito. Mucho mejor que Rex, el perro policía.

—Mi nombre no se refería a ese perro —replicó con indignación y comenzó a vestirse también.

—Ya lo sé, solo quería molestarte un poco.

La risa de Sandra era música para los oídos de Rafa. Caminó hasta ella únicamente con el pantalón puesto y la abrazó por la espalda. Le dio un beso en el cuello.

—Así me llamaba Pedro siempre.

—¿Puedo llamarte yo también así?

—Solo si aceptas mi propuesta. Izan te necesita, piénsalo.

No era la propuesta más romántica del mundo, pensó Sandra. No había anillo, ni flores, ni siquiera una declaración de amor eterno. Aunque si Rex, mejor dicho, Rafa no pensara en ella a largo plazo no le habría pedido que adoptara a Izan. Eso era algo que si lo hacía era para siempre. No se puede adoptar y *desadoptar* después. Además, le haría daño a Izan. Pero ello implicaba vivir con...Rafa, debía acostumbrarse a llamarlo así, era mucho más bonito.

—Lo voy a pensar.

Rafa la soltó y Sandra se terminó de vestir. Después la acompañó hasta la puerta del jardín y esperó hasta verla entrar en su casa.

Capítulo 13



Se estaba tomando un café bombón en la terraza de una cafetería, situada en el centro de la ciudad, junto a su amiga Maribel. El lugar estaba atestado de gente a esa hora. El cielo estaba raso y el azul brillante animaba a pasar la tarde allí. La terraza estaba situada entre frondosos árboles y pequeños gorriones pasaban entre las mesas localizando cada miga que caía en la acera.

Sandra no pudo esperar y le contó a su amiga la propuesta que le hizo Rex el día anterior. Maribel no pudo más que asombrarse, sin embargo, la desconfianza que le tenía a ese hombre le hizo ver motivos ocultos en esa propuesta.

—¿No será Izan una excusa para que no puedas rechazarlo? Piénsalo bien. Si después de adoptarlo quieres dejarle, no podrás. Te sentirás obligada a quedarte con él.

—No. Ya te dije que Rafa no es así. No me maltrata y no se parece en nada a mi ex.

—Eso dicen todas las mujeres maltratadas al principio. Recuerda que tardaste mucho en dejar a tu marido. Espera... ¿Rafa?

—Eh... Sí, se llama Rafa, pero no le digas que te lo he dicho. Creo que Rex es solo un nombre que usa como coraza para protegerse. En verdad es de lo más tierno. ¿Te parezco maltratada?

—No, pero lo escuché cuando te gritó y...

—Todo el mundo grita. Yo también le he gritado y regañado. Confía en mí.

—Está bien, le daré el beneficio de la duda. Y bueno, ahora vamos a lo importante. Te acostaste con él ¿verdad?

—¿Eso es todo lo importante para ti?

—Por supuesto, después del cretino de tu marido no has salido con nadie. Me has pedido que confíe en ti, así que si estás con él es que algo bueno le has visto y aunque yo no lo vea, quizá lo tenga. Así que ve soltando la lengua.

—Sí, me acosté con él y fue maravilloso.

Maribel vio el brillo en los ojos de su amiga y supo que era cierto. Sandra estaba enamorada y ese hombre que, te haría cambiar de acera si te lo tropiezas por la calle, la hacía feliz. Y le iba a dar algo que su amiga anhelaba con toda el alma. Un hijo al que querer. ¿Qué más podía pedir para su amiga?

A partir de aquel día, Sandra empezó a quedarse a cenar con sus vecinos todos los días. Los

fines de semana también comían juntos. Se habían vuelto inseparables, lo único que le faltaba era pasar las noches también con ellos.

Había dejado de llamarlo Rex, incluso Maribel también lo llamaba por su nombre de pila sin que pusiera el grito en el cielo. A Izan también le gustaba ese nombre. Sandra sentía que ese único cambio era un gran paso para dejar atrás todo su pasado y empezar una nueva vida.

Tanto Rafa como Sandra estaban cansados de besarse a escondidas de Izan, pero no sabían cómo abordar el tema, por lo que decidieron consultarlo primero con el psicólogo antes de decirle nada.

Cada día que pasaba se le veía más sociable, la profesora les había contado que Izan ya se apuntaba a juegos de equipo, antes solo se relacionaba con sus dos mejores amigos. Ahora también Sandra acompañaba a Rafa al psicólogo para poder seguir ayudando a Izan en la superación de su duelo.

Aquel viernes sería el último que Rafa pelearía para Dóberman. Después de ese día sería libre o al menos eso esperaban. Sandra no estaba muy segura del plan que tendría Rafa si ese tipo se negaba a dejarle marchar. No había querido preguntar, ya lo verían sobre la marcha. Él le había prometido que no le ocultaría nada y esperaba que cumpliera.

A Izan tuvieron que explicarle que su tío era boxeador y le enseñaron algunos vídeos para que entendiera las heridas que había sufrido cada vez que tenía que pelear. Se enfadó como nunca antes lo habían visto. Durante toda la semana lo vieron protestar por casi todo y desobedecer, algo que nunca había hecho. Sabían que era el miedo a la pérdida, a que lo abandonaran de nuevo y esa era su forma de expresarlo. Pasase lo que pasase, esta vez tenía que ser la última por Izan y por ellos dos.

Cuando Rafa fue a marcharse aquella tarde, Izan le dio un empujón y sin dirigirle la palabra se encerró en su habitación. Rafa subió a buscarle porque no deseaba irse y dejarlo así.

—Izan —lo llamó al tiempo que entraba en la habitación.

Él se había sentado sobre la cama y no le dijo nada.

—¿Recuerdas cuando llegué a esta casa y me dijiste que era Mr. Increíble?

—Mr. Increíble no se hace daño.

—No soy tan fuerte como él, pero estaré bien. Confía en mí.

—No quiero que pelees más.

—Será la última vez.

El niño hizo un mohín nada convencido y Rafa le revolvió el pelo con cariño antes de marcharse. Bajó al salón donde Sandra lo esperaba con los brazos cruzados. Al menos una de las personas que amaba lo entendía.

—Se le pasará —lo consoló ella—. Ten cuidado y no te lastimes mucho.

—Hoy me ordenaron ganar, así que estaré bien. Me pegarán menos.

—Lo odio, lo odio tanto como Izan.

—Lo sé. Esta vez será la última. Te lo prometo.

Sandra se puso de puntillas y lo besó. Rafa la tomó por la cintura y aumentó la intensidad del beso queriendo que su promesa se viera reflejada en él.

Una vez se marchó, Sandra subió para hablar con Izan. También quiso explicarle para que comprendiera al menos un poco y dejarle bien claro que ni ella ni su tío lo abandonarían nunca.

Rafa entró en el vestuario sin mucha preocupación por la pelea que en unos minutos tenía que enfrentar. Dóberman las tenía todas amañadas y en esta ocasión tenía que ganar. Si los

pobres infelices de afuera supieran lo que sucedía se le acabaría el negocio.

Hasta el momento no había coincidido con ninguno de los contrincantes que tuvo en el pasado y esta vez no fue diferente. Le dio la mano en los vestuarios como saludo y acordaron algunas técnicas antes de dirigirse hacia el ring.

La algarabía de los asistentes era ensordecedora, unos lo animaban a él, otros a su oponente y la mayoría de las veces ni entendían lo que decían. Mejor así, necesitaba concentrarse en la pelea.

La campana sonó y el combate empezó. Encajó los primeros golpes con facilidad y con cierto disimulo. Ambos estaban acostumbrados a estas peleas amañadas y sabían lo que debían hacer. Se dejó golpear un par de veces también. Después, su puño voló hacia el costado derecho, luego el izquierdo y la mandíbula. Se protegió la cara cuando su oponente dirigió el puño hacia él, sin embargo, fue más rápido logró golpearlo en el pómulo, cerca de la sien. Rex comenzó a sentirse mareado y algo confuso. Su oponente no remató el golpe, aunque pudo haberlo hecho, y la campana sonó. Fue hasta el rincón y se echó agua en la cara. La situación con Izan y Sandra le hizo perder la concentración, se había despistado y aquel puño llegó muy potente hacia su cara. En la siguiente ronda debía terminarlo según las órdenes de Dóberman. Se dejaría dar un golpe más y después con un gancho de derecha lograría la victoria. Era lo que había acordado con su contrincante.

La campana volvió a sonar y Rex se levantó para ir hacia el centro del ring. Juego de pies, esquivar un golpe, luego otro. Era como un baile totalmente sincronizado y al siguiente minuto dio el golpe de gracia. Su oponente cayó al suelo. Hizo el intento de levantarse, pero se agarró la cabeza como si estuviera muy mareado y se volvió a dejar caer.

—¡Victoria para el increíble Rex! —se anunció por los altavoces.

La algarabía se hizo más intensa. El sudor se metía en sus ojos y comenzaba a ser consciente del dolor de sus músculos. Quería salir de allí cuanto antes. Se bajó del ring sin mirar a su alrededor, caminó por el pasillo de gente que los guardas abrían para ellos con cada combate. Aligeró el paso mientras manos grandes y sudorosas alcanzaban a tocarle. Estaba asqueado, cada día que pasaba más y no entendía cómo en el pasado lo había soportado. Tal vez porque no tenía otra vida a la espera, no había nada fuera de ese lugar que lo motivara, pero ahora... Izan y Sandra llegaron a su mente de nuevo al tiempo que entraba en el vestuario. Esta sería la última, se lo había prometido a Sandra y a Izan y pasase lo que pasase debía cumplirlo.

Cuando salió media hora después, ya no quedaba ni un solo cliente en el lugar. Fue hasta la oficina de Dóberman. Allí la rubia tetona le sonrió con el descaro de siempre, esta vez también ella le asqueaba. Debería buscarse otro trabajo, pero tenía que admitir que el dinero fácil que Dóberman ofrecía era muy tentador. Lo sabía por experiencia.

Entró en la oficina y lo encontró detrás del escritorio con su perro guardián a la derecha.

—Ya he cumplido lo acordado. No nos veremos más —le dijo Rex.

—No seas tan desagradecido. Toma —le ofreció el sobre con el dinero que le correspondía por la pelea de hoy.

—No te debo nada —contestó cogiéndolo.

—¿Quieres trabajar en una fábrica o almacén ocho horas diarias por la mitad de lo que yo te doy por dos noches al mes?

—Me costó cuatro años de mi libertad. No voy a arriesgarme otra vez.

—No puedes irte. Eres el favorito de mis clientes.

—Búscate otro.

—Si tanto te preocupas por ese niño, que está ahora a tu cargo y esa mujer deberías pensártelo primero.

—¡Ni los nombres! ¡Déjalos en paz! Te lo advierto.

—¿Me amenazas? ¿Tú?

Bobby había sacado el arma y apuntaba hacia Rex al ver que este fue a rodear el escritorio para ir por su jefe. Rex paró al instante.

—No te acerques a ellos y déjame en paz. No voy a volver. Es todo lo que tengo que decirte.

Rex dio media vuelta y se marchó, pero antes de cerrar la puerta, escuchó a Dóberman decir la última palabra.

—Eso ya lo veremos.

Mierda, se dijo dando un portazo. ¿Cómo podía proteger a Izan y a Sandra? Pensó en no dejarles solos ni un segundo, al menos hasta que se enfriaran las cosas. La acompañaría a ella al trabajo y la recogería también y luego los dos irían por Izan. Era lo único que se le ocurría por el momento.

Salió a la calle y la humedad en el aire hizo que el ambiente fuera bochornoso o quizá era él el que se sentía así. El cuerpo le dolía mientras caminaba por las calles repletas de jóvenes que salían por las noches. Risas y gritos alegres llegaban a sus oídos hasta que consiguió salir del centro de la ciudad y las calles volvieron a ser silenciosas y tranquilas.

Cuando entró en casa, Sandra corrió a su encuentro. Alzó los brazos y se colgó de su cuello. Rafa le devolvió el abrazo dejando que su cuerpo lo reconfortase.

—¿Por qué no estás dormida? Ya es muy tarde.

—No podía dormir. Estaba demasiado preocupada.

—Ya todo acabó.

—¿Ha sido la última pelea?

—Sí.

—¿De verdad?

—No estuvo muy de acuerdo en que me fuera. Así que a partir de ahora te acompañaré al trabajo y te recogeré hasta que todo esto pase.

—¿Crees que es necesario?

—Sí. Lo siento, siento mucho haberte metido en mis problemas. Por el momento no me fío de Dóberman. Y sería mejor no llevar a Izan al parque por un tiempo.

—De acuerdo. Te haré caso.

—Vaya, aceptaste sin discutir.

Ella se separó de él y le dio un manotazo en el pecho como protesta. Le tocó la hinchazón del pómulos con delicadeza.

—Ven, vamos a curar esos golpes.

Capítulo 14



Regresaban del colegio dando un paseo. Sandra sugirió ir a comprar el material que Izan necesitaba para la clase de plástica. Después pasarían por el minimercado a por algunas cosas para la cena. El sol de junio ya te obligaba a buscar la sombra de los edificios para caminar. Sandra embadurnó a Izan con la crema solar hasta el punto de que su piel se veía blanca. Rafa siempre había pensado que la crema solar solo se ponía si ibas a la playa. Al parecer también era necesario si salías a pasear. Aún tenía mucho que aprender.

Llevaban a Izan uno de cada mano hasta que pasados veinticinco minutos el niño empezó a quejarse de que le dolían los pies.

Todavía les quedaba comprar un par de cosas y volver a casa que no estaba cerca precisamente.

—Ir andando ha sido un error —comentó Rafa.

—Izan nunca había andado tanto, cómo iba a saber que se cansaría.

—Me alegra saber que no lo sabes todo, señorita Rottenmeier.

—Ya basta con ese mote. Hacía tiempo que no lo usabas.

—Es que me has regañado menos estas últimas semanas.

—Quiero ir a casa —gimoteó Izan.

Rafa lo tomó por las axilas y lo alzó hasta colocárselo sobre los hombros. Después le cogió las manos mientras Sandra colocaba las manos atrás por si se caía.

—Ten cuidado, Rafa.

—Le tengo bien sujeto. No se caerá.

El niño rio con fuerza y a Sandra le dio tanta alegría que decidió confiar en él.

El teléfono de Sandra sonó y cuando miró la pantalla vio el nombre de su abogado.

—Esperad, tengo que cogerlo. ¿Dígame?

Tras un par de minutos donde Sandra solo asentía, Rex la oyó contestar.

—Gracias, muchísimas gracias.

—¿Son buenas noticias? —preguntó él sabiendo que la respuesta era sí por la expresión de su rostro.

—El juez falló a mi favor. Me quedará con la casa y mi ex no puede acercarse a menos de quinientos metros de mí. Esto hay que celebrarlo.

—En casa, Izan se está cansando hasta de ir a caballito.

—La próxima vez cogeremos el coche.

—Buena idea.

—Voy a llamar a Maribel para contarle.

A pesar de la preocupación que pesaba sobre ellos, el humor había mejorado mucho con aquella noticia. Que al menos uno de los dos grandes problemas se hubiera solucionado, era un gran alivio. Cuando llegaron a casa Izan fue a toda prisa a encender la tele y tirarse en el sofá.

—Creo que hoy abusamos mucho de él —comentó Sandra que se lamentaba de haber cansado tanto al niño.

—Cuando le llevemos al parque de atracciones seguro que no se cansa de andar.

—Supongo que si se aburre, se cansa antes. Bueno, voy a darme una ducha y a cambiarme. Después paso y te ayudo con la cena.

—Ve. Te espero a que entres.

A Sandra le gustaba cómo Rafa la cuidaba y se preocupaba, era algo nuevo para ella. Cuando llegó a su puerta, le dijo adiós con la mano y entró.

En cuanto dio unos pasos hacia el interior olió algo extraño pero familiar. ¿Qué era? ¿Qué era? Y de pronto lo reconoció.

—¡Gas! —gritó.

Corrió hacia las ventanas para abrirlas, pero justo antes de poder hacerlo alguien la agarró del pelo y tiró de ella hacia atrás.

—¿Pensabas que te saldrías con la tuya, perra?

—Álvaro, suéltame.

—No dejaré que te quedes con la casa.

—Nunca habías hecho algo así. Por favor...

—Nos iremos los dos al infierno.

Sandra forcejeó y logró soltarse dejando un manojo de cabellos en las manos de su ex. Corrió hacia la puerta, pero él la agarró por la cintura. Sandra pataleó y gritó, pero Álvaro era más fuerte que ella. Sujetó sus muñecas en la espalda y al tratar de revolversse para soltarse, ambos cayeron al suelo de costado. La cadera de Sandra golpeó el terrazo y un intenso dolor subió por su espalda.

Él seguía sujetándola mientras Sandra comenzó a darle patadas. Se arrastró y logró alcanzar la puerta. Colocó la mano en el picaporte y antes de girarlo, Álvaro volvió a agarrarla del pelo y tirarla hacia atrás.

—Tú sola no irás a ninguna parte. Nos iremos juntos.

Sandra vio de soslayo cómo, con la mano que tenía libre, sacó un encendedor del bolsillo de su pantalón. Ella agrandó los ojos sabiendo desde hacía rato lo que pretendía hacer. Aprovechó la distracción que tuvo con el mechero para zafarse de él y conseguir abrir la puerta. Entonces, Álvaro le agarró un pie y la hizo caer de nuevo.

Sandra gritó con todas sus fuerzas sabiendo que su vida dependía de ello, dependía de que Rafa o algún vecino la escuchase.

Su ex trató de arrastrarla hacia el interior de la casa mientras ella seguía luchando por escapar.

—¡Suéltala, hijo de puta!

El rugido alcanzó los oídos de Sandra como agua fresca en pleno sol del verano. Sin embargo, una certeza aterradora llegó hasta su mente.

—Perfecto. Ven aquí y verás dónde nos iremos todos —dijo Álvaro con una sonrisa demente.

—¡Corre! ¡Corre! —exclamó ella desesperada. Si alguien tenía que morir, mejor que fuera ella. Si lo hacían los dos, Izan se quedaría solo.

Al ver los ojos desorbitados de Sandra y el encendedor todavía en manos de ese hombre, Rafa adivinó lo que estaba a punto de suceder. Corrió hacia él y lo empujó con toda la fuerza que fue capaz de sacar. El hombre cayó al interior de la casa mientras él sostuvo de los brazos a Sandra para que no fuera arrastrada en la caída. Sin esperar ni un segundo, tiró de ella y echaron a correr hacia la puerta que separaba el jardín de la calle.

La explosión no se hizo esperar. Rafa la tomó de la cintura y ambos cayeron al suelo de bruces justo antes de poder salir del jardín.

El ruido fue ensordecedor y los cristales volaron por encima de ellos. Se cubrieron la cabeza con las manos. Algunos cascos y cristales rozaron sus cuerpos sintiendo cómo llegaban a rasgar su piel.

Varios vecinos llegaron hasta ellos y los ayudaron a levantarse y salir de allí.

—¿Estáis bien? —preguntó uno.

—Hemos llamado a la ambulancia y los bomberos —dijo otro.

—Izan —susurró ella agarrándose el brazo.

—Yo voy —dijo él.

Rafa dejó a Sandra en manos de los vecinos y corrió hacia su casa para ver cómo estaba Izan. Seguro que muy asustado. Cuando escuchó los gritos de ella subió el volumen de la tele y le dijo que no se moviera de allí.

Efectivamente, Izan estaba acurrucado en el sofá y con las manos en los oídos.

—Eh, renacuajo. Todo está bien.

Al escuchar la voz de su tío el pequeño se abalanzó sobre él y colocando los bracitos alrededor de su cuello, lloró.

Con Izan en brazos salió de casa en busca de Sandra. El sonido de las sirenas golpeaba sus oídos. Los bomberos ya habían llegado y se disponían a apagar el incendio. Los vecinos sostenían a Sandra a la espera de la ambulancia. La policía había cortado la calle y otros agentes también estaban junto a ella.

Todo lo que ocurrió después fue caótico. La ambulancia tardó solo unos minutos más y se llevaron a Sandra al hospital. Daba gracias a que solo fueron unos cortes en el brazo y las piernas y unas cuantas magulladuras. Él también fue atendido como herido de un corte en la nuca. Tuvo que llevar a Izan a ver a Sandra ya que no dejaba de preguntar por ella de forma frenética.

Ninguno de ellos llegó a ver el cadáver de Álvaro que sacaron de la casa cuando el incendio hubo remitido. Maribel les ofreció su casa hasta que pudiesen regresar a la suya. Los tres formaron una piña que a la amiga de Sandra le pareció conmovedora. En cuestión de unos pocos meses se habían convertido en una familia.

Fue un alivio cuando los bomberos no vieron daños en la estructura de las casas colindantes. Así que un par de días después pudieron regresar a casa.

Sandra no quiso ni mirar hacia la suya. El dolor de lo ocurrido presionaba su pecho y dolía tremendamente.

El incendio solo destruyó el salón-cocina, el baño y la habitación de la planta de abajo. El fuego no llegó a quemar la parte de arriba. Igualmente, la casa estaba destrozada.

—Te ayudaré con los arreglos —se ofreció Rafa a pesar de que no sabía nada de

albañilería. Quizá pintar, eso sí podría hacerlo.

—No te preocupes. Ya se arreglará.

—¿Esta noche dormirás conmigo?

—Aún no le hemos dicho nada a Izan sobre nosotros.

—¡Izan!

—Pero ¿qué haces? —le reclamó ella tapándole la boca con ambas manos.

—Este es el momento.

—¿Sabes? Estuve pensando en tu propuesta. Y viendo todo lo que ha pasado, he podido darme cuenta de que nada está en nuestras manos. Te quiero y quiero a Izan.

—¿Eso es un sí?

—Creo que es lo mejor. Izan estará más protegido.

—¿Solo por Izan?

—Tú propuesta era solo por él, al menos así me lo hiciste saber.

—Fue una excusa perfecta.

—Eres un tramposo.

—Lo sé. He tenido que aprender a hacer trampas toda mi vida para ganar.

Ella sonrió con tristeza por la naturaleza de esas palabras.

—Y yo creo que nos hacemos mayores para ir perdiendo el tiempo.

—Y que lo digas. La vida son dos días y he perdido mucho de ese tiempo alejado de mi familia. No repetiré ese error de nuevo.

—¿Cómo no pude verlo cuando te conocí?

—¿El qué?

—Lo maravilloso que eres.

Rafa sintió como sus mejillas comenzaban a arder y supo por qué. Por primera vez en su vida una mujer lo hacía ruborizarse.

—¡Te has puesto rojo! —le dijo ella riendo.

—¡Claro que no!

Rafa la agarró de sopetón por la cintura y la pegó a su cuerpo.

—¡Izan! ¡Baja!

—¿Qué haces?

—Vamos a decírselo todo.

Izan se asomó desde lo alto de la escalera y los miró con cierta timidez. Llevaba junto a la escalera desde que lo llamaran la primera vez. No entendió nada de lo que hablaban, pero los vio reír y abrazarse.

—Baja, cielo —le dijo ella con cariño—. Queremos hablarte de algo.

Sandra, viendo que el niño seguía inmóvil, subió las escaleras y lo cogió en brazos. Izan se dejó alzar sin mostrar ninguna resistencia. Pasó las manos por el cuello de ella y bajaron al salón. Colocó al niño entre Rafa y ella.

—Queremos hablar contigo de algo importante —comenzó diciendo Rafa. Miró a Sandra que asintió para que continuara—. Sé que quieres mucho a Sandra ¿verdad?

Izan solo asintió con la cabeza. Que se sentaran a hablar con él de aquella manera le dio miedo. Miedo a que lo regañaran, a que uno de los dos se marchara y lo abandonara. Así que aguantó y solo escuchó.

—Yo también la quiero mucho —continuó su tío cogiendo una mano de ella y otra de Izan—. Y como los dos te queremos a ti más que a nada en esta vida hemos pensado en casarnos y

formar una familia todos juntos.

—¿Qué te parece? —le preguntó Sandra al ver que el niño no respondía.

—¿Vivirás para siempre con nosotros?

—Sí. ¿Quieres que me quede con vosotros?

Como única respuesta, Izan la abrazó y dos pequeñas lágrimas escaparon de sus ojos.

—Cielo ¿Qué pasa?

Sandra pasó la mano por su espalda para calmar sus sollozos.

—No quiero que te vayas nunca.

—No lo haré. —Y lo abrazó con más fuerza.

—Eh ¿y yo qué?

—Eres un celoso —le soltó ella riendo.

—Yo soy tu tío. Compartes mi sangre.

Rafa le hizo cosquillas a Izan para obligarlo a soltar a Sandra. El pequeño rio y entonces los dos se abrazaron también.

—También compartís los mismos ojos —comentó ella.

—¿Quién está celosa ahora?

Sandra siguiendo el juego les hizo cosquillas a los dos y tanto ella como Rafa disfrutaron viendo la sonrisa de Izan que cada día que pasaba mostraba con más frecuencia.

Capítulo 15



Habían pasado tres días desde que Sandra los llamara, cuando Roberto y Ana llegaron desde Alemania. Cogieron el primer avión que pudieron para ir a ver a su hija. Haber hablado directamente con ella les tranquilizó, no obstante, necesitaban verla y asegurarse de que estaba bien y no necesitaba nada de ellos.

A la mala noticia de que Sandra no podía tener hijos, se le unió la del desgraciado de su marido maltratándola psicológicamente. Pero lo que nunca se imaginaron cuando se marcharon de España era que aquel hombre, que una vez quisieron, intentaría matar a su hija.

El cálido clima les dio la bienvenida cuando salieron de la terminal del aeropuerto. Tomaron un taxi y se dirigieron hacia la casa donde Sandra se estaba quedando hasta que reparara la suya. Les había dicho que era la casa de su vecino, pero nada más. Solo sabían que hacía un año ella cuidaba a su hijo por las tardes. Pero que el padre del niño hacía unos meses murió, así que supusieron que el vecino sería otro. Ambos progenitores se sintieron muy intrigados y preocupados, especialmente su madre que se estaba planteando regresar a España definitivamente y dejar solo a su marido trabajando en Alemania.

Cuando llegaron, Ana vio con lágrimas en los ojos la casa de su hija. La fachada agrietada y negra, cristales rotos... Todavía se podía oler a madera quemada o pintura, no estaba segura, pero era espantoso. No quiso ni imaginarse por lo que debió pasar.

Tocó el timbre de la casa contigua y esperó junto a su marido. No tardó en abrirse, entonces Roberto y Ana entraron.

Una Sandra emocionada, como cuando era niña y sus padres la consolaban porque se le había roto un juguete, fue corriendo a darles un abrazo. La última vez que se habían visto había sido por Navidad y Año Nuevo. Sandra estrechó a su madre con fuerza y después hizo lo mismo con su padre. En momentos como los que estaba viviendo, deseaba volver a ser pequeña. No preocuparse por nada porque sus padres resolverían cualquier situación.

—Cariño mío. ¿Estás bien? —le preguntó Ana.

—Sí, mamá. Os echaba de menos.

—Nos quedaremos lo que haga falta —contestó Roberto.

—¿Y tú trabajo?

—Explicué lo que había pasado y tengo permiso. No te preocupes. Además, tú eres más

importante.

—Pero estoy bien, papá. No estoy sola.

—Eso también nos preocupa —continuó su madre—. Pensamos que te quedarías con Maribel y estás en casa de tu vecino.

—Ya sabes que cuido a Izan y Rafa es un buen hombre.

—¿Rafa? Quiero conocerlo.

El aludido, al escuchar su nombre, salió al jardín intentando sonreír para que su aspecto no resultara amenazante como solía pasarle. Ya Sandra le había prevenido para que se comportara de forma que sus padres se quedaran tranquilos. Rafa nunca había tenido que hacer nada parecido, pero también era cierto que nunca había conocido a los padres de la mujer con la que se acostaba. Se colocó a lado de Sandra y le tendió la mano a Roberto.

—Soy Rafa.

El hombre observó la camiseta de tirantes holgada, el tatuaje en su brazo y miró hacia arriba para verle la cara pues Rafa le sacaba una cabeza completa. La sonrisa le pareció algo burlona, aún así le dio la mano. Después también se la dio a Ana.

—Rafa es el tío de Izan —explicó Sandra—. Cuando murió su hermano vino para hacerse cargo de él.

—Sentimos lo de tu hermano —dijeron ambos padres.

—Gracias. Pasen, por favor.

Rafa se apartó y los dejó pasar primero. Sandra se quedó estupefacta. Tiró de la camiseta de él para que se agachara y poder susurrarle al oído.

—No sabía que podías ser tan educado.

—Lo he visto en las películas.

—Gracias. —Y le dio un beso rápido en los labios para seguir a sus padres al interior de la casa.

Ya dentro, Roberto y Ana conocieron a Izan. Se sintieron conmovidos al recordar que aquel niño de siete años había perdido a sus progenitores siendo tan pequeño. Lo trataron con el cariño y la ternura que podrían haberle dado a un nieto propio, algo que nunca tendrían ya que Sandra era hija única.

Rafa sirvió unas cervezas y Sandra sacó un aperitivo. Comentaron el desgraciado accidente en el que su hija podría haber perdido la vida. También hablaron del trabajo que Roberto tenía en Alemania, en una empresa de automóviles y aquel tema le llevó a la pregunta que ella más temía que le hiciera su padre.

—¿Y tú a qué te dedicas, Rafa?

—Estoy buscando trabajo.

—Estos tiempos son difíciles, ya ves, yo tuve que salir del país para trabajar bien. ¿Qué oficio tienes? A lo mejor te puedo recomendar a algún conocido.

—No tengo un oficio como tal...

—Papá —intervino Sandra al ver la cara de ceño fruncido que estaba poniendo—. Rafa ha trabajado en almacenes. Está buscando algo así. Perdió a sus padres siendo joven y no pudo estudiar.

—Vaya, lo lamento. Espero que encuentres algo pronto porque una casa y un niño no se mantienen solos.

—Eso ya lo sé.

Su tono seco y cortante había regresado a él. Odiaba que le dijeran lo que debía o no hacer.

Las palabras de aquel hombre le recordaban todos sus errores y también odiaba eso. Sabía perfectamente cuales eran sus obligaciones y no tenía que venir un desconocido desde Alemania para decírselo.

Roberto arqueó las cejas al darse cuenta y Ana le colocó una mano en el brazo para indicarle que no hablara de más.

Sandra cerró los ojos consternada. No quería que sus padres se llevaran la idea equivocada de Rafa. Así que usó el comodín para situaciones tensas que siempre funcionaba.

—Izan ¿por qué no le enseñas a mis padres lo que hiciste en el cole?

Izan siempre ponía de buen humor a quienes lo rodeaban.

Los padres de Sandra se quedaron cinco días. Lo hicieron en un hotel porque su vivienda la tenían alquilada y se negaron al ofrecimiento de Rafa de quedarse con ellos. Comieron y cenaron todos los días juntos y pudieron conocer mejor al hombre que le sacaba una sonrisa a su hija. A ninguno de los dos les gustó que no tuviera trabajo, les preocupaba que Rafa quisiera vivir a costa de Sandra. No obstante, ver feliz a su hija les supuso un gran consuelo. Por el momento aceptarían a Rafa y el tiempo diría.

Los tres los acompañaron hasta el aeropuerto. Ana y Roberto le dieron otro fuerte abrazo a su hija.

—Cuídate mucho y que ese hombre encuentre trabajo —le dijo su padre.

—Tranquilo. Lo está haciendo, te lo aseguro.

—Me gusta volver a verte sonreír, cielo. Izan es un encanto y ese hombre se nota que te cuida.

—Lo sé.

Después pasaron a despedirse de Izan. El pequeño, los abrazó como si los conociera de toda la vida. Habían jugado con él estos cinco días y le habían preguntado cosas del cole y cuáles eran sus películas favoritas.

—Cuando volvamos te traeremos un regalo —le dijo Ana.

—¿Puedo llamarte abuela? En mi clase todos tienen abuelos. Algunos hasta los llevan al parque.

—Si tu tío está de acuerdo, no tengo ningún problema.

A Ana le emocionaron sobremanera las palabras del niño.

—Sandra será mi mamá cuando se case con mi tío y me adopte.

Tanto Roberto como Ana se quedaron de piedra. En ningún momento imaginaron que su hija pensaba volver a casarse.

—¿Te has vuelto loca? —le soltó su padre tomándola por los hombros.

—Pensaba decírtelo, pero aún no tenemos fecha y...

—Recién has salido de un problema con tu ex que hasta intentó matarte. Creo que eres vulnerable ahora mismo para tomar una decisión —argumentó Ana.

Después, Rafa vio cómo iba directa hacia él con el dedo índice en alto, cosa que le recordó a su señorita Rottenmeier. Sandra se parecía mucho a su madre.

—Ni se te ocurra engañar a mi hija.

—No lo estoy haciendo. De hecho, le dije que se alejara de mí y no quiso.

—Mamá. Por favor. Soy feliz, te lo aseguro.

El ruego de Sandra hizo su efecto. Era verdad que su hija era feliz. Había sido testigo estos cinco días. Igualmente tenía miedo de que volviera a equivocarse.

—Nada está más lejos de mis intenciones que hacerle daño a Sandra —comenzó a decir

Rafa—. Tengo algunos problemas que resolver y no puedo prometer que siempre habrá sonrisas, pero si ella desea quedarse a mi lado, no la echaré. Tanto Izan como yo la necesitamos. La queremos.

Rafa tomó la mano de Izan, que no entendía la discusión de los adultos, y agarró a Sandra por la cintura. La visión que quedó a la vista era de una familia. Tanto Ana como Roberto se dieron cuenta de eso.

—Querida, míralos. Es todo lo que ella siempre ha deseado.

Ana tuvo que admitir que eso era cierto. Le conmovió la escena hasta el punto de volver a humedecerse los ojos.

—Está bien. Aceptaré esta relación. —Después colocó sus manos en jarras para dirigirse a Rafa—. Si me entero que haces daño a mi niña, volveré y haré picadillo contigo para un buen cocido con pelota.

—No lo dudo —contestó él sonriendo.

—Avísanos cuando tengáis fecha de la boda y os ayudaremos en lo que podamos —comentó Roberto.

En el panel luminoso del aeropuerto salió anunciado su vuelo. Ambos progenitores volvieron a abrazar a su hija y después a Izan mientras este los llamó abuelo y abuela. Fue entonces que ninguno de los dos dudó de que su hija iba a estar bien.

Habían establecido una rutina; Rafa e Izan acompañaban a Sandra al trabajo y luego se iban al colegio. Después, Rafa ordenaba la casa, hacía las compras y recogía a Sandra para comer juntos. Por la tarde, los dos iban al colegio a por Izan. Ya quedaba muy poco para las vacaciones de verano. No les costó mucho acostumbrarse a todo. De hecho, los tres parecían encantados con el arreglo. Izan disfrutaba mucho más de la compañía de Sandra. Rafa se sentía útil y necesario por primera vez en su vida y Sandra dejó de estar sola.

Ella, al principio, estaba reacia a dormir con él. Pero viendo lo bien que Izan llevaba los arrumacos que se daban, en unos días se instaló en su habitación.

En dos semanas comenzarían los arreglos de su casa y la verdad era que no tenía ganas de regresar. Quería quedarse allí para siempre.

Todo marchaba bien, demasiado bien para el gusto de Rafa. Esta última semana había recibido dos llamadas de Dóberman a las que no contestó. Por el momento, no había visto nada raro a su alrededor, pero ¿se daría por satisfecho con una negativa? ¿Lo dejaría tranquilo si seguía ignorando sus llamadas? ¿Cuánto tiempo tendría que pasar para poder sentirse seguro? Su cabeza le respondía de forma negativa a todas esas preguntas.

Aquella mañana, Rafa estaba más intranquilo que de costumbre. Hizo un desastre en la cocina y tuvo que pedir comida china. Sandra se percató de inmediato de que algo no estaba bien. Las semanas de convivencia le habían hecho conocerlo muy bien.

—¿Qué ocurre?

—Nada.

—Vamos, Rafa. Sé que pasa algo.

—No iba a decírtelo, pero supongo que es mejor que lo sepas. Así estarás alerta.

—Me asustas.

—Dóberman me ha estado llamando, pero no le he contestado. No creo que lo acepte sin

más. Está acostumbrado a salirse con la suya.

—¿Por qué no llamamos a la policía?

—Me encerrarían a mí también. Aún no te has casado conmigo. ¿Qué pasaría con Izan?

—No es seguro que vayan a encerrarte. Tu seguridad y la de Izan es lo primero. Si decimos que peleaste bajo amenazas...

—No creo que eso sirva. Ya tengo antecedentes por ese tipo de peleas. ¿Piensas que me creerán? No me escucharán.

—Ahora me tienes a mí. Yo he sido testigo de las amenazas de ese hombre. Y Maribel también declarará a tu favor, estoy segura de eso.

—Pero si nada de eso funciona, se llevarán a Izan. Esperemos un poco más a ver qué pasa. Si veo que no hay forma de que estéis a salvo, lo denunciaremos.

Sandra observó cómo Rafa iba de un lado a otro de la cocina al salón y viceversa. Ella abandonó la mesa para ir a su lado. Ninguno de los dos había comido gran cosa y los platos todavía rebosaban con los alimentos asiáticos.

Lo abrazó por detrás y Rafa tomó sus manos entrelazadas en su abdomen y las apretó con afecto. Sandra escuchó el latido constante de su corazón y cerró los ojos para sentirlo aún más.

—El veinte de julio.

—¿Qué pasa ese día?

—Es la fecha de nuestra boda. Fui esta mañana. —Rafa la sintió tensarse en su espalda—. Perdona por no habértelo consultado. Sé que habíamos quedado en esperar a que Izan se acostumbrara a que los tres vivamos juntos, pero quiero hacerlo lo antes posible. Aún así falta más de un mes todavía, no tenían fechas para antes. A la gente le dio por casarse este mes.

—No tienes que disculparte. Yo me casaría contigo mañana mismo si fuera necesario. Es solo que me sorprendiste.

—No soy nada romántico. Lo siento. Debí haberte comprado flores, por lo menos.

—Las flores se mueren en una semana, no sirven para nada.

Sandra no quiso nombrarlo, pero sabía que las llamadas de Dóberman lo habían puesto muy nervioso. Que por eso quería arreglar los papeles cuanto antes. Ella estaría bien si algo le pasaba, sin embargo, había que proteger a Izan y ella lo deseaba tanto como él.

—¿Bombones? —sugirió él.

—Siempre se agradecen los detalles, pero no son necesarios. Tú e Izan sois mi mayor regalo.

Rafa se dio la vuelta y vio sus ojos brillantes a punto de llorar. Enmarcó su cara con las palmas de sus manos y la besó. Sandra colocó las suyas por dentro de su camiseta y acarició sus duros pectorales. Rafa se quitó la camiseta al momento y sacó la de ella también. Volvió a apoderarse de sus labios y bajó por el cuello. Ella alzó la cabeza para darle un mejor acceso y jadeó de placer. Entonces, Rafa la levantó por la cintura y ella enroscó sus piernas a la espalda de él y así la subió por las escaleras hasta llegar a su habitación. Se sentó en la cama con Sandra a horcajadas sobre él. Con una mano lo empujó hacia atrás y quedó acostado boca arriba. Ella fue hasta su pantalón para desabrochárselo. A partir de ahí llegó una lucha frenética por ver quién daba más placer a quién. Rodaron por la cama, unieron sus cuerpos y su piel se volvió húmeda y caliente mientras desordenaban las sábanas.

—Vamos a la playa este domingo —propuso Sandra con la mejilla apoyada en su hombro.

—No es seguro.

—No podemos seguir encerrados. Izan necesita salir más allá del colegio. Correr por la

arena, que le dé la brisa del mar le vendrá bien. Las vacaciones serán muy pronto.

—Tienes razón. De acuerdo, iremos. Pero tenemos que permanecer los tres juntos. Nada de ir a pasear por tu cuenta.

—Soy consciente, no te preocupes por eso.

Capítulo 16



Maribel se emocionó sobremanera con la noticia de la boda. Ella quería hacerlo por todo lo alto, aunque se casaran en el juzgado, sin embargo, Sandra tuvo que desanimarla. Ninguno de los dos deseaba eso. Para ella no era la primera boda y para Rafa... A Rafa le faltaba toda su familia para poder estar acompañado en un día tan especial. Entendía que no tuviera ganas de una gran celebración. Además, ¿a quién iban a invitar? Rafa no tenía mejores amigos, solo algunos conocidos y no de buena reputación. Maribel, era la única que había estado a su lado en los peores momentos de su vida, nadie más. Y a sus padres, por supuesto, pero ningún familiar más ya que habían perdido contacto hacía mucho tiempo.

Maribel le había sacado cita para probarse vestidos. No se casaría de blanco porque ya lo había hecho una vez y no quería que esta boda se pareciera a aquella en lo más mínimo. Su amiga quería que fuera de rojo, pero ella prefería ir de azul o verde. Era cuestión de encontrar uno que le quedara bien.

Rafa, por su parte, que se sentía más perdido que un pato en un garaje, le pidió a Sandra que lo acompañara a comprarse el traje. No sería sorpresa, pero tampoco le importaba.

Izan parecía estar ilusionado con la boda. Hasta estaba de acuerdo en comprarse ropa incómoda, como la llamaba él.

Estaban a una semana de las vacaciones de verano de Izan. Era la primera vez que Sandra acudía a una fiesta en el colegio. Se sentía nerviosa porque tendría que hacer el papel de madre y eso era algo que había descartado desde hacía mucho tiempo. A pesar de que Rafa no tenía ni idea de qué iba a hacer en una fiesta infantil, se le veía más tranquilo. Era su tío, la misma sangre corría por sus venas, incluso tenían los mismos ojos y eso era algo que la gente respetaba, sin embargo, ella no era nada todavía. ¿La criticarían? Ya había visto algunas miradas furtivas cuando lo recogía del colegio junto a Rafa. Posiblemente sus miedos fueran infundados y lo que pensara la gente siempre le había dado igual. Aún faltaban unos cuantos días para hacerse a la idea. También debía pensar en cómo organizarse con Izan cuando Rafa comenzara a trabajar.

Llegó el viernes más rápido de lo que Rafa había esperado y con él el último día de colegio

de Izan. A pesar de que era la primera vez que Rafa acudiría a algo parecido, no tenía la cabeza ahí. Dóberman lo había seguido llamando. Él lo había ignorado como había hecho las últimas semanas, pero sabía que no se quedaría quieto. Por el momento estaba demostrando más paciencia de la que él habría esperado. No obstante, sabía que algo debía de estar tramando. La imagen de Sandra en el despacho de ese desgraciado venía a su mente cada dos por tres para quitarle el sueño y la tranquilidad.

Hoy, posiblemente, habría pelea en el club. A veces las organizaba viernes y otras, sábado. Dóberman quería que siguiera siendo uno de sus boxeadores y de ahí sus repetidas llamadas. Ya se había saltado varios combates. ¿Hasta cuándo aguantaría su antiguo jefe sin hacer nada al respecto?

Se acercaba la hora de la fiesta, Sandra se estaba cambiando de ropa y ambos acudirían juntos como la familia que querían formar.

Sandra se puso un vaquero corto que dejó a la vista sus torneadas piernas a las que Rafa no podía dejar de mirar. Él se colocó un pantalón corto de algodón y una camiseta de tirantes holgados que tanto le gustaban ahora que el calor comenzaba a apretar.

—Luego no te quejes si se te quedan mirando —le comentó ella.

—Creo que te mirarán más a ti. Estás preciosa.

—Voy de lo más normal, te aseguro que tú llamas más la atención.

Rafa sonrió de forma picarona y la besó al tiempo que la tomaba por la cintura. Pegaron sus cuerpos y Sandra colocó las manos en las nalgas masculinas.

—Si haces eso no llegaremos al colegio a tiempo —le susurró junto a los labios.

Ella le dio un último pico y se marcharon.

Aparcaron a dos calles. La música ya llegaba hasta sus oídos. Padres y otros familiares inundaban el patio en el que habían instalado dos hinchables. Se dirigieron hacia la zona más infantil donde los profesores de extraescolares estaban con los niños hasta que llegaron los padres. Sandra se percató de lo que ya sabía, Rafa llamaba la atención.

—Déjalos que miren o digan lo que quieran —le dijo Rafa al notar cómo ella clavó los dedos en su brazo.

—Ya lo sé.

Recogieron a Izan y le colocaron la pulsera del AMPA para participar en las actividades. Lo primero que hizo el niño fue ir hacia los hinchables. Después fue hacia los talleres de tatuajes ya que quería uno como el de su tío. Lo más parecido que tenían era a Mushu. En el escenario los diferentes cursos hicieron bailes y también entregas de orlas.

—El año que viene Izan recogerá la suya.

—¿Crees que estará del todo recuperado?

—Ha estado saltando y corriendo con sus compañeros. Cuando está distraído le veo bastante bien.

—Cuando volvemos a casa es cuando más echa de menos a su padre.

—Seguiremos a su lado.

—Y serás su mamá. Recuerda lo que le dijo a la tuya en el aeropuerto. Casi le da un síncope.

—No sabía que Izan pensara así. Me emocionó mucho.

—Te lo dije, serás una madre maravillosa.

—Tú tampoco lo estás haciendo nada mal.

Rafa volvió a recordar las llamadas de Dóberman, esta vez no se lo había dicho a Sandra

porque no quería empañar la fiesta de fin de curso de Izan.

—Hoy caerá rendido.

—Había pensado en ir mañana al cine. Están echando Garfield —comentó ella mientras seguía con la mirada puesta en Izan.

—Es mejor no salir.

—El cine es un lugar cerrado y con mucha gente. Será seguro o ¿acaso Dóberman ha seguido llamándote?

—Sí.

—Dios mío. Nunca te dejará en paz. ¿Volvió a amenazarnos?

—No cogí el teléfono. Lo dejé sonar como hice las veces anteriores.

—¿Crees que es seguro que estemos aquí?

—Ni tú ni yo nos hemos separado de él. Seguiremos así y al salir de aquí nos meteremos en casa.

—Oh, Rafa. ¿Qué vamos a hacer?

Rafa no le contestó al ver que Izan se acercó a ellos con paso algo tímido. Nada que ver con las carreras que se había dado con sus amigos. Salía del stand del taller de dibujo.

—He hecho un dibujo. ¿Te gusta? —le dijo a su tío con el deseo de esperar su aprobación.

—¡Hala! Somos nosotros, ¿verdad? —le dijo emocionado al verlos a los tres en un campo con flores y un río.

Izan, habiendo recuperado por completo su confianza, se lo enseñó a Sandra.

Ella trató de aguantar las lágrimas al ver la familia plasmada en el papel. Después le dio el visto bueno y lo abrazó con el amor que podría haberle dado a sus propios hijos después de realizar una gran hazaña.

Después fueron juntos a coger chocolate y bizcocho que estaban repartiendo y en cuanto se lo comieron Rafa y Sandra pensaron que lo más seguro era regresar a casa ya.

—Quiero saltar un poco más —les rogó Izan.

Pocas veces pedía algo, así que ninguno de los dos pudo decirle que no.

—Diez minutos y nos vamos —le dijo Sandra.

Lo siguieron hasta el hinchable donde se encontró a dos amigos y comenzaron a saltar. Pasados esos diez minutos, Izan obedeció y fue hasta ellos sin disimular su desilusión por tener que marcharse tan pronto.

—¿Compramos algunas chuches? —propuso Sandra para compensar que se lo llevaran antes de que acabara todo.

—Esperadme en el kiosco, yo traeré el coche.

Cogió a Izan de la mano y cruzaron la calle donde estaba el kiosco. Rafa los siguió con la mirada hasta verlos entrar. Después se dio casi una carrera hasta donde había aparcado. No tardó más de ocho minutos en dar la vuelta y parar en doble fila para esperarlos.

En cuánto lo vieron, Sandra tomó de la mano a Izan para salir de esa tienda que tanto gustaba a los niños.

Rafa, mientras apagaba el coche, decidió que sí, que irían al cine. No tenía por qué pasar nada y Sandra estaba ayudando mucho a Izan a superar su dolor. Que se distrajera en el cine era una buena idea.

Rafa observaba la puerta del kiosco a la espera de que salieran cuando un vehículo grande le pitó para que se apartara. De mala gana arrancó y avanzó un par de metros hasta parar en la esquina. Bajó del coche para indicarle a Sandra donde estaba aparcado. Fue entonces cuando

pasó todo. Escuchó los gritos de Sandra y la vio caer al suelo cuando un hombre la empujó mientras otro metía a Izan en el furgón. Rafa, sin poder creer lo que acababa de ver, echó a correr hacía el vehículo, pero este se marchó a toda velocidad chirriando las ruedas sobre el asfalto.

Sandra se encontraba arrodillada en la acera, trató de levantarse para correr tras el coche, pero cayó de nuevo por el dolor en la pierna. Rafa vio la sangre en una de sus rodillas y corrió hacia ella.

—¿Estás bien? ¡Hay que ir por Izan!

—Se lo llevaron —sollozó—. Dios mío, se lo llevaron. Lo siento, no pude protegerlo.

—Ha sido ese hijo de puta. Voy a ir por él.

—Espera. Hay que llamar a la policía.

—Podría ser peligroso. Dóberman me quiere a mí. Yo lo traeré sano y salvo.

Un corro de personas se había congregado a su alrededor. Parecía que alguien ya estaba llamando a la policía. Rafa, la cogió del brazo para ayudarla y ambos subieron al coche.

—Ha sido mi culpa. —Sandra seguía llorando sin consuelo.

—No. Es mía. ¿Dónde vive Maribel? Te dejaré con ella.

—Hay que ir ya a por Izan ahora. Te acompañaré.

—No necesito preocuparme también por ti.

—Podría ayudar.

—No. Y mira cómo tienes las rodillas.

Ella se las miró y vio cómo varias gotas de sangre llegaban hasta su tobillo. No era más que una raspadura, pero sangraba mucho y dolía. Pero nada era comparable al dolor que sentía su corazón. Le oprimía el pecho hasta casi no poder respirar.

Sandra llamó a Maribel y le contó lo que había ocurrido. Su amiga la esperaba en la calle cuando llegaron. Antes de bajar del coche, Sandra lo besó en los labios.

—Trae a Izan.

—Lo haré.

—Y cuídate mucho.

—También lo haré.

Rafa observó cómo se reunió con Maribel. Las dos amigas se fundieron en un fuerte abrazo. Ya estaba a salvo, pensó él. Ahora debía ir por Izan.

Capítulo 17



Condujo todo lo rápido que las calles le permitieron intentando respetar los semáforos y las señales. Si tenía un accidente, no llegaría a tiempo para rescatar a su sobrino.

El corazón le bombeaba fuerte en el pecho donde un miedo atroz estaba instalado. Llegó hasta el pub, que a estas horas estaba totalmente vacío. No se molestó en frenar cuando giró la esquina y subió el coche al bordillo zarandeando a su conductor que casi dio la cara contra la ventanilla. Raudo, salió del coche sin tan siquiera cerrarlo. Se dirigió a la puerta trasera y entró como había hecho cientos de veces. Solo que esta ocasión era distinta.

Siempre se había cuidado a sí mismo, no había tenido que dar explicaciones de lo que hacía a nadie, ni siquiera a su hermano. Tampoco había tenido que preocuparse más que por él mismo. Sin embargo, tener a alguien a quien cuidar cambiaba mucho las cosas. No había imaginado cuánto hasta que conoció a su sobrino. Ahora podía entender lo que sintió Pedro cuando él se marchó.

Bajó las escaleras hasta el sótano. El aire viciado que se respiraba con cada peldaño que bajaba nunca le había parecido tan repugnante como en este momento.

Se dirigió hacia la oficina y entró casi tirando la puerta abajo. Miró hacia su alrededor, pero no vio a Izan.

—No te hiciste esperar mucho, Rex —dijo Dóberman con una sonrisa cruel en sus labios.

Sin pensárselo dos veces, Rex se lanzó hacia él. En su apresuramiento no observó cómo Bobby y otro guardaespaldas se interpusieron formando un muro inquebrantable. Se paró en seco, miró la cara de quien una vez también lo protegió a él de clientes enfurecidos por sus pérdidas. Apretó los dientes y le lanzó un puñetazo en la cara a Bobby. Aprovechando el factor sorpresa, le propinó otro al guardaespaldas del que no recordaba su nombre ni le importaba.

Bobby ya se había recuperado y fue a por él, pero Rex esquivó su puño y lo golpeó en el estómago con todas las fuerzas que la rabia le había dado. El hombre se dobló y sin tiempo que perder le dio un rodillazo en la cara. Chorros de sangre salieron de su nariz al tiempo que caía de rodillas tapándose la cara y emitiendo alaridos de dolor.

El otro guardaespaldas se colocó a su espalda para agarrarle los brazos. Rex retorció uno de ellos, se zafó de él con facilidad y le dio un codazo en el abdomen. Se giró raudo y le golpeó la cara con el puño.

Rex, libre de los guardaespaldas fijó su vista en Dóberman dispuesto a matarlo si hacía falta. Pelear era lo que mejor sabía hacer. Sin embargo, se quedó quieto al ver el cañón de un arma apuntándole.

—¡Ya basta!

—Cobarde —le dijo Rex jadeando por el esfuerzo.

—Te quiero fresco para la pelea de esta noche. Todas las apuestas están a tu favor. Ganaremos una fortuna cuando pierdas.

—¿Dónde está Izan?!

—Está a salvo. Cuando acabe la pelea te lo devolveré.

—No pelearé sin antes verlo.

Bobby se incorporó limpiándose los restos de sangre con el bajo de la camiseta. Sacó el arma que guardaba en la espalda, sujeta a la cinturilla del pantalón. No la había empuñado antes por órdenes de su jefe, y que ahora, apuntó contra Rex reforzando así la amenaza que suponía Dóberman. El otro guardaespaldas se colocó al lado de su compañero.

—Nunca imaginé que te volverías tan agresivo por ese mocosito.

—Quiero verlo ¡ya!

Dóberman se dio cuenta de que su mejor boxeador no iba a ceder. Al parecer le daba igual morir allí mismo si no veía al mocosito. Para él ese apego fue una bendición. Así podría extorsionarlo por siempre.

—Ron, llama a Mandy y dile que traiga al niño.

El guardaespaldas que estaba junto a Bobby, obedeció sin decir nada y salió de la oficina.

Hacía unos quince minutos que Sandra había dejado de llorar. Maribel tenía razón nada arreglaba su llanto. Su amiga también estaba de acuerdo en que debían llamar a la policía. Sin embargo, ¿qué sería de Izan si encerraran a su tío?

Sandra cogió el teléfono. Necesitaba información, necesitaba saber que ambos estaban a salvo.

Un tono, dos tonos, tres... Nadie contestó.

—No lo coge. ¿Habrá podido ver a Izan o les habrá pasado algo peor?

Sandra dejó el móvil sobre la mesa y se retorció las manos en su regazo. Le temblaban y sudaban de nerviosismo. Tenía un nudo en el estómago que le subía hasta la garganta.

—Tal vez está discutiendo para poder sacar a Izan de allí.

—¿Discutir? ¿Con esa gente? Mueven mucho dinero ilegal y van armados. Rafa no tiene la posibilidad de discutir con ellos. Debo ir.

—¿Y qué lograrás? En lugar de un rehén tendrán dos.

—Es verdad. Puedo complicarlo todo aún más. Pero si no hago nada, esto nunca acabará. Y puede que un día lo maten o le hagan daño a Izan.

Sandra se puso en pie. Había tomado una determinación. Fuese para bien o para mal, tenía que hacerlo.

Para Rafa, los diez minutos que tardaron en traer a Izan, fueron los más largos de su vida. Mandy lo llevaba cogido de la mano. El vestido que ceñía cada curva de su cuerpo no le llamó la atención a Rafa en lo más mínimo, solo podía ver a Izan. El guardaespaldas, Ron iba justo detrás

de ellos.

En cuanto los ojos dorados del niño lo vieron, se soltó de la mano de la mujer de un tirón y corrió hacia él. Rafa lo alzó y lo abrazó con fuerza. Tuvo la sensación de que hacía años que no lo veía. El alivio por verlo sano y salvo le aflojó las piernas y temió caer. Aquella sensación era tan nueva para él como todas las que había experimentado desde que conociera a Izan y a Sandra.

—¿Estás bien? ¿Te han hecho daño?

—La señora dijo que no llorara, que vendrías, pero has tardado mucho.

—Lo sé. Perdona. Has debido de asustarte mucho.

—No me dejes solo otra vez.

—Ya lo has visto —soltó Dóberman—. Si quieres salir de aquí con el niño, tendrás que pelear.

—De acuerdo —claudicó sabiendo que no tenía otra escapatoria. Debía proteger a Izan y estaba dispuesto a cualquier cosa—. Pero se quedará conmigo hasta la hora de la pelea.

—Bobby, dale tu arma a Ron y vete ya a limpiarte —le ordenó a su secuaz. Luego se dirigió a su luchador—: Ron te cuidará.

Rafa llevó a su sobrino hasta el lugar donde se encontraba el ring. Le explicó que sus peleas eran un deporte y que no corría ningún riesgo. El niño no parecía estar muy convencido de sus explicaciones, pero igualmente asentía imaginando a su tío peleando con un traje rojo ceñido y un antifaz negro en la cara, tal y como le había dicho hacía tiempo. Durante dos horas, Rafa entrenó bajo la atenta, y un poco aburrida, mirada de Izan que deseaba irse a casa cuanto antes.

Llegada la hora señalada, Ron palpó su arma y lo presionó para que se preparara para luchar. Mandy llegó para llevarse a Izan, pero este se negaba a separarse de su tío.

—Quiero quedarme contigo —lloriqueó.

—No puedes.

—Me dijiste que peleabas como Mr. Increíble. Quiero verte.

—Cuando seas mayor.

—¿Te harán daño como las otras veces?

—No mucho. Ahora obedece y vete con Mandy. Yo volveré por ti en cuanto termine.

—¿Lo prometes?

—Sí, te lo prometo. ¿Alguna vez te he fallado?

El niño negó con la cabeza y se marchó, con la mirada puesta en el suelo, de la mano de la rubia que le guiñó un ojo antes de llevárselo. Un guiño que en esta ocasión no desprendía coquetería sino la complicidad de que cuidaría bien del niño. Los vio alejarse, ella le sonreía mientras le decía palabras amables. Se hizo una nota mental de darle las gracias cuando todo aquello acabara. A partir de ahora ya no la vería de igual forma.

Rafa se fue hacia el vestuario más nervioso de lo que había estado jamás. El cuerpo entero le temblaba y lo único en lo que podía pensar era en acabar cuanto antes y alejar a Izan de esa gente. Abrió la taquilla de siempre, donde solía dejar ropa y guantes de repuesto, y comenzó a desvestirse. Tal vez lo mejor era hacer las maletas y huir de la ciudad. Dóberman tenía recursos para encontrarle, pero haría lo imposible para que eso no sucediera, ese desgraciado jamás volvería a poner sus manos sobre Izan o Sandra.

—¿No me jodas? Si eres Rex —soltó su contrincante que acababa de llegar—. Has estado mucho tiempo desaparecido, no creí volver a verte por aquí.

—Me hubiera gustado seguir así —contestó chocando los nudillos en señal de saludo.

—Escuché que estuviste en el trullo. ¿Quieres volver?

—¿No te cansas de llevar esta vida, Jin?

—¿Vas a darme la chapa como mis viejos? Los rumores dicen que ahora eres papá de familia. Debe ser cierto.

—Eres mucho más joven que yo, estás a tiempo.

El chico soltó una sonora carcajada. Se conocieron hacía más de cinco años en una pelea en la que Jin acabó bastante herido. Rex le dio algunos consejos para esquivar y golpear. Después de aquello lo reclutó Dóberman para sus peleas amañadas. Viendo su cara marcada por algunas cicatrices, sus facciones se habían endurecido en comparación al joven que fue antaño. Rex se arrepintió de los consejos que le dio en aquel momento. Debió desmotivarlo para que no siguiera con esa vida.

—Jamás habría imaginado al grandioso Rex haciendo de papaíto. —Y volvió a reírse.

—Tienes suerte que hoy debo perder o te daría otra lección.

Rex miró el reloj que había en la pared. Ya era la hora, una vez más no podría escapar de su pasado. Salió del vestuario con los calzones y los guantes puestos. El gentío gritaba enfurecido debido a la cantidad de dinero que se jugaban. La mayoría parecía estar apoyándolo a él, en cuanto acabara el combate tendrían ganas de matarlo. Tendría que esconderse hasta que Ron u otros seguratas desalojasen el lugar.

Se abrió paso hasta el ring y subió al cuadrilátero. Jin subió detrás de él y ambos se colocaron en sus respectivos rincones. El presentador los nombró y seguidamente la campana sonó. El combate acababa de empezar.

Capítulo 18



Rex esquivó el primer golpe que debía encajarle Jin para darle una lección más a ese muchachito por insolente. Su contrincante lo miró con cara de pocos amigos y ambos comenzaron un baile de medio minuto sobre el cuadrilátero. El puño de Jin fue directo a su estómago y esta vez Rex no lo esquivó y su oponente le lanzó una risa socarrona. El público se enfureció con él y entre el griterío escuchó algunos insultos y amenazas. Si por él fuera, ese niño ya estaría chupando lona.

De pronto, los espectadores que rodeaban el ring comenzaron a correr desorientados, tropezando unos con otros. El caos se formó en apenas unos segundos. Tanto Jin como él se quedaron inmóviles sin saber qué ocurría hasta que los vieron. Agentes de los GEO los tenían rodeados. No había escapatoria. Entonces Rex pensó en Izan. Dóberman tenía un rehén, si se sentía acorralado por la policía, podría hacerle daño. ¿Sabían los agentes que había un niño allí? Desesperado por ese pensamiento saltó del ring.

—¡Esperad! ¡Hay un...

Rex no pudo acabar la frase, dos agentes lo habían reducido.

—Hay un niño, un niño está en peligro. —Rex continuó su plegaria mientras su cara daba contra el suelo. —¿Es que... no os importa?

Rex apenas podía hablar. La desesperación se veía reflejada en él, sin embargo, los agentes no le dirigieron la palabra y solamente lo esposaron. Pero Rex no se iba a rendir y continuó sus ruegos para que salvaran a Izan.

Cuando los dos agentes lo sacaron a la calle, él seguía gritando el nombre de Izan. Fue entonces que la vio. Sandra estaba con unos policías y entre sus brazos pudo ver cómo Izan se aferraba a ella. La observó aliviado mientras los agentes lo empujaban. Al menos estaban bien. Izan y Sandra estaban bien. Es lo único que le importaba en este momento.

—¡Rafa!

Sandra gritó su nombre al verlo salir. Él la miró y le sonrió con tristeza. Ella trató de llegar hasta Rafa, pero los policías que la acompañaban se lo impidieron.

—¿Por qué le han detenido? Es inocente.

—Señora, tendrá que venir con nosotros para hacer su declaración.

—¡Suéltenele!

—Cuando acabe la investigación, si es inocente, será liberado.

—Pero yo ya declararé. Llevan años detrás de Dóberman y lo han atrapado gracias a mí.

—Y le agradecemos su colaboración.

Sandra no pudo evitar que se llevaran a Rafa engrilletado en un furgón policial junto con un montón más de gente.

—¡Te sacaré de ahí! ¡Lo prometo! —le dijo al vehículo mientras lo veía rodar por las calles alejándose de ella.

Una ambulancia recién llegó y llevaron a Izan al hospital para examinarlo. Sandra le sostuvo la mano todo el tiempo. Izan se negaba a quedarse solo, necesitaba el contacto físico de ella para sentirse seguro.

Tras confirmar que no le habían hecho ningún daño físico, los médicos dejaron a Izan en observación en uno de los boxes y le ofrecieron ayuda psicológica.

Cuando se quedaron a solas, Izan se atrevió a hablar por primera vez desde que la policía lo sacó en volandas del pub.

—¿Va a venir tío Rafa?

—En cuanto pueda vendrá.

—Me lo prometió.

—Lo sé, pero tu tío debe hablar con la policía de esos hombres malos.

—Quiero irme a casa.

La cortina se abrió y una asistente social apareció junto al médico.

—¿Es usted su madre? —preguntó abriendo una carpeta y haciendo anotaciones.

—No, pero como si lo fuera.

—Eso no es válido. Aún no he leído el informe policial, pero los agentes que nos avisaron nos han contado algo muy preocupante.

—Una asistente social, Claudia se llama, lleva el caso de Izan y está al tanto de que se queda conmigo.

—Lo consultaré.

—Tía Sandra. —Izan la llamó agarrándole el bajo de la blusa. Su cara reflejaba el temor de que ella se fuera.

—No te preocupes, cariño. No me moveré de tu lado.

La asistente siguió haciendo algunas anotaciones y se dirigió a Izan.

—¿Cómo te encuentras? —Izan no le contestó—. ¿Es tu tía Sandra? —El niño asintió—. ¿Quieres quedarte con ella ahora? —Izan también asintió.

—Izan está perfectamente conmigo.

—Consultaré su historial. En casos de niños tan pequeños hay que velar por su seguridad, aunque no sea lo que ellos desean.

—Pelearé por Izan si tengo que hacerlo. Buenas tardes.

Dichas esas últimas palabras, Sandra se dio la vuelta y le dio la espalda a aquella mujer. Se sentó en el borde de la cama y tomó la mano de Izan. Entendía el trabajo de los asistentes sociales, sabía que se preocupaban por los niños, sin embargo, su caso podía confundirse. Ella estaba completamente segura de que Izan estaba mejor con Rafa y con ella más que con ninguna otra persona.

Aquello le hizo pensar en Rafa. Tenía que ir, hacer su declaración y sacarlo de allí. Cuando decidió llamar a la policía sabía que esto pasaría, pero ¿qué más podía hacer? Rafa no quería hacerlo por miedo a que les quitaran a Izan. Aún no se habían casado así que cabía esa

posibilidad. De igual modo, el terror de que algo malo les pasase a alguno de ellos y la realidad de que si Dóberman los soltaba, volvería a extorsionarlo. Toda aquella mezcla de emociones y pensamientos la hicieron decidirse a denunciarlo. Fue a la policía y denunció el secuestro de Izan en primer lugar y la extorsión a la que estaba siendo sometido Rafa. Ella era testigo y Maribel también. Sacó el móvil y buscó un número.

—Sí, es cierto que peleé para él hace cuatro años, pero desde que salí y me hice cargo de mi sobrino no he querido seguir.

—Sin embargo, unos meses después has vuelto a lo mismo.

—Ya se lo dije, me amenazó. Secuestró a Izan, me obligó a pelear.

—Arsenio García alias Dóberman. Hace años que andamos tras él. El secuestro de su sobrino nos hizo dar con su guarida, sin embargo, no estaba allí.

—¿Escapó? ¿Cómo lo permitieron?

La puerta se abrió y un hombre trajeado apareció.

—Soy el abogado del señor Rafael Garza. No responderé a más preguntas sin que antes hable con él.

—¿Mi abogado? —dijo confuso.

—Así es, me contrató la señorita Sandra.

—Sandra... —susurró con una sonrisa en la boca. Ella estaba a salvo y protegería a Izan, por ese lado podía estar tranquilo. Era su señorita Rottenmeier.

El abogado logró sacarlo de la cárcel. Rex sintió pena por Jin, no le dio tiempo a que pudiera haber seguido su último consejo. No obstante, la vida tenía que golpearte más que en un ring para hacerte aprender qué es lo más importante. Esperaba que Jin reflexionara durante el tiempo que estuviese en prisión y regresase con su familia. Al menos tenía una.

Sandra lo esperaba a la salida. En cuanto lo vio fue hacia él y de un salto se colgó de su cuello. Le dio un beso cerca de la oreja para luego acabar devorándose la boca.

—¿Estás bien? —le preguntó Sandra tomándolo de la mano.

—Sí. ¿E Izan?

—Estuvo en observación en el hospital unas horas y lo visitó un psicólogo, pero ya está en casa. Te espera impaciente.

—Menos mal.

—Vamos a casa —dijo ella dirigiéndolo hacia el coche que tenía mal aparcado frente a la comisaría.

—¿Fuiste tú quien llamó a la policía?

—Sí. Era la única forma de atrapar a ese hombre y protegeros. Perdona por haberlo hecho sin tu consentimiento.

—No te preocupes. Está bien. Creo que siempre has estado en lo cierto, debimos haberlo denunciado antes.

—Pero tú tenías razón respecto a Izan. Una asistente social lo visitó en el hospital.

—Puto sistema de mierda.

—Solo quieren que esté bien.

—Deberían darse cuenta de que Izan está bien.

Llegaron al coche y se subieron a él. El sol se estaba poniendo y daba directamente en los

ojos de Sandra que era más baja que Rafa. Alargó la mano al compartimento de la puerta y sacó unas gafas de sol.

—Tendríamos que adelantar la boda. Igualmente nos casaremos y de esta forma será más fácil proteger a Izan.

—Estoy de acuerdo. Apresuraremos la boda y la adopción. Blindaremos a Izan a esta familia.

Aquellas palabras le sacaron una gran sonrisa a Sandra que condujo de forma tranquila por las calles de la ciudad.

Cuando Rafa entró por la puerta un Izan menos tímido que nunca corrió hacia él. Su tío lo alzó en volandas y le dio un par de vueltas a lo que el niño rio abiertamente.

—He vuelto como te prometí.

—Sabía que eras el más fuerte.

—¿Más que Mr. Increíble?

—Más porque eres mi tío.

Rafa lo dejó en el suelo y lo miró lleno de orgullo. No pudo evitar pensar en si era así como sus padres se sintieron alguna vez respecto a él y su hermano. Pedro también estaría muy orgulloso de su hijo. Había demostrado una valentía y fuerza demasiado grandes para un niño de su edad. Su pecho se hinchó de orgullo y las palabras salieron de su boca casi sin darse cuenta.

—Te quiero, chaval.

Rafa volvió a levantarlo para abrazarlo y Sandra se unió a ellos. Maribel los miró conmovida desde una esquina. No estaba de acuerdo en que su mejor amiga se liara con un hombre tan complicado, sin embargo, era el único que la había hecho feliz. Los apoyaría a como diera lugar y declararían a favor de ese orangután.

Capítulo 19



Habían pasado dos semanas desde la redada en el pub. La asistente social, Claudia, había pasado a hacerles una visita después de haber hablado con la profesora de Izan y el psicólogo. Por el momento todo lo encontró en orden. Tanto Rafa como Sandra respiraron tranquilos cuando se cerró la puerta tras la asistente.

Rafa había puesto una denuncia por secuestro y extorsión contra Dóberman y por agresión contra sus secuaces, Bobby y Ron. No tuvo nada que decir en contra de Mandy, no era más que una pobre diabla tratando de ganarse la vida de la única manera que sabía. Igualmente seguía detenida hasta que acabara la investigación. Gracias a la declaración de Maribel y Sandra fue que lo dejaron en libertad. Aunque sabía que lo estarían vigilando para demostrar que se había reintegrado en la sociedad y que estaba dispuesto a cualquier cosa por mantener a salvo a Izan.

Había llegado el día de la boda. Solo pudieron adelantarla tres días porque el juzgado estaba repleto. Sandra no se compró el vestido de novia que había estado mirando semanas atrás, no era importante para ella. Así que fue a una tienda normal y se compró un vestido de fiesta. Maribel la ayudó a vestirse y peinarse. Cuando salió de la habitación de Izan, donde se había arreglado, Rafa ya la esperaba en el salón. Bajó las escaleras mientras observaba la cara de satisfacción del novio.

La falda del vestido era de una gasa vaporosa de varias capas que caían hasta los tobillos con frescura. La parte de arriba estaba formada de encaje y unos finos tirantes que dejaba a la vista un escote cuadrado y generoso. Rafa decidió que a partir de ahora el color lavanda sería su favorito.

—Estás espectacular —le comentó cuando llegó hasta él.

—¿Te gusta el color? Me costó decidirme.

—Está hecho para que lo luzcas.

—Qué tonto eres —le dijo algo tímida por los halagos mientras le daba una palmada en el pecho. Después, alisó la solapa de su chaqueta como si una arruga hubiese allí—. El gris marengo te queda muy bien.

No solo el color, pensó Sandra. El traje resaltaba su envergadura. Le hacía los hombros más anchos y también parecía más alto. Nunca pensó que lo convencería para ponérselo cuando estuvieron en la tienda. Rafa jamás había usado un traje ni nada parecido.

Izan llevaba un polo blanco y sobre él un peto corto color beige que no dejaba de estirarse. Sí, corroboró el niño en su mente, era ropa muy incómoda, pero por tener a una mamá como Sandra estaba dispuesto a llevarla todo el día puesta.

Maribel optó por un rosa palo para evitar eclipsar a la novia. Este era su día y se lo merecía.

Los padres de Sandra habían llegado hacía dos días para ayudarla en lo que hiciera falta. A pesar de ver tan feliz a su hija seguían desconfiando de Rafa tras enterarse del secuestro de Izan. A Rafa le perseguían los problemas y después del intento de asesinato de su ex, estaban muy reacios a aceptarlo.

Roberto condujo el coche que llevaba a los novios hasta el juzgado. Izan iba con ellos en su sillita. Ana acompañaba a Maribel.

Aparcaron en un *parking* y la pequeña comitiva caminó hacia el interior del juzgado. La ceremonia fue muy sencilla, en ningún momento Sandra y Rafa pudieron soltarse las manos. Izan, sin embargo, iba cambiando; unas veces se la daba a Maribel y otras a Ana a quien el niño insistía en llamarla abuela.

No hubo arroz ni pétalos de rosa a la salida. No obstante, las sonrisas estaban plasmadas en las caras de todos ellos, incluso de Izan que seguía tirando de su peto.

—He reservado en el restaurante del hotel —dijo Sandra.

—¿Te vienes conmigo? —le preguntó Maribel a Izan.

—Se viene con la abuela, ¿a que sí? —aseguró Ana, sabiendo que el niño no diría que no.

Izan asintió, le cogió la mano y junto a Maribel se adelantaron hasta el coche en el que siempre llevaba un elevador por sus propios sobrinos.

Sandra y Rafa seguían cogidos de la mano. El sentimiento era muy diferente a cuando se casó la primera vez. En esta ocasión no tenía la incertidumbre de la felicidad porque esta era una certeza.

Unos metros más allá vio cómo Maribel ayudó a subir a Izan al coche. Rafa le dio un pequeño tirón de la mano para que subieran al suyo donde su padre ya los esperaba tras el volante. Le abrió la puerta y la ayudó con el vestido a acomodarse en el asiento. Cerró la puerta y se dio la vuelta, fue entonces que vio, por el rabillo del ojo, una sombra. Intentó dar un paso hacia la derecha, pero no le dio tiempo y apenas se movió unos centímetros cuando un dolor punzante rajó su cuerpo. Rafa cayó de rodillas mientras se sujetaba el costado. El agresor alzó el filo del acero para rematar a su víctima cuando Sandra abrió la puerta del coche con fuerza golpeando al hombre. El cuchillo se le resbaló de las manos y cayó al suelo fratasado del *parking*. Rafa, sujetándose la herida, se levantó con dificultad.

—¡Maldito hijo de puta! —gruñó Rafa.

Dóberman se agachó para recoger el arma lamentando no haber podido llevarse la pistola de su escritorio la noche de la redada, pero su antiguo luchador le dio una patada al cuchillo que acabó debajo de uno de los coches aparcados.

—¿Cómo te atreviste a denunciarme?

—Tú amenazaste a mi familia.

—Perderás la vida por un mocoso y una zorra.

—¡Rafa! No te acerques a él —bramó Sandra que se disponía a bajar del coche.

—Ni se te ocurra bajar —soltó él.

Dóberman cerró de un portazo la puerta antes de que ella pudiese salir y fue a por Rafa con la rapidez de un hombre desesperado. Le dio un puñetazo en la herida que lo hizo gritar de dolor.

Desde el interior del coche Roberto llamó a la policía. Seguidamente trató de impedir que

su hija bajara de nuevo alargando la mano hacia atrás y sujetándole el vestido.

—Papá, va a matarlo —le dijo ella con desesperación.

—Te matará a ti también.

—No puedo quedarme sin hacer nada.

A través del cristal de la ventanilla vio como Dóberman fue a darle una patada y Rafa rodó por el suelo para esquivarla. Se encontraba junto a la rueda trasera de un vehículo aparcado. Sandra, dio un tirón a su vestido y se soltó del agarre de su padre para abrir la puerta del coche.

Rafa, con la cara pegada al suelo, vio el brillo del filo del cuchillo junto a la rueda. Alargó el brazo, pero justo antes de cogerlo Dóberman le propinó la patada que antes había fallado. Ahogando un grito, Rafa apretó los dientes y no desistió de alcanzar el arma. Cuando iba a darle otra patada, Sandra se colocó a su espalda y le propinó puñetazos con ambas manos.

—¡Déjale en paz! ¡Déjale en paz!

—La maldita zorra —escupió las palabras al tiempo que se daba la vuelta y le cruzaba la cara de un bofetón que no pudo esquivar.

La distracción le sirvió a Rafa para coger el cuchillo y ocultarlo entre su cuerpo. Cuando Dóberman volvió a girarse para patear al que una vez fue su mejor luchador, este sacó el cuchillo y se lo clavó en la pantorrilla hasta el mango. Un rugido escapó de la garganta del hombre.

Un guardia de seguridad corría hacia ellos. Al verlo, Dóberman intentó huir con el cuchillo clavado en la pierna, pero se cayó de bruces a los pocos pasos.

Varios metros más adelante, Maribel y Ana abrazaban a Izan ocultos tras los coches tratando que no viera ni oyera nada de lo que estaba ocurriendo.

El hombre de seguridad inmovilizó a Dóberman y lo esposó. Mientras tanto Sandra fue hasta Rafa y se arrodilló a su lado.

—Rafa. Háblame —suplicó ella.

Él abrió los ojos y levantó la mano ensangrentada para acariciar el pómulos enrojecido de ella. Después la mano cayó inerte y Sandra lloró sin consuelo.

La policía y la ambulancia llegaron en ese momento y se hicieron cargo de la situación. Sandra acompañó a los sanitarios hasta el hospital. Rafa tenía una cuchillada de quince centímetros de diámetro y dos de profundidad. Había tenido mucha suerte y no parecía que hubiera tocado ningún órgano vital, sin embargo, había perdido mucha sangre.

Horas después Rafa despertaba en la cama de un hospital. Sandra le cogía la mano mientras apoyaba la cabeza en su propio brazo. Parecía que dormía. Levantó la mano para acariciarle el pelo, pero tenía puesta una vía. Hizo una mueca de dolor y Sandra alzó la cabeza.

—Al fin despiertas. ¿Cómo estás? ¿Te duele mucho?

—Me duele un poco y tú ¿estás bien?

—Sí, no fue nada —contestó tocándose la cara donde se apreciaba un ligero hinchazón.

—Ese cabronazo. Debí haberlo matado.

—Lo detuviste, eso es lo que importa.

—¿Dónde está Izan?

—Con Maribel y mi madre. No te preocupes, ellas se encargaron de él durante el ataque.

—Menos mal. Izan no necesita acumular más traumas.

—Ahora ya todo terminó.

—¿Lo atraparon?

—Sí y a todos los cargos que se le imputan, también tiene el de intento de asesinato. No se

librará de la cárcel.

—Cuánto lamento haberte metido en mis problemas.

—Ya no lo digas más. Te quiero y somos un equipo.

Rafa sonrió de medio lado.

—En cuanto salga del hospital iniciaremos una nueva vida juntos.

—Es lo que más deseo.

Epílogo



Izan miraba al bebé con el ceño fruncido. Nunca había visto uno tan de cerca. Levantó la mano y con el dedo índice le tocó un moflete. Era tan suave que le dio miedo hacerle daño y retiró la mano de inmediato.

—Victoria necesitará de muchos cuidados —le dijo Sandra con una sonrisa.

No podía dejar de mirar al bebé que había tenido Maribel. Aún no podía creer que su amiga se quedara embarazada nada más conocer al hombre que le robó el corazón.

—Mamá, ¿tú también tendrás un bebé? —le preguntó Izan que hacía un año había decidido llamarla así, aunque a Rafa seguía diciéndole tío. Supuso que era porque nunca conoció a su madre, pero sí tuvo un padre.

—No, cariño. Pero ayudaremos a Maribel con Victoria. Serás su primo mayor, ¿qué te parece?

—Yo no sé cuidar bebés —contestó arrugando la nariz.

—Ahora es muy pequeña, pero más adelante le enseñaremos a hablar, a caminar, a jugar...

—Sí, eso sí sé hacerlo.

Izan más seguro de sí mismo volvió a mirar a Victoria que dormía en la minicuna que estaba instalada en el salón de la casa de Maribel. Sandra le puso morritos a la niña y después se dirigió a su amiga que estaba sentada en el sofá junto a su novio, Raúl.

—Nos vamos ya. Rafa está a punto de venir del trabajo y hemos quedado para ir al parque. Llámame para preparar la boda.

—Ni hablar, no tenemos pensado casarnos por ahora.

—Bien que te motivaste con la mía.

—Organizar la de los demás es más divertido.

—Y es por eso que yo organizaré la tuya.

—¿No te ibas?

—Sí, ya me voy.

Sandra volvió a echarle un último vistazo a la niña antes de irse. Cogió a Izan por el hombro y se marcharon a casa. Cuando llegaron, Rafa los esperaba de brazos cruzados y caminando de un lado a otro.

—Hola, cariño —le dijo ella al tiempo que se acercaba a él para darle un beso en los labios.

—Habíamos quedado a las seis. Y odio esperar.

—Victoria es tan bonita que me costaba dejar de mirarla. Maribel es mi mejor amiga, acabo de ser tía.

Sandra se colgó del cuello de su marido e intensificaron el beso. Su marido seguía siendo un poco gruñón, pero era todo pura fachada, en verdad cuando miró por primera vez a la niña se le habían puesto ojitos tiernos. Cuando se lo hizo saber se ruborizó tanto que ya no volvió a nombrárselo. Solo se reía por dentro.

—Parad ya, quiero ir al parque —protestó Izan.

—Sí, vamos. Ya te hice la merienda mientras os esperaba.

—Me encanta tu eficiencia —soltó ella.

—Y a mí me encantas tú —le susurró mordiéndole la oreja.

Izan se puso de morros mientras miraba las carantoñas que sus nuevos padres se estaban haciendo. A pesar de sus protestas le encantaba verlos así. Tenía un amigo en su clase que sus padres se odiaban y gritaban todo el tiempo. Era bueno que en su casa no pasase eso. Había momentos en los que seguía echando de menos a su padre, pero su tío era una buena alternativa.

—¿Y qué tal el trabajo hoy? —le preguntó ella mientras abría la puerta para volver a salir, esta vez todos juntos.

—Bien, creo que podré quedarme en este.

Encontrarle un trabajo a Rafa no había sido nada fácil. En el anterior trabajo que consiguió solo duró un mes. Su aspecto y su forma de hablar no ayudaban a conservarlo. Después de eso estuvo varios meses buscando hasta que, en una reunión con la asistente social que se encargó de hacer un informe favorable para la adopción de Izan, lo recomendó para la envasa en una fábrica de calzado. Al parecer, Claudia había hablado bien de él y de su necesidad, así que le enseñaron con paciencia lo que debía hacer y, por supuesto, Rafa trató de no asustar a nadie.

Caminaban juntos por la acera hacia el parque. Otro verano acababa de empezar y este iba a ser mucho mejor que el anterior. Una vez se pasaba el primer verano, el primer cumpleaños, la primera navidad... ya todo empezaría a ser más rutinario. Aunque Sandra era muy espontánea y siempre les sorprendía con algún plan inesperado.

En el colegio, Izan había sacado muy buenas notas. El psicólogo había espaciado las sesiones con Izan, el enfrentamiento a su duelo estaba resultando muy positivo. Ella seguía con su trabajo en la aseguradora, había restaurado su casa y la había alquilado. Y Rafa, bueno Rafa estaba más que satisfecho con su nueva vida. Ni en un millón de años habría imaginado que ser padre de familia podría ser tan satisfactorio. Había decidido dejar de culparse por haber abandonado a su hermano y hacer lo que debía. Más valía tarde que nunca. Miró a Izan.

—Gracias, Pedro. Al final me salvaste —murmuró para sí mismo.

—¿Has dicho algo?

—Mi hermano. Que finalmente hizo un pequeño cambio en mi destino.

Apretó con suavidad la mano de Izan y sonrió a Sandra.

Agradecimientos

Creo que me repito en cada libro, pero igualmente ahí va.

Gracias a mi familia por todo el apoyo que siempre recibo de ellos. En especial a mi compañero de vida que es quién más me tiene que aguantar. Y a mis hijos por escuchar mis cosas y darme su apoyo.

Gracias a mi niña Rosa, correctora y amiga que siempre me echa una mano. A mi niña, Encarna por ser mi lectora 0 y animarme siempre. Y a mi niña Paky por estar siempre ahí. Entre las tres me ayudasteis a elegir título.

A mi grupo de Salvajitas, besazos enormes, especiales para Gaby que me anima mucho con sus comentarios.

Este 2024 hace diez años que conocí a un grupo de escritores y asistí a una primera tertulia. Fui con ese miedo que uno tiene cuando no sabe a dónde va. Pero allí, sentado tomando un café encontré a Manuel Vicente Segarra. El primero que me acogió dentro del grupo y luego le siguieron todos los demás. Y cada año han ido y venido miembros a la asociación Escritores en su tinta y para todos ellos, antiguos y nuevos, tengo un gracias muy especial.

Y por primera vez daré la gracias al grupo El tren de los libros anónimos por su ayuda y divagaciones. Este año me he reído muchísimo con vosotros.

Gracias a la asociación Murcia Romántica por todo el trabajo que hacéis para poder llevar nuestros libros a más lectores.

Y por último, gracias querido lector o lectora por haber elegido este libro. Espero que lo hayas disfrutado.

Biografía

La escritora ilicitana Eva Gil Soriano confiesa ser una lectora empedernida de novela romántica aun-que también le gusta leer otros géneros.

Desde que era una niña le ha encantado escribir. A pesar de no haberse planteado nunca ser escritora, con trece años hizo su primer intento con la novela y posteriormente escribió poemas y diarios.

Hace algunos años, animada por sus amigas y apoyada por su familia, decide empezar a escribir de nuevo siendo *Esperando ser amada* fue su primera novela publicada. Le siguieron *Espía del amor*, *Un verano para recordar*, *Necesitado de ti*, *Trilogía Reino de Xerbuk*, *El Valle de las Hadas Blancas*, *Brujas*, *La niebla que oculta sus ojos*, *La locura de quererte*, *Zenón. Hijo del Averno*, *Antes del amanecer* y su última novela *Más allá del recuerdo*.

Bajo el sello de HQÑ ha publicado *Con solo una mirada* y *Con solo una caricia*.

También ha participado en dos antologías benéficas 27 *Susurros de amor* y *Sueña... y Lucha... Vive...* bajo el sello Leibros.

En 7 *Corazones* y 6 *Margaritas* recopiló trece relatos que tenía por ahí en un cajón. Tres de ellos puedes encontrarlos en su blog de autora:

evagilsoriano.blogspot.com